

COLECCIÓN

HISTORIA DE EUROPA



Historia de Europa

SIGLO

XX

ESPAÑA

ÍNDICE

<i>Introducción a la presente selección de textos de «Historia de Europa»</i>	4
1. «Introducción» de <i>Europa: jerarquía y revuelta (1320-1450)</i> por George Holmes	5
2. «Prefacio a la segunda edición de Michael Mallett» y «Prefacio a la primera edición» de <i>La Europa del Renacimiento (1480-1520)</i> por John R. Hale	14
3. «Prólogo» y fragmento del primer capítulo, «Lutero», de <i>La Europa de la Reforma (1517-1559)</i> por G. R. Elton	29
4. «Prólogo a la segunda edición» y «Prólogo» de <i>La Europa dividida (1559-1598)</i> por John H. Elliott	42
5. «Prefacio a la segunda edición» y «Preludio» de <i>Europa en crisis (1598-1648)</i> por Geoffrey Parker	55
6. «Prefacio a la primera edición», «Prefacio a la segunda edición» y fragmento del primer capítulo, «Una nueva estabilidad en el centro», de <i>El despliegue de Europa (1648-1688)</i> por John Stoye	67

7. «Prefacio» y fragmento del primer capítulo,
«Algunos aspectos del Antiguo Régimen», de
La Europa del Antiguo Régimen (1715-1783)..... 83
por David Ogg

8. «Nota del autor», «Introducción» y fragmento
del primer capítulo, «Desarrollo social y económico», de
Europa: privilegio y protesta (1730-1789)..... 96
por Olwen H. Hufton

9. «Prefacio» y fragmento de la «Introducción
de Harvey J. Kaye» de
La Europa revolucionaria (1783-1815)..... 114
por George Rudé

10. «Introducción» y primer capítulo, «La filosofía
de la Restauración», de
Europa: Restauración y Revolución (1815-1848)..... 131
por Jacques Droz

11. «Prefacio a la segunda edición», «Prefacio a la primera
edición» y fragmento del primer capítulo,
«Introducción. Europa de 1848 a 1878», de
La Europa remodelada (1848-1878) 145
por J. A. S. Grenville

12. «Prefacio a la segunda edición», «Prefacio a la primera
edición» y fragmento del primer capítulo, «El fin del
“orden moral”», de
La Europa transformada (1878-1919)..... 161
por Norman Stone

INTRODUCCIÓN A LA PRESENTE SELECCIÓN DE TEXTOS DE «HISTORIA DE EUROPA»

De la mano de prestigiosos historiadores, como John H. Elliott, Geoffrey Parker, George Rudé y otros grandes especialistas de su generación, guerrearémos como señores feudales, conquistaremos el continente americano con los Reyes Católicos; escucharemos los martillazos de Lutero mientras clava en la puerta de la iglesia de Todos los Santos de Wittenberg sus 95 tesis; contemplaremos la reacción de Carlos V y el origen cultural de la Contrarreforma; visitaremos a los humanistas y artistas del Renacimiento italiano y asistiremos al nacimiento de la política moderna con Maquiavelo; presenciaremos el auge de las monarquías absolutistas y brillar al rey Sol en la Sala de los Espejos de Versalles; tomaremos la Bastilla en la Revolución francesa y comprobaremos lo afilada que está una guillotina; galoparemos junto a los ejércitos de Napoleón rumbo a Rusia; veremos cómo renacen en la Restauración los vestigios del Antiguo Régimen y cómo estos se tambalean con los estallidos de las Revoluciones de 1848; cavaremos trincheras en la Primera Guerra Mundial y negociaremos la paz en el Tratado de Versalles.

La presente colección no es solo un riguroso viaje por los principales periodos de la historia europea y sus protagonistas, un apasionante relato de cada uno de los hitos que marcaron el devenir europeo. También es un repaso de cada una de las personalidades que destacaron en su momento en el arte, la filosofía o la ciencia y una revisión exhaustiva de los conflictos económicos, políticos y religiosos que hicieron del Viejo Mundo una historia vibrante y llena de emoción.

«Historia de Europa», mítica colección de Siglo XXI de España, nació con el objetivo de poner al alcance de los lectores una imprescindible colección de títulos que abordaran con rigor histórico y claridad expositiva el pasado del continente europeo. El presente libro incluye las primeras páginas de cada uno de los títulos que la conforman.

HISTORIA DE EUROPA

EUROPA: JERARQUÍA Y REVUELTA

1320-1450

GEORGE HOLMES



SIGLO
XIII
ESPAÑA



Diseño interior y cubierta: RAG

Reservados todos los derechos. De acuerdo a lo dispuesto en el art. 270 del Código Penal, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes sin la preceptiva autorización reproduzcan, plagien, distribuyan o comuniquen públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, fijada en cualquier tipo de soporte.

Título original: *Europe: Hierarchy and revolt, 1320-1450*

La edición en lengua española de esta obra ha sido autorizada por John Wiley & Sons Limited. La traducción es responsabilidad de Siglo XXI de España Editores, S. A.

© Herederos de George Holmes, 1975, 2000

© Siglo XXI de España Editores, S. A., 1978, 2019
para lengua española

Sector Foresta, 1
28760 Tres Cantos
Madrid - España

Tel.: 918 061 996
Fax: 918 044 028

www.sigloxxieditores.com

ISBN: 978-84-323-1936-5
Depósito legal: M-2.719-2019

Impreso en España

ÍNDICE*

<i>Agradecimientos</i>	9
<i>Introducción</i>	11
<i>Mapas</i>	17
<i>Cuadros</i>	25
I. LA POLÍTICA DE LA EUROPA OCCIDENTAL DURANTE EL SIGLO XIV..... 35	
Los Países Bajos, 35 – El reino de Francia, 41 – La Guerra de los Cien Años. La primera fase, hasta 1385, 45 – Alemania y el Imperio hasta 1378, 65 – La penín- sula ibérica, 75	
II. ITALIA, EL PAPADO Y EUROPA..... 85	
El comercio italiano, 85 – La ciudad-Estado, 92 – El papado de Aviñón, 101 – La política italiana hasta 1378, 112	
III. FUERZAS ECONÓMICAS Y SOCIALES..... 123	
La población, 123 – Los señores, 127 – El mundo in- dustrial y comercial, 132 – Las revoluciones sociales del siglo XIV, 143	

* La paginación del presente índice general se corresponde a la edición completa del libro [N. del Ed.].

IV. EL MUNDO DE LAS IDEAS EN EL SIGLO XIV.....	153
Universidades y cortes, 153 – El comienzo de las ideas renacentistas, 161 – Los movimientos religiosos, 172	
V. LA CRISIS DEL PAPADO Y DE LA IGLESIA.....	187
El Gran Cisma, 187 – La era de los concilios, 197 – La primera Reforma: el movimiento husita, 213	
VI. EUROPA Y EL MUNDO EXTERIOR	233
Bizancio y el Imperio otomano, 233 – Los comienzos de la expansión europea, 249	
VII. LA CRISIS DE LAS MONARQUÍAS EN EL SIGLO XV.....	257
Francia: el fin de la Guerra de los Cien Años, 258 – Castilla y Aragón, 272 – Alemania y el Imperio, 276	
VIII. PRÍNCIPES Y CIUDADES EN LOS PAÍSES BAJOS Y EN ITALIA.....	287
La Borgoña de los Valois, 287 – La política italiana, 301 – Las ideas del Renacimiento italiano, 319	
<i>Bibliografía</i>	333
<i>Índice onomástico</i>	343

INTRODUCCIÓN

Este libro contiene una panorámica de la historia europea comprendida aproximadamente entre los años 1320 y 1450. Comienza en el momento en que las instituciones «medievales» están en la cumbre de su desarrollo. En 1320 está próxima la cima de la expansión demográfica medieval. Uno de los más poderosos papas medievales, Juan XXII, regía la Iglesia europea desde Aviñón. Los ejércitos de caballeros nobles dominaban aún, si bien no de manera incontestada (los ciudadanos flamencos ganaron una famosa victoria contra uno de ellos en Courtrai, en 1302). Se estaban construyendo grandes catedrales, como la de Reims y la de Ely. Cuando el libro termina, en 1450, muchas formas de vida características de la Edad Media –el control papal de la Iglesia europea, el arte gótico, la guerra caballerescas, por ejemplo– están en decadencia. Movimientos que asociamos con el «Renacimiento» y la «Reforma», como la arquitectura neoclásica italiana, la aparición de la imprenta, los viajes de exploración en el Atlántico y la rebelión husita contra la Iglesia están en pleno auge. Trata este libro, de manera muy general, de la transición de la Europa «medieval» a la Europa «renacentista». Aunque, forzosamente, estas descripciones de periodos son muy impresionistas, transmiten con utilidad, siempre y cuando no se las tome muy literalmente, algo del carácter de una civilización.

Necesariamente la elección de temas a tratar, entre los incluidos en este periodo, tiene que ser limitada. El fin propuesto es considerar la historia de Europa desde dos ángulos principales. Primero, describir las líneas generales de la historia política, los principales acontecimientos en las relaciones entre las potencias políticas más relevantes. Esto no puede hacerse en una sola narración porque los reyes y príncipes de la Europa medieval no pertenecían a un único «concierto» diplomático como las potencias europeas de 1914. Hay que dividir el continente en diferentes áreas, cada una de las cuales, aunque se superponen y coinciden, tiene un alto grado de

autonomía. La política de la península ibérica, por ejemplo, englobaba a un grupo de potencias diferente al de la política de la Europa noroccidental, aunque estaban conectadas; el rey de Francia estaba envuelto en ambas, mientras que el conde de Flandes no. El segundo fin principal será describir de manera muy amplia alguno de los cambios de la estructura social y de las ideas. Esto también es difícil de hacer a escala europea. Como es obvio, para que el tema resulte manejable lo sensato es concentrarse en las áreas en que se produjeron las manifestaciones de civilización mejor conocidas y más fascinantes, es decir, Italia y Europa noroccidental. Pero la parte más interesante de la historia europea no la constituyen los archivos políticos de sus diferentes Estados por separado o la condición social de cada sociedad, sino la interacción entre política, sociedad e ideas a través del continente. Quizá la mejor manera de introducir al lector en el periodo es explicar sucintamente, desde este punto de vista y en términos muy generales, cómo era la Europa del siglo XIV.

La cristiandad latina de principios del XIV ocupaba aproximadamente la extensión de la Europa actual, exceptuando los Balcanes. Constituía, sin lugar a dudas, una sola civilización. Un hombre culto podía viajar de Sicilia a Escocia hablando con sus iguales en latín, visitando casas de las mismas órdenes religiosas que aceptaban incontestablemente la autoridad del papa de Roma, hallando abogados que practicaban el mismo derecho eclesiástico y reconocían los mismos títulos concedidos por sus colegas en remotas universidades, con licencia del mismo papa. En muchos países se podían encontrar seglares que aplicaban el mismo derecho civil heredado del Imperio romano y nobles que habían sido educados en códigos similares de comportamiento militar y habían oído versiones locales de los romances caballerescos franceses. Esta unidad reconocible no era el resultado de una unidad política: por el contrario, la Europa occidental estaba extraordinariamente dividida. Existía el título de emperador romano, pero el que lo ostentaba era generalmente un príncipe germano, cuyas pretensiones políticas resultaban de escaso interés para la mayoría de los europeos. Desde el primitivo Imperio de Carlomagno en el siglo IX, Europa había evitado la atrofia de un gobierno universal. La condición política normal de gran parte del continente era una fragmentación de la autoridad rayana en la anarquía. Su historia política es una ma-

deja de conflictos irrelevantes, donde resulta difícil desenredar los acontecimientos más significativos, obligadamente simplificados en las páginas de este libro de una manera que incluso puede resultar engañosa. Lo que distinguía a la cristiandad latina era la uniformidad de su cultura, que dependía principalmente de la Iglesia. El reconocimiento general de la autoridad del papa era el factor más evidente de la unidad de «Europa». Había conducido a la difusión de tipos semejantes de organización de iglesias y monasterios, y no solo de edificios, sino también de maneras de pensar. La uniformidad de la cultura había sido también promovida por las energías expansionistas de nobles y caballeros del norte de Francia y de mercaderes de las ciudades italianas, que habían difundido sus costumbres por amplias zonas del mundo latino.

En 1300 la Europa occidental era ya, con mucho, probablemente la zona más rica del universo, si la riqueza se mide en relación a la densidad demográfica. La mayor parte de la riqueza se concentraba en una banda que atraviesa el continente desde el sudeste de Inglaterra al norte de Italia, incluyendo el norte de Francia, los Países Bajos y la Renania. En esta región la producción agrícola intensiva había dado lugar a una densa población, a grandes excedentes en la producción, a avanzadas industrias y ciudades. Como resultado –y esta es una de las más importantes características de su civilización–, la sociedad europea estaba muy diversificada en cuanto a sus estructuras sociales y económicas. Entre las aisladas comunidades campesinas de los Alpes, los ricos y aristocráticos Estados de la isla de Francia y ciudades industriales como Arrás e Ypres, había grandes contrastes de estructura social en distancias espaciales muy pequeñas. En particular, la civilización urbana, con todo lo que implicaba de industria, comercio y gobierno popular, aunque distribuida de manera muy desigual, estaba muy difundida y altamente desarrollada.

La combinación de fragmentación política y diversidad social era crucial. Naturalmente, el aspecto dominante de los europeos era el marco de valores establecido por los nobles y los eclesiásticos propietarios de bienes raíces. A falta de términos mejores, podría describirse como «feudal» o «jerárquico». Pero cuando la autoridad política estaba tan fraccionada, a las comunidades de otros tipos les era posible asegurar su autonomía no solo política, sino también de sus ideas y modos de vida. Observaremos en este libro

la interacción tanto entre las potencias políticas como entre las comunidades de diversas clases. La historia europea se hará cada vez más por la interacción entre modos de vida y pensamiento divergentes.

Al principio del siglo XIV la diversidad de Europa empezaba apenas a emerger. Las ciudades flamencas estaban afirmando su independencia respecto al rey de Francia. Había aparecido un pequeño núcleo de comunidades campesinas independientes, que acabaría por constituir la federación suiza. Los primeros sofisticados escritores del mundo urbano italiano estaban trabajando en Florencia y Padua. Estas manifestaciones eran aún de tipo experimental, pues el mundo europeo estaba dominado por el papa, el rey de Francia y otros monarcas; su vida intelectual, por la Universidad de París; su arte, por el estilo de iglesia gótica, que se había difundido por Europa desde el norte de Francia. La historia social de los próximos cien años fomentaría –como resultó luego– una mayor diversificación de la sociedad al favorecer a las comunidades urbanas y campesinas a expensas de las clases señoriales. La fuerza de esta tendencia no podría haberse sospechado en 1320; estaba causada por decisivos factores económicos, entre los cuales debe sin duda contarse la peste negra, que asoló Europa en 1348-1349, y el descenso general de población, que redujo la riqueza y el poder de los señores territoriales. Los resultados de los cambios económicos se evidenciaron en la situación de Europa durante la primera mitad del siglo XV, cuando ciudadanos y campesinos hicieron valer sus derechos.

Fue durante este periodo –alrededor de 1410-1450– cuando en las ciudades italianas nació una ideología de gobierno republicano en los escritos de Leonardo Bruni y Leon Battista Alberti, cuando en las ciudades flamencas surgió el arte realista, que se asocia con Jan van Eyck y sus seguidores, cuando los husitas bohemios realizaron una reforma nacional, en el curso de la cual las comunidades milenarias de Tábor se convirtieron en una fuerza política, y cuando la ciudad de Venecia llegó a ser uno de los principales poderes europeos. En este tiempo las fuerzas centrífugas en la sociedad europea eran predominantes; amplias zonas de Europa parecían estarse saliendo del marco de la Iglesia y la monarquía que se había construido en la Edad Media. A veces el papado parecía estar al borde de una división irreparable entre papas rivales y bajo el ata-

que de las iglesias nacionales. Algunas monarquías aparecían permanentemente debilitadas.

Hacia mediados de siglo la situación cambió. Las condiciones de la monarquía comenzaron a mejorar. Príncipes poderosos, algunos de los cuales, como Luis XI de Francia, Carlos el Temerario, Fernando e Isabel de España, restauraron el poderío de sus reinos, son figuras características de los años finales del siglo xv. Pero estos acontecimientos superan el ámbito de este libro, que tratará principalmente de la crisis del mundo medieval en el largo periodo de descenso demográfico y, paradójicamente, de efervescencia cultural, que se extiende desde 1340, aproximadamente, hasta mediados del siglo siguiente. Los movimientos de este periodo son interesantes en sí mismos, pero sus causas y su significación solo se entienden en un contexto europeo. Ni los humanistas ni las comunidades son comprensibles a menos que se consideren dentro del contexto de las instituciones e ideas contra las cuales se rebelaron. Surgieron cuando y donde lo hicieron por las presiones de modos de vida anteriores, y sus ideas fueron incorporadas al bagaje cultural europeo.

HISTORIA DE EUROPA

LA EUROPA DEL RENACIMIENTO 1480-1520

J. R. HALE



SIGLO
XX
ESPAÑA



Diseño interior y cubierta: RAG

Reservados todos los derechos. De acuerdo a lo dispuesto en el art. 270 del Código Penal, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes sin la preceptiva autorización reproduzcan, plagien, distribuyan o comuniquen públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, fijada en cualquier tipo de soporte.

Título original: *Renaissance Europe. 1480-1520*

La edición en lengua española de esta obra ha sido autorizada por John Wiley & Sons Limited. La traducción es responsabilidad de Siglo XXI de España Editores, S. A.

© Herederos de J. R. Hale, 2000

© Siglo XXI de España Editores, S. A., 1973, 2016
para lengua española

Sector Foresta, 1
28760 Tres Cantos
Madrid - España

Tel.: 918 061 996
Fax: 918 044 028

www.sigloxxieditores.com

ISBN: 978-84-323-1807-8
Depósito legal: M-22.795-2016

Impreso en España

ÍNDICE*

Mapas

1. Europa hacia 1500.....	8
2. Italia hacia 1500.....	10
3. Alemania hacia 1500	11
4. Francia hacia 1500.....	12
5. España hacia 1500	13
<i>Prefacio a la segunda edición</i>	15
<i>Prefacio a la primera edición</i>	23
I. TIEMPO Y ESPACIO.....	27
El calendario, el reloj y la duración de la vida, 27 – La alimentación y la salud, 34 – La violencia y la muerte, 42 – La movilidad, 48 – La idea de la naturaleza, 57 – Los descubrimientos, 64	
II. LA EUROPA POLÍTICA	71
La unidad política, 71 – Florencia, Francia, España, Inglaterra y Alemania, 79 – La evolución interna, 95 – Las relaciones internacionales y la guerra, 103	
III. EL INDIVIDUO Y LA COMUNIDAD	117
La cristiandad, 117 – El Estado, la región y la «patria», 120 – El «extranjero», 128 – Las asociaciones locales, 135 – Las relaciones personales y familiares, 140	

* La paginación del presente índice general se corresponde a la edición completa del libro [N. del Ed.].

IV. LA EUROPA ECONÓMICA.....	155
Continuidad y cambio, 155 – El carácter de la vida económica, 161 – La política económica y el sistema impositivo, 173	
V. LAS CLASES	185
Definiciones y actitudes, 185 – Casos especiales, 200 – La comunidad agrícola, los habitantes de la ciudad y la aristocracia, 217	
VI. LA RELIGIÓN.....	235
La Iglesia y el Estado, 235 – Los clérigos, 242 – El llamamiento de la Iglesia, 251 – El descontento, 260	
VII. LAS ARTES Y SU PÚBLICO	265
La música, 265 – El teatro, 271 – El arte, 277	
VIII. LA ENSEÑANZA SECULAR.....	293
El llamamiento del humanismo, 293 – La reforma de la educación, 301 – El humanismo cristiano, 316 – El pensamiento político, 321 – La ciencia, 328	
<i>Apéndice. Europa hacia el año 1500: un nomenclátor político ...</i>	337
<i>Bibliografía</i>	341
<i>Bibliografía adicional</i>	355
<i>Índice onomástico</i>	363

PREFACIO A LA SEGUNDA EDICIÓN

Me hice cargo de la revisión del manual que John Hale había publicado en 1971 ya que Hale era incapaz de contribuir de forma significativa al trabajo por la grave apoplejía que había sufrido en 1992. Sin embargo, su último libro, *La civilización del Renacimiento en Europa*, publicado en 1993, era en muchos sentidos una revisión extendida de los temas que ya había explorado en *La Europa del Renacimiento*. Los puntos de énfasis y los aspectos que despertaban su entusiasmo habían cambiado poco en aquellos años de intervalo: la insistencia en que el Renacimiento era esencialmente un movimiento europeo y no solo un movimiento italiano que había cruzado los Alpes y el Mediterráneo se hizo aún más evidente en el trabajo posterior, así como el énfasis en el hecho de que el medio siglo que precedió a la Reforma fue el momento final de la Europa cristiana unida. Tener *La civilización...* al lado me ha permitido reflexionar con mayor confianza sobre la forma como John mismo habría abordado la revisión de su obra anterior.

La intención de los editores en la preparación de estas ediciones revisadas de volúmenes de *The Fontana History of Europe* ha sido dejar los textos originales intactos en su mayor parte y concentrar el proceso de actualización en nuevos prefacios y bibliografías adicionales. He hecho, por lo tanto, muy pocas enmiendas al texto y me he servido de este prefacio para la discusión de algunos de los temas que han surgido en recientes investigaciones y debates. He extendido sustancialmente la bibliografía y los criterios que he utilizado para hacerlo se explican en la sección correspondiente.

En su prefacio, John Hale se refirió al término Renacimiento como «el signo taquígráfico más glamuroso del lenguaje histórico». Sin embargo, a pesar de la larga tradición de entusiasmo por la Italia renacentista y de todo lo que se ha escrito sobre ella, los historiadores profesionales ingleses siempre han tenido dificultades con la idea de un periodo histórico renacentista, algo entre la Edad Media y la Alta Edad Moderna, entre los Plantagenet y Lancaster

y los Tudor. Denys Hay comentó en una ocasión la dificultad de ser historiador del Renacimiento en Gran Bretaña donde las sólidas tradiciones de historia medieval y de los Tudor y los Stuart dejaban pocas oportunidades para el especialista en el Renacimiento, sobre todo para el especialista en el Renacimiento italiano. Hale no tuvo exactamente el mismo problema, pues sus principales intereses estaban firmemente asentados en el siglo XVI; su Renacimiento siempre fue tan europeo como italiano. Sin embargo, su interés y pasión por Italia le llevó a mirar más allá de la generación de Erasmo y Tomás Moro, de Leonardo da Vinci, Rafael, Durero y Miguel Ángel para definir su concepción de la Europa renacentista. El año 1500 era el punto de transición oportuno que eligieron la mayoría de los manuales de historia británicos para marcar el paso de la Edad Media a la Alta Edad Moderna Europea. Esto coincidía convenientemente con la «Era del Descubrimiento» y el momento en el que un mundo más amplio se abría a la curiosidad y la explotación europea, aunque, como señaló Hale, el impacto inicial de los viajes de Colón y Vasco de Gama fuera casi imperceptible en términos económicos y políticos. También ofrecía un marco temporal satisfactorio para pasar a ocuparse del asunto de la Reforma. Un rápido capítulo sobre humanismo y reforma, una despectiva mirada a la corrupción y mundanería de la Roma del siglo XVI –la raíz de todo el problema– y los manuales tradicionales levantaban el vuelo hacia los temas claves del siglo XVI: las divisiones religiosas de Europa y el crecimiento de los estados-nación. La historia cultural, tanto en el sentido más reducido como en el más amplio del término, desempeñaba un papel mínimo en dichos estudios.

Hale en *La Europa del Renacimiento* rompió significativamente con la tradición británica de escritura de manuales de historia. Escogió una fecha inicial a mitad de la segunda parte del siglo XV y terminó con la excomunión de Lutero. Presentó una cronología que parecía separar el Renacimiento de la Reforma, lo cual entraba en conflicto con la sagrada tradición norteamericana. Pero, por supuesto, no era así. Al contrario, esta cronología le permitía a Hale estudiar más detalladamente el camino a la Reforma con todas las implicaciones del secularismo emergente, el surgimiento de la piedad laica, las confrontaciones políticas y religiosas con las autoridades seculares en el proceso de consolidación, el aumento de las tensiones internacionales y la creciente confianza y autoritarismo del renaciente papado. También le permitía concentrarse en cues-

tiones claves de cambio social en un entorno económico que avanzaba con rapidez desde la mitad del siglo xv, así como en la recuperación de la confianza de los gobiernos del oeste de Europa tras las secuelas de la Guerra de los Cien Años, las luchas comunales en Italia y la reconquista en España. Sobre todo le permitía desplegar un nuevo estandarte burckhardtiano sobre el Renacimiento europeo; no tanto el del renacimiento italiano como «el primogénito de los hijos de la Europa moderna», sino el de una Europa relativamente unida por un cruce de influencias y corrientes de todo tipo en un movimiento cultural que asociamos con el Alto Renacimiento. Este fue el momento, comenta Hale, en el que los mapas empezaron a ser habituales y los hombres aprendieron a visualizar el espacio en el que vivían. Fue el momento en el que las palabras «Europa» y «europeo» comenzaron a adquirir un verdadero significado. Es interesante mencionar que los manuales que abarcan este periodo han proliferado desde la década de los setenta a pesar de las continuas dudas en algunos círculos especializados sobre la validez del concepto de Renacimiento como periodo histórico (véase abajo).

Como admitió Hale en su prefacio, *La Europa del Renacimiento* es también una clase de manual poco común. Es lo que llamó «historia de la mayoría»: un intento de evaluar el estado de ánimo, las actitudes, las creencias, la cultura, la mentalidad en el sentido más amplio, de la época, organizado por temas más que por secciones cronológicas, con su inevitable referencia a acontecimientos, datos y hechos. Este enfoque probablemente hace que el libro sea menos accesible para los no iniciados, pero resulta estimulante y provocador para aquellos que ya se encuentran familiarizados con la época. El problema, y la ventaja para la persona encargada de la revisión de la obra, es una cierta atemporalidad. Hale insiste una y otra vez en el grado de continuidad que hay con los siglos anteriores en lo que respecta a actitudes populares e ideas, mientras que al mismo tiempo quiere señalar que, en ciertos aspectos, y especialmente en ciertos estratos de la sociedad, este fue un periodo en el que se produjo un cambio significativo. La combinación de tradición e innovación es ahora, por supuesto, una clave aceptada para la comprensión del Renacimiento. Hale no sorprende a nadie al destacar la persistencia de la fuerza de la tradición escolástica intelectual, o el contraste entre el conservadurismo de la Europa rural y, en comparación, la movilidad social y el radicalismo intelectual

presente en unas ciudades que crecen con rapidez, o las tensiones entre un resurgimiento vanguardista de la cultura clásica y la continua agitación de las culturas vernáculas en las diversas partes de Europa occidental. Pero, inevitablemente, el reconocimiento de estas tensiones debilita el mensaje implicado en la periodización.

El método elegido para llevar a cabo esta investigación sobre cómo se vivía en la Europa del Renacimiento también tiene sus problemas. El extenso uso de una gama de citas brillantemente escogida de fuentes contemporáneas –la mayoría de las cuales eran, inevitablemente, palabras de miembros de grupos de la elite, hombres letrados y elocuentes, pero también, en la medida de lo posible, opiniones e ideas de la baja burguesía y de los artesanos cuando podían recuperarse–, nos permite entrar en su mundo, nos ofrece una idea de lo que era vivir, pensar y hablar en el Renacimiento. Aunque el purista podría a su vez argumentar que las opiniones, los puntos de vista individuales, son menos demostrables que los hechos, las firmas de los documentos, los resultados de las batallas etc. Como respuesta Hale habría apuntado, con cierta justificación, que las ideas frecuentemente expresadas son tan convincentes y verificables como los testamentos y los tratados, los cuales a menudo se encuentran sujetos a intenso escrutinio histórico sobre cuál fue exactamente su intención y efecto. La prueba de que Hale continuara creyendo en este enfoque la encontramos en la medida en que siguió utilizándolo en *La civilización...*, y esto confirma la idea de que *La Europa del Renacimiento* no habría sido muy distinta si la hubiera escrito hoy.

Mucho se ha escrito sobre el Renacimiento desde 1971 y estudiaremos brevemente algunos de los debates recientes en estas páginas. Sin embargo, la tarea de revisar *La Europa del Renacimiento* no ha sido difícil por la atemporalidad del trabajo. La reinterpretación histórica trata principalmente sobre las causas y efectos de acontecimientos y acciones humanas. El tapiz de Hale puede tener hilos que no se sigan, o puede rechazarse en su totalidad, pero ni su diseño básico ni su impacto van a cambiar. Por supuesto, se han abierto áreas de investigación y debate completamente nuevas pero, en general, Hale ya las había anticipado. Por ejemplo, a Hale ya le habían influido profundamente los escritos de la escuela francesa de los *Annales* a principios de los setenta, antes de que se tradujera al inglés *Mediterranean* de Fernand Braudel. El énfasis sobre las estructuras socioeconómicas y la importancia de la *longue*

durée estaba muy presente en *La Europa del Renacimiento*. El «largo solapamiento del siglo XVI» en los siglos XV y XVII del que hablaba Braudel era ya una idea familiar, tal como lo era el interés en la historia social y en las «clases olvidadas». Vale la pena recordar que John Hale y E. P. Thompson eran compañeros en la Universidad de Warwick a finales de los sesenta y que en sus muy distintos periodos tenían muchos intereses históricos en común. Es poco probable, por lo tanto, que el aluvión de publicaciones sobre aspectos de cultura y creencias populares que llegó en las dos décadas siguientes hubiera afectado mucho al equilibrio que había alcanzado en *La Europa del Renacimiento* entre la fuerza impulsora de las iniciativas de la elite y la respuesta del resto de la población.

Hale también era muy consciente en 1971 de los debates que estaban surgiendo sobre la historia de las mujeres y en su exposición del tema en el libro anticipó la tesis de Joan Nelly, publicada en 1977 («Did women have a Renaissance», en el libro de Bridenthal y Koonz citado en la bibliografía), que sostenía que el Renacimiento fue en realidad un punto bajo en lo que respecta a los derechos de la mujer y a sus niveles de participación en la vida pública. Indudablemente el debate ha adquirido más matices desde la década de los setenta y este libro no aceptaría el declive del estatus de las mujeres con tanta facilidad si se hubiera escrito hoy.

Otra área en la que John Hale anticipó una corriente dominante de posteriores estudios fue la de la guerra. Ha sido uno de los líderes de un movimiento histórico que reexaminó el papel de la guerra en la historia y el énfasis de Hale sobre el impacto de la guerra que encontramos en este libro, no solo respecto a la mortalidad y los daños, sino también a los cambios en instituciones y actitudes, sigue siendo muy influyente. El rápido desarrollo de las relaciones internacionales, la diplomacia y la guerra durante el siglo XVI aportan una de las bases más fuertes para la separación en periodos y para el término «revolución militar», o «reforma militar» como prefirió llamarlo Hale en su siguiente obra, que indudablemente habría aparecido en cualquier texto revisado. El verdadero significado del crecimiento de los ejércitos y la creciente participación de grandes formaciones de infantería y armas de fuego en esta época aún tiene que explorarse del todo, pero la primordial importancia que Hale le otorgó a este sector sigue indiscutida.

En algunas otras áreas menos evidentes, Hale señaló el camino por el que fueron los intereses históricos a principios de los seten-

ta. Su estudio de las interacciones entre la centralización política y el sentimiento nacional emergente con las estructuras e identidades regionales sigue siendo una eficiente introducción a este importante campo de investigación. Su atención a la burocracia emergente como instrumento de poder político y factor de movilidad social apareció de nuevo en *La civilización...* de una forma tan fresca y cáustica como en 1971: «El burócrata no ministerial apartó el tapiz medieval tras el que había transcurrido su oscura existencia y caminó con seguridad por los pasillos del poder [...]». El hecho de que diera más relevancia a la música y el teatro que a la pintura, la escultura y la arquitectura en su estudio de las artes anticipó un creciente interés en estas áreas. En contraste, hay sin duda secciones de este libro que hubieran sido algo distintas de haberse escrito hoy: se habría dado más relevancia al crecimiento económico del final del siglo XV, se habría descrito el desarrollo de la diplomacia internacional en unos términos menos dependientes de *La diplomacia del Renacimiento* de Mattingly, se haría mayor referencia al crecimiento del consumismo y del coleccionismo en el análisis de las artes, y la ciencia renacentista tendría una presencia más destacada.

Todo esto son, sin embargo, cuestiones de matiz y énfasis; el asunto crucial tratado tiene que ver con la intención en sí del libro y la visión de Hale del significado y el papel del Renacimiento. Durante el periodo transcurrido desde su escritura, y especialmente en la década de los noventa, los historiadores norteamericanos del Renacimiento han entrado en encendidos debates sobre el uso del término «Renacimiento». Tal vez esto ha sido tanto una reacción a la gran importancia que tradicionalmente se le ha dado al periodo y a la cultura en los populares cursos de civilización occidental impartidos en las universidades norteamericanas, como una reacción a las ideas burckhardtianas que aún perduran. Como hemos visto, Hale estaba muy en sintonía con las ideas de Burckhardt, con la creencia de que la transformación de ideas y estilo en mentalidad fue lo suficientemente dramática como para justificar la vinculación del término «Renacimiento» a un periodo histórico. *La Europa del Renacimiento* propone un periodo muy limitado, frente a los tres siglos –del XIV al XVII– que defienden algunos, y sugiere que el momento relativamente breve en el que en Europa hubo una unanimidad cultural, si no es una expresión exagerada, se debió tanto a unas fuerzas socioeconómicas y políticas similares que actuaban en distintas

partes de Europa, como al liderazgo cultural italiano. Sin embargo, los escépticos en Estados Unidos, animados por el famoso discurso presidencial de William Bouwsma a la Asociación Histórica Americana en 1978 («Renaissance and the Drama of Western History», *American Historical Review* 84, febrero de 1979) lanzaron un virulento ataque contra la coherencia del Renacimiento como periodo histórico y, en menor medida, contra el propio valor de su estudio. Bouwsma se lamentaba de que «la venerable etiqueta del Renacimiento se ha convertido en poco más que una conveniencia administrativa, una especie de manta bajo la que nos acurrucamos, no tanto por una atracción mutua como por el hecho de que para ciertos temas no hay otro lugar a donde ir». Este sentimiento de desorientación y pesimismo era en parte resultado de la creciente reticencia de muchos historiadores modernos a aceptar que el nacimiento del mundo moderno se encontrara en la era preindustrial, pero más aún resultado del creciente interés en la historia de las clases bajas, los desfavorecidos, los pobres, los analfabetos, frente a la atención a las elites que constituía una parte esencial de la idea del Renacimiento. Un grupo especialmente desfavorecido eran las mujeres y la publicación del ensayo de Joan Kelly en 1977 (véase arriba) en el que se señalaba un declive en el estatus de las mujeres en los siglos XV y XVI añadió otra variable a la discusión.

Hay que decir que Hale parece haber tenido poco tiempo para estas preocupaciones y críticas. Ni el discurso de Bouwsma ni el artículo de Nelly aparecen en la bibliografía de *La civilización...* De hecho, tal como hemos comentado, su síntesis de 1971 está llena de referencias a las funciones y actitudes de las clases poco privilegiadas, en la medida en que pueden percibirse en este periodo, y tiene una sección sobre género en la que se adelantan las ideas de Nelly. También hay que decir que desde la publicación de *La civilización...* en 1993 el rumbo del debate ha cambiado en cierta medida. Los académicos del Renacimiento no historiadores han cerrado filas tras el estandarte de la metodología interdisciplinar y la Historia cultural para resucitar la idea de una cultura extensamente aceptada que tuvo una auténtica influencia transformadora sobre ideas y actitudes más amplias. Un nuevo énfasis sobre el humanismo como intento de recuperar el espíritu y la cultura del pasado y utilizarlo para revitalizar y darle una nueva dirección a la cultura contemporánea, y sobre la demanda y el consumismo como factores esenciales para las innovaciones artísticas del Renacimiento, son algunos resultados

positivos que han surgido de este debate (véase «The AHR. Forum», *American Historical Review* 103, 1998, pp. 57-124). A lo mejor sería suficiente decir que el Renacimiento sigue siendo un momento definitorio en la historia de Europa, e incluso en la historia del mundo, en lugar del principal momento definitorio que los entusiastas han pretendido a veces que fuera.

Michael Mallett
Cumbria, octubre de 1999

PREFACIO A LA PRIMERA EDICIÓN

El planteamiento de este libro difiere en algunos aspectos del que es común a otros volúmenes de esta Historia de Europa en que se integra. Sin ignorar los acontecimientos sobre los que se estructura la cronología, su fin principal es facilitar la comprensión del modo de vivir del mayor número posible de personas, a través de los testimonios que hasta nosotros han llegado, y con las limitaciones que impone mi propio conocimiento. Tratará tanto de las condiciones materiales como de las mentalidades, a fin de registrar no solo lo que sucedió en los cuarenta años que median entre 1480 y 1520, sino –y esto es más importante– de dar una idea de lo que era la vida entonces.

Cada uno de los capítulos facilita información acerca de un aspecto específico de la investigación, al mismo tiempo que ofrece respuestas a algunas cuestiones básicas, imprescindibles para comprender a los hombres de cualquier época. ¿Qué idea se hacían del tiempo y de su entorno? ¿En qué tipo de organización política vivían, y cuáles eran sus relaciones con ella y con las otras comunidades, graduadas desde la familia hasta la cristiandad? ¿De qué modo y dentro de qué estructura económica se ganaban la vida? ¿Cómo se veían a sí mismos y a los otros en función del estatus, el empleo y los niveles de vida? ¿Qué importancia tenía la religión en sus vidas, y qué tipo de distracciones culturales e intelectuales se les ofrecían?

Creo ser consciente del peligro de excesiva ambición que entraña esta visión, pero aún existen otros riesgos contra los que conviene prevenir al lector. Los testimonios a partir de los cuales se pueden reconstruir las «mentalidades» de esta época resultan deshilvanados y extremadamente difíciles de evaluar. La decisión acerca del uso que se haga de uno u otro testimonio, así como de la investigación de una u otra esfera de la realidad es, fatalmente, subjetiva. Al pretender ponderar los sentimientos de la mayoría, se esfuma la inagotable variedad de las reacciones individuales.

Por último, esta visión merma el interés que en el lector de historia despierta la narración realista de los enredos en los asuntos públicos.

Mucho se pierde y mucho se arriesga, pero al margen de las inclinaciones personales, creo que las ventajas de esta visión (que, por supuesto, no es original), a modo de introducción de un período, pueden sobrepasar a las desventajas. «Renacimiento» es la abreviatura más atractiva del lenguaje histórico, y aquellos 40 años —con los comienzos de un contacto duradero entre Europa y América, con los papas Borgia, Della Rovere y Médicis, con pensadores y artistas de la talla de Maquiavelo y Erasmo, de Leonardo, Miguel Ángel y Durero— son los más atractivos del Renacimiento. Su historiador tiene el deber de profundizar en su examen, para incluir otros procesos y personalidades, además de aquellos que, luego de una larga labor historiográfica, se han convertido ya en comúnmente representativos. Al relacionar los «acontecimientos» con su público coetáneo, la historia de masas ayuda también a corregir el latente liberalismo de la tradición popular. Por ejemplo, el descubrimiento de América no tuvo interés más que para una minoría en aquella época¹; Maquiavelo no era un nombre que hubiera que conjurar porque sus obras políticas aún no se habían publicado, aunque ya estaban escritas; la parte que en la progresiva pérdida de respeto a la autoridad de Roma corresponde al nepotismo, a la militancia y a la extravagancia cultural del papado hay que medirla en función de quién estaba al corriente de ellos y de en qué medida se preocupaba.

Por último, el exigir el realce de «lo significativo» en la materia que se estudia implica una cierta abulia, filisteísmo e intolerancia. Los lectores de historia, ya que no los escritores (debido a razones conocidas) han buscado siempre el lado significativo, porque el hombre es un amnésico social, un desarraigado intelectual y, en cierta medida, también emocional, si desconoce los vínculos con el pasado. Y para muchos, el tipo de significación que ayuda a ampliar este conocimiento no se encuentra en la búsqueda de situaciones pasadas análogas a las nuestras ni, mucho menos, en soluciones a problemas actuales, sino en la posibilidad de comparar nuestras propias actitudes respecto a cuestiones fundamentales

¹ Véase J. H. Elliott, *The old world and the new*, Cambridge, 1969, esp. cap. I [ed. cast.: *El viejo mundo y el nuevo*, Madrid, Alianza, 1972].

(justicia social, digamos, o amor, o la reacción frente a las obras de arte) con aquellas de las edades pasadas y, viceversa, la posibilidad de revisar las actitudes del pasado para inquirir de nuevo acerca de las nuestras.

Por lo menos, tal ha sido mi experiencia como profesor de historia del Renacimiento aquí y en Estados Unidos. Por eso reconozco que tengo mi primera deuda de gratitud con mis estudiantes de Warwick y Berkeley. Le debo también mucho al estímulo del profesor G. R. Potter, quien leyó el tremendo montón de páginas del borrador, así como las pruebas, y también a la orientación firme y solidaria que recibí del profesor J. H. Plumb, así como a los consejos y a la ejemplar paciencia de Mr. Richard Ollard.

HISTORIA DE EUROPA

LA EUROPA DE LA REFORMA

1517-1559

G. R. ELTON



SIGLO
XXI
ESPAÑA



Diseño interior y cubierta: RAG

Reservados todos los derechos. De acuerdo a lo dispuesto en el art. 270 del Código Penal, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes sin la preceptiva autorización reproduzcan, plagien, distribuyan o comuniquen públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, fijada en cualquier tipo de soporte.

Título original: *Reformation Europe. 1517-1559*

La edición en lengua española de esta obra ha sido autorizada por John Wiley & Sons Limited. La traducción es responsabilidad de Siglo XXI de España Editores, S. A.

© Herederos de G. R. Elton, 1999

© del epílogo a la segunda edición y la bibliografía adicional, Andrew Pettegree, 1999

© Siglo XXI de España Editores, S. A., 1974, 2016
para lengua española

Sector Foresta, 1
28760 Tres Cantos
Madrid - España

Tel.: 918 061 996
Fax: 918 044 028

www.sigloxxeditores.com

ISBN: 978-84-323-1796-5
Depósito legal: M-1.922-2016

Impreso en España

ÍNDICE*

<i>Prólogo</i>	9
----------------------	---

Mapas y Cuadro genealógico

1. Europa en 1550	12
2. Europa Central en 1550	14
3. La familia de Carlos V	16

I. LUTERO	17
-----------------	----

El ataque contra Roma, 17 – El Estado de Alemania,
25

II. CARLOS V	39
--------------------	----

III. AÑOS DE TRIUNFO	59
----------------------------	----

El avance del luteranismo, 59 – Zuinglio, 72 – Las gue-
rras de Carlos V, 81

IV. LOS RADICALES	93
-------------------------	----

V. LA SITUACIÓN FUERA DE ALEMANIA	113
---	-----

En el sur, 115 – En el oeste, 121 – En el norte, 134 – En
el este, 140

* La paginación del presente índice general se corresponde a la edición completa del libro [N. del Ed.].

VI. LA FORMACIÓN DE PARTIDOS	151
La formación del protestantismo, 151 – En busca de la solución, 170	
VII. EL RESURGIR DE ROMA	187
La Reforma católica, 187 – La Contrarreforma, 198 – Los jesuitas y el nuevo papado, 209	
VIII. CALVINO	223
El significado del calvinismo, 223 – La Reforma en Ginebra, 235 – La expansión del calvinismo, 246	
IX. GUERRA Y PAZ	255
El triunfo de Carlos V, 255 – La derrota de Carlos V, 267 – El final de una época, 285	
X. LA ÉPOCA	293
La revolución religiosa, 293 – Arte, literatura y ciencia, 303 – La nación-Estado, 317 – La sociedad, 325 – La expansión de Europa, 339	
<i>Epílogo a la segunda edición</i>	347
<i>Bibliografía</i>	365
<i>Bibliografía adicional</i>	371
<i>Índice onomástico</i>	379

I. LUTERO

EL ATAQUE CONTRA ROMA

El 31 de octubre de 1517, el doctor Martín Lutero, profesor de teología de la recién fundada Universidad sajona de Wittenberg, clavaba en la puerta de la iglesia del castillo de aquella ciudad un papel en el que se exponían 95 tesis. La cosa no tenía nada de extraordinario, toda vez que, según la costumbre, el erudito que deseaba defender algún punto de vista sobre derecho o doctrina podía invitar al debate docto, dando a conocer sus tesis, y el lugar en que se fijaba la publicidad medieval era la puerta de las iglesias. Las 95 tesis de Lutero atacaban la venta de indulgencias, documentos que ofrecían la conmutación de penitencia mediante el pago de cierta cantidad de dinero. Desde luego, Lutero no tenía la intención de crear un cisma en la iglesia católica, ya que las tesis en cuestión ni implicaban doctrinas necesariamente revolucionarias ni eran las primeras que presentaba a debate público. Sin embargo, los países protestantes celebran en ese día, con razón, el aniversario del comienzo de la Reforma. La polémica de las indulgencias fue la chispa que provocó el incendio; ella marca el fin de la iglesia medieval.

Martín Lutero (1483-1546) era hijo de un minero de Eisleben (Sajonia) y como desde temprana edad demostró grandes aptitudes intelectuales, su padre pensó encaminarlo por el derecho canónico, por ser esta una especialidad que daba honores y dinero. Cuando el muchacho manifestó que sus estudios en la Universidad de Érfurt le habían animado a dedicarse a la teología y a la contemplación, su padre se encolerizó sobremedida. Con todo, en 1505, Lutero ingresó en la Orden de los Agustinos, en Érfurt. En 1508 fue nombrado profesor de la Universidad de Wittenberg. Durante casi diez años se dedicó a la lectura y a la meditación, luchando denodadamente con las debilidades de su cuerpo, en un esfuerzo desesperado por conseguir la salvación de su alma. Tras

las toscas facciones de campesino de aquel joven fraile, oscuro profesor que nadie conocía, se ocultaba una mente excepcional, por su apasionamiento, su obstinación, su sutileza; una mente llena de fuerza, que no podía conformarse con las perspectivas de vida cómoda y llena de éxitos pastorales y profesionales para la que, por otra parte, parecía tan bien dotado. Era un auténtico intelectual, formado en el nominalismo de Occam de finales de la Edad Media (que durante algún tiempo llegó a absorberle), según lo enseñaba el pietista Gabriel Biel, para quien el hombre, a pesar de su caída, tenía capacidad para trabajar por su salvación por su propia y libre voluntad. Esta doctrina dejó pronto de satisfacer a Lutero; la situación de desesperanza en que se veía frente a Dios le impulsaría a revolucionar la teología. Quería tener la seguridad de que Dios no le repudiaba, pero en sí mismo no veía otra cosa que la certidumbre de sus pecados, y en Dios, solo una inexorable justicia que hacía baldíos todos sus esfuerzos por arrepentirse y por conseguir la divina misericordia. En vano trataba Lutero de ahuyentar su angustia con todas las mortificaciones y otros medios que le recomendaba la iglesia y su orden. La solución a su ansiedad le llegó, finalmente, de su vivencia de desamparo total frente a Dios (*coram Deo*), de sus lecturas de san Pablo y de la ayuda de san Agustín. Fue en los santos padres y, en último término, en el Evangelio donde Lutero comprendió, por fin, que «la justicia de Dios» (*justitia Dei*) no significaba la cólera de Dios ante el pecado, sino su deseo de que el pecador llegara a ser justo (libre de pecado) por gracia del amor que Él otorga generosamente al verdadero creyente. Para Lutero lo que justifica (salva) al hombre es la fe y solo la fe; por eso las palabras *sola fide* se convirtieron en la contraseña y la piedra de toque de la Reforma. El hombre no puede llegar a justificarse con sus propias obras, ya se trate de obras ascéticas, como la oración, el ayuno, la mortificación, o de obras de caridad; pero si de verdad cree en Dios, Él, por su divina gracia, le concederá los dones del Espíritu Santo: la salvación y la vida eterna. La fuente de la gracia está en Jesucristo, decía Lutero, y la fe no es otra cosa que confiar plenamente en el mensaje del Evangelio, en lo que él llamaba la palabra.

Por supuesto, esta doctrina no era nueva y difícilmente lo podía ser tratándose de una religión que durante 1.500 años había explorado todas y cada una de sus posibilidades. Lutero no creía, desde luego, que se tratara de una doctrina nueva, puesto que para él no

era otra cosa que la verdad del Evangelio. El estudio de las clases y conferencias que dio en los años anteriores a convertirse en una figura pública ha mostrado la evolución de su pensamiento teológico y sus estrechos vínculos con las ideas y el misticismo de finales de la Edad Media, es decir, con aquellas doctrinas concernientes a la relación de Dios con el hombre que, más que en las instituciones o en los sacramentos de la religión, hacen hincapié en la búsqueda del alma a solas. Las opiniones de Lutero resultaron revolucionarias porque recalaban con tanto ardor como sinceridad la absoluta incapacidad del hombre para contribuir a su propia salvación. El fraile agustino tomaba al pie de la letra la doctrina de la omnipotencia de Dios y, por tanto, lo que podría llamarse su monopolio del libre albedrío. En la práctica esto quería decir que Lutero haría superfluo todo el aparato de la iglesia destinado a mediar entre Dios y la humanidad. Si la salvación del hombre dependía en exclusiva de la gracia divina que Dios infundía libremente en el alma del creyente, no había necesidad alguna de ministerio sacerdotal con poderes exclusivos para administrar sacramentos que, según la doctrina de la iglesia, eran los canales por los que la gracia divina llegaba al hombre. En consecuencia, a la tesis de la justificación por la mera fe se sumó pronto la del sacerdocio de todos los creyentes. En un principio Lutero no tuvo disputa alguna: ni con el papa, ni con la iglesia, ni con la jerarquía. Siempre siguió con la idea conservadora de que las instituciones entrañan un orden en cualquier caso. Lutero fue un revolucionario a la fuerza, podríamos decir; siempre dispuesto a seguir conservando lo tradicional, a no ser que la lectura de la Biblia le impulsara a lo contrario. En cierta ocasión, un discípulo suyo, más reformista que él y que se oponía a la elevación de la hostia en la misa, le preguntó «¿Dónde ordena Cristo la elevación?», a lo que Lutero respondió «¿Y dónde la prohíbe?». De todas formas, Lutero compartía el descontento que reinaba en muchas partes por la mala conducta y la falta de dignidad del clero, y este descontento se acentuó en él desde que en 1510 visitó Roma y vio la curia papal, que le dejó escandalizado. Lutero compartía también el nacionalismo y el apasionamiento germanos, con su violenta antipatía por todos aquellos sutiles inventos de los italianos, que, según el prejuicio común, solo servían para explotar y perder a los honrados alemanes. Sus propias experiencias le llevaban a oponerse al ascetismo fruiluno, que él consideraba inútil, además de hipócrita y falsario. Todas estas circunstancias

iban a hacer de Lutero un portavoz entusiasta del anticlericalismo reinante.

El ataque que –espooleado por el calor de la controversia– emprendió Lutero contra la iglesia tradicional, hasta dejar poco de ella en pie, tenía, en cualquier caso, más motivos que la simple envidia, el prejuicio o la política. Si todos los hombres eran «sacerdotes», con capacidad para buscar su salvación sin necesidad de intercesores, el sacerdocio tradicional no solo era innecesario, sino que, además, ocultaba o deformaba la verdad tras una serie de supercherías y rituales cuyo único propósito era el de conservar los privilegios de una casta. Por ello, Lutero empezó a atacar públicamente el sacerdocio tradicional, que, según él, no tenía razón de ser, porque impedía que el mensaje de Dios llegara al pueblo. Para él la única misión que tenía el clero era la de indicar a los hombres, mediante la predicación de la palabra, cuál era el camino que les conduciría a Dios. Y tal fue el efecto de la predicación de aquel inspirado fraile agustino, que un escéptico tendría razones para creer que fue la palabra de Lutero, y no la palabra de Dios, la que hizo derrumbarse a la iglesia tradicional. La poderosa mente y el gran corazón de Lutero estuvieron produciendo, sin descanso, durante 30 años, libros, folletos, sermones y cartas, a razón de una publicación cada 15 días, según los cálculos que se han hecho. Aunque es cierto que el vigor de su palabra era con frecuencia poco refinado; su indudable ingenio, un tanto soez; su estilo, polémico, sin miramiento alguno, y sus firmes convicciones, nada más que perniciosos prejuicios a veces, no por ello ahuyentaba a los muchos que querían oírle ni, desde luego, era menor el impacto de su palabra. Y si bien es cierto que, como cualquier otra revolución de esa magnitud, la Reforma no podía ser obra de un solo hombre, si Lutero no hubiera existido, no hubiera habido Reforma.

Cuando Lutero empezó su ataque contra las indulgencias, nadie podía suponer la trascendencia que aquel ataque tendría, y, sin embargo, ya en aquellos primeros momentos –es importante tenerlo en cuenta– estaban elaborados los fundamentos de su teología. Para un hombre tan abrumado por el problema de la salvación, las indulgencias eran una cuestión vital, puesto que suponían la remisión de la penitencia impuesta a los pecadores tras haberse confesado y haber sido absueltos. Los papas de periodos anteriores, conscientes de los peligros que encerraba depositar ese privilegio

en manos menos cualificadas que las suyas, se reservaron la concepción de indulgencias. Pronto se vieron las posibilidades de recaudar fondos que las indulgencias suponían, y lo que empezó siendo una práctica aceptable era ya, a finales de la Edad Media, un abuso. A pesar de que la doctrina oficial de la iglesia hizo siempre cuidadosamente hincapié en que la mera compra de indulgencias no eximía de la necesidad de una auténtica penitencia para que se perdonasen los pecados, la forma en que esta doctrina se exponía a las gentes sencillas y el modo en que estas la entendían eran bastante más rudimentarios. Lo que la gente creía en la práctica era que comprando indulgencias papales se podía acortar el tiempo de purgatorio, y al llegar el siglo XV era creencia común que también las almas de aquellos que estaban en el purgatorio podían beneficiarse si se compraban indulgencias en su nombre. Con el tiempo, las indulgencias se convirtieron en una importante fuente de recursos papales y nada más, aunque siempre se anunciaban diciendo que las limosnas que se recogieran se dedicarían a un importante fin religioso: una cruzada o la construcción de una catedral. En 1517 el papa León X dio permiso al nuevo arzobispo de Maguncia, Alberto de Hohenzollern, para vender indulgencias con el fin de resarcirse del enorme desembolso que le había supuesto la toma de posesión de su cargo. La venta se anunció con una excelente técnica publicitaria. Después de las reservas de trámite, se recalca la oportunidad que se brindaba a los fieles de redimirse a sí mismos y a sus deudos del fuego del purgatorio durante tanto o cuanto tiempo, mediante el pago de una cantidad que les permitiría participar de los méritos de los santos, sin las molestias de seguir el proceso normal de arrepentimiento, absolución y penitencia. Por si fuera poco, el negocio se dejó en manos de vendedores tan toscos como el dominico Johann Tetzel, que tenía a su cargo la zona próxima a Wittenberg. No se le permitió a Tetzel vender en el Electorado de Sajonia, en el que vivía Lutero, porque el elector Federico «el Sabio» deseaba que todo el dinero que pudiera obtenerse para obras pías se empleara en su sin par colección de lo que se consideraban santas reliquias. No obstante, los feligreses de Lutero cruzaban el río y volvían con papeles que probaban que estaban libres de pecado. Su párroco se sentía cada vez más indignado y afligido.

Al atacar las indulgencias, Lutero no atacaba otro abuso más, sino algo próximo a la verdad nuclear de la religión. Aun así, sus tesis no tenían por qué haber ocasionado más que una intrascen-

dente disputa académica. Ciertamente ponía en tela de juicio determinados poderes del papa, pero lo hacía de forma moderada y a título de tema de discusión. Las tesis estaban escritas en latín, aunque rápidamente se tradujeron al alemán, y la imprenta se encargó de propagarlas por el extranjero. El interés que despertaron fue general, inmediato e inesperado. Para su mal, la iglesia trató de amordazar a Lutero; al fin y al cabo, las indulgencias eran demasiado útiles para renunciar sin más a ellas. La Orden Dominicana se apresuró a defender a su hijo Tetzal del ataque de aquel simple agustino. Johann Eck, profesor de Ingolstadt (Baviera) y polemista profesional, decidió terciar en la disputa, acusando públicamente a Lutero de herejía. Se tomó la funesta medida de referir el caso a Roma. Al verse atacado por Eck, Lutero afiló con presteza su pluma y sus opiniones fueron cobrando una mayor agresividad. El capítulo provincial que su propia orden convocó para que el fraile respondiera de sus actos, y que se celebró en Heidelberg, en abril de 1518, solo sirvió para que Lutero ganara adeptos para su causa. Mientras en Alemania empezaban a surgir movimientos en defensa de aquel fraile que no tenía pelos en la lengua para denunciar los abusos, Roma se veía arrastrada a tomar, sin mucho entusiasmo, medidas más radicales en contra del agustino, como consecuencia tanto de la influencia que allí tenían los enemigos de Lutero como por la agresividad cada vez mayor de este. En agosto de 1518 se requirió a Lutero para que se presentara en Roma, y este solicitó protección a su elector Federico, quien le consiguió una entrevista con el cardenal Cayetano, general de la Orden de los Dominicos y teólogo de gran relieve en aquellos tiempos. Al parecer, Cayetano, con mayor objetividad, no vio en Lutero rastro alguno de aquel fervor revolucionario que movió a sus enemigos a persuadir al Papado a que tratara al fraile agustino como a hereje declarado, antes de celebrarse juicio alguno. Las conversaciones con el cardenal no confirmaron los temores de Lutero, que esperaba la muerte en la hoguera, y, aunque se desarrollaron en un clima pacífico, no produjeron fruto alguno. Lutero persistió en sus puntos de vista y llegó incluso a afirmar que el papa podía equivocarse. Sano y salvo regresó aliviado a Wittenberg; la controversia continuaba.

Para entonces Lutero se había hecho ya famoso, y eran muchos los que veían en él un líder. Durante los meses de junio y julio de 1519, tomó parte en controversias públicas contra Eck, en Leipzig. En realidad, la polémica no le atañía, en principio, a Lutero sino a

un colega suyo de Wittenberg, Andreas Karlstadt, ferviente partidario de sus doctrinas, aunque de ideas poco claras, al que Eck había retado a debate público. Lutero se sintió retado también y decidió enfrentarse personalmente con Eck. Con habilidad dialéctica este le llevó a deshacer toda ambigüedad hasta conducirlo a afirmar de forma tajante que no solo los papas, sino también los Concilios Generales de la iglesia podían equivocarse. No había más autoridad que la de la Biblia. Con estas afirmaciones Lutero tomaba claramente postura en defensa de doctrinas que habían sido condenadas por heréticas 100 años antes, durante el juicio contra Jan Hus, de Bohemia. Al llegar a este punto del debate, el duque Jorge de Sajonia, persona de sanas creencias conservadoras, que asistía a la controversia, levantó acusadoramente los brazos, apuntando al hereje. Y, efectivamente, Lutero, que anteriormente había rechazado las doctrinas de Hus, como tenía que rechazarlas todo buen patriota y toda persona que hubiera seguido estudios ortodoxos de teología, había llegado a la conclusión por entonces de que aquellas tempranas y violentas protestas contra el poder de los papas dentro de la iglesia no dejaban de tener fundamento. En Leipzig se puso de manifiesto cuánto se había alejado Lutero de los comienzos, puramente teológicos, de su disputa; se había alejado tanto que ya no había vuelta posible.

Alimentada por las publicaciones y el estudio, la batalla continuaba; la iglesia estaba en crisis. En 1520 Lutero quemó definitivamente las naves con tres grandes obras que continúan siendo la base de sus creencias, de su doctrina y de su importancia histórica. En el *Discurso a la nobleza cristiana de la nación alemana*, Lutero examina y destruye «las murallas de papel» que los «papistas» habían levantado para defender sus injustos poderes, y exhorta a los alemanes a que convoquen un concilio general para reformar la iglesia. Las bases de la teología luterana y la doctrina de que no hay más que tres sacramentos (bautismo, penitencia y comunión) que estén de acuerdo con las enseñanzas de la Biblia aparecen en la obra titulada *La cautividad de Babilonia de la iglesia*, en la que, además, Lutero ataca al Papado por haber despojado a la cristianidad de la verdadera religión. Esta obra rechaza, por consiguiente, los otros cuatro sacramentos tradicionalmente admitidos (confirmación, extremaunción, orden y matrimonio) y, lo que es más, modifica totalmente el concepto de sacramento que, para Lutero, no es un medio de salvación creado por el sacerdote que lo adminis-

tra, sino una circunstancia adecuada para que el creyente reciba la gracia divina. Con el tiempo, los reformistas prescindirían también de la penitencia. La tercera de las obras mencionadas es *La libertad del cristiano*, que trata por última vez de establecer comunicación con el adversario y presenta de forma contemporizadora un primer esbozo de la doctrina de la justificación por la fe y del sacerdocio de todos los creyentes. Estos tres tratados, de los que, en general, se vendieron un gran número de ejemplares entre un público muy amplio (solo uno estaba dirigido a los eruditos y escrito en latín, *La cautividad de Babilonia*), sirvieron para definir la postura ya por entonces cismática de Lutero y para atraerle prosélitos. El papa León X, que se asustó demasiado tarde de lo que estaba ocurriendo y que reaccionó de forma bastante radical, excomulgó a Lutero por la bula *Exsurge Domine* (junio de 1520), que entró en vigor en enero de 1521, mediante la bula *Decet*¹.

La reacción de Lutero fue simbólica y muy propia de él. Los tres años de lucha transcurridos le habían dado mucha mayor confianza en sí mismo, una confianza no exenta de humildad, sin embargo, ya que, para él, el apoyo que encontraban sus doctrinas era una prueba de lo justo de su causa y de que Dios le ayudaba. En estos tres años su escatológico espíritu llegó a la conclusión de que el papa era el anticristo del Apocalipsis. Lo mismo sus declaraciones sobre este tema que la activa propaganda impresa de la época, con sus grabados cada vez más abundantes y sugerentes, aunque con frecuencia rudimentarios, fueron cobrando un tono cada vez más violento e insultante. En 1519 Lutero creía sinceramente que el papa estaba mal informado y que lo único que necesitaba era una mejor información; en 1520 Lutero tenía la convicción de que había que destruir «a la bestia». No había posibilidad alguna de avenencia; y, por el contrario, Lutero continuó echando leña al fuego. En diciembre de 1520 quemó pública y solemnemente la bula *Exsurge Domine* en Wittenberg, junto con una serie de libros de sus enemigos y todos los tomos del «papista» Derecho canónico. Para Lutero y sus seguidores, su causa era la causa del Evangelio, y la causa del Evangelio exigía purificar a la iglesia de todos los instrumentos de poder y gobierno que el Papado había ido creando en los 500 años previos.

¹ Los decretos papales se llaman bulas por el sello de plomo (*bullae*) que llevan. Su título específico se forma con las palabras iniciales de la bula en cuestión.

A los tres años de darse oscuramente a conocer con ocasión de su ataque contra Tetzel, Lutero se había convertido en el jefe espiritual (y para muchos incluso en el líder político) de un movimiento que convulsionaba a la mayor parte de Alemania, que ponía de su parte a gran número de personas influyentes y que le estaba ganando partidarios y fama bastante más allá de las fronteras de su propio país. Nada de extraño tenía, por consiguiente, que esta extraordinaria expansión le pareciera a Lutero un signo de beneplácito divino. Sin embargo, el historiador puede muy bien pensar que existían circunstancias históricas favorables para que la protesta de aquel fraile se convirtiera tan rápidamente en un movimiento que amenazaba la unidad de la iglesia y la supremacía del papa.

HISTORIA DE EUROPA

LA EUROPA DIVIDIDA

1559-1598

J. H. ELLIOTT



SIGLO
XVI
ESPAÑA



Diseño interior y cubierta: RAG

Reservados todos los derechos. De acuerdo a lo dispuesto en el art. 270 del Código Penal, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes sin la preceptiva autorización reproduzcan, plagien, distribuyan o comuniquen públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, fijada en cualquier tipo de soporte.

Título original: *Europe divided. 1559-1598. Second edition*

La edición en lengua española de esta obra ha sido autorizada por John Wiley & Sons Limited. La traducción es responsabilidad de Siglo XXI de España Editores, S. A.

© J. H. Elliott, 1968, 2000

© Siglo XXI de España Editores, S. A., 1973, 2015
para lengua española

Sector Foresta, 1
28760 Tres Cantos
Madrid - España

Tel.: 918 061 996
Fax: 918 044 028

www.sigloxxieditores.com

ISBN: 978-84-323-1769-9
Depósito legal: M-24.790-2015

Impreso en España

ÍNDICE*

Prólogo a la segunda edición 9

Prólogo 15

Mapas

1. Europa a mediados del siglo XVI 18

2. El Mediterráneo 20

3. El Atlántico..... 21

4. Los Países Bajos..... 22

5. Los Países Bajos, divididos..... 23

6. Francia..... 24

Cuadros genealógicos

1. Los Habsburgo españoles y austriacos 26

2. Casas de Valois y de Borbón 27

3. Casa de Guisa 28

4. Montmorency y Coligny..... 29

PARTE I LA EUROPA DE CATEAU-CAMBRÉSIS

I. LA ESCENA INTERNACIONAL 33

La paz dinástica, 33 – Disputa religiosa, 48

* La paginación del presente índice general se corresponde a la edición completa del libro [N. del Ed.].

II. LA ECONOMÍA EUROPEA	61
El Báltico y el Este, 61 – El Atlántico y el Mediterráneo, 67 – La plata y los precios, 75	

III. EL PROBLEMA DEL ESTADO	85
La monarquía, 85 – Las asambleas, 97 – Unidad nacional y diversidad religiosa, 104	

PARTE II
1559-1572

IV. PROTESTANTISMO Y REVUELTA.....	117
¿Guerras de religión?, 117 – Los hugonotes en guerra, 125 – La revuelta de los Países Bajos, 133	

V. CATOLICISMO Y REPRESIÓN	149
El Concilio de Trento y la reforma católica, 149 – La contrarreforma y el poder secular, 161	

VI. LA GUERRA CON EL ISLAM.....	175
El preludio del conflicto, 175 – El enfrentamiento de los imperios, 182 – Las consecuencias de Lepanto, 191	

PARTE III
1572-1585

VII. CRISIS EN EL NORTE: 1572	199
La toma de Brill, 199 – La matanza de san Bartolomé, 210	

VIII. ¿UN CAMINO INTERMEDIO?	223
------------------------------------	-----

Polonia y el Oeste, 223 – Suecia y Alemania, 235 –
Francia y los Países Bajos, 241

IX. EL CRECIMIENTO DEL PODERÍO ESPAÑOL..... 255

Los problemas de Felipe II, 255 – Portugal y las Azores, 264 – Recuperación en los Países Bajos, 270

PARTE IV

1585-1598

X. EL CONFLICTO INTERNACIONAL 287

Los problemas de intervención, 287 – Al borde de la guerra, 297 – La Armada y la Liga, 304

XI. EL DESCONCIERTO DE ESPAÑA 321

Francia y España, 321 – La unión en torno al rey, 330 – Nantes y Vervins, 337

XII. EL CONTINENTE DIVIDIDO..... 345

El mundo mediterráneo, 345 – Roma y el Norte, 354 – División y unidad, 362

Bibliografía complementaria 371

Índice onomástico..... 393

PRÓLOGO A LA SEGUNDA EDICIÓN

La primera edición de este libro se escribió siguiendo unas pautas específicas y con un objetivo concreto. Lo que se pretendía era ofrecer una explicación narrativa clara y accesible sobre un periodo crítico y complejo de la historia de Europa que duró cuarenta años. Este fue un periodo en el que se acentuaron las divisiones religiosas y en el que la España de Felipe II, el autoproclamado triunfador de la causa romana, se vio enfrentada, y finalmente bloqueada, por las cada vez más dinámicas sociedades protestantes del norte de Europa.

El argumento, por lo tanto, era esencialmente político, y esto sirvió para aportarle al libro la unidad y coherencia que exigía la naturaleza de la serie para la que se escribió. Pero al mismo tiempo, ninguna obra histórica escrita en la pasada década de los sesenta, que se preciara y que abarcara un amplio panorama de la historia europea, podía limitarse únicamente a la narrativa política y diplomática. Esta era la época dorada de la llamada escuela de los *Annales* de París, dominada por el más grande de los *grands maîtres*, Fernand Braudel, cuya obra *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*, publicada por primera vez en 1949, transformó no solo nuestra concepción de la historia del periodo que analizaba la obra, sino también el estudio de la historia en sí mismo. Braudel rechazaba la narrativa política y diplomática tradicional, para insistir en la prioridad de la geografía y el entorno, así como de las fuerzas económicas y sociales, sobre los meros «acontecimientos». Parecía que la historia nunca volvería a ser igual.

El mensaje que Braudel nos comunicaba página tras página de brillantes ideas y prosa deslumbrante era enormemente seductor. Ahora era imposible escribir una crónica de la historia europea de la segunda mitad del siglo XVI que ignorara las transformaciones sociales y económicas. Este libro, por lo tanto, se escribió bajo la sombra de *El Mediterráneo* de Braudel. Sin embargo, al mismo tiempo, yo, personalmente, tampoco coincidía por completo con la visión de Braudel. En primer lugar, me parecía inaceptable el excesivo énfasis

que su interpretación ponía sobre las fuerzas medioambientales, sociales y económicas, en detrimento de lo que ahora se conoce como *mentalités* –religión, cultura, ideas–, que quedaban relegadas a una posición muy secundaria. Esto parecía especialmente inadecuado en el estudio de una era de violentas pasiones religiosas. En segundo lugar, su interpretación me parecía demasiado determinista. Por ejemplo, ¿fue Felipe II tan prisionero de las circunstancias como sugería Braudel? Justo entonces, mis propios estudiantes de investigación, a algunos de los cuales hago referencia en el prefacio a la primera edición, estaban encontrando fascinantes pruebas en los archivos sobre el proceso de toma de decisiones en la España de Felipe II y sobre el papel de la personalidad y de la acción humana en el desarrollo de los acontecimientos. Finalmente, los acontecimientos en sí mismos parecían merecer algo más que el desdeñoso tratamiento que les daba Braudel. Al relegarlos, dentro de la estructura de su libro, al tercer y último lugar, no lograba, en mi opinión, interpretarlos de forma convincente a la luz de las transformaciones sociales y económicas que tan brillantemente había analizado y, en consecuencia, no conseguía integrarlos satisfactoriamente en el marco general. La «historia total» a la que aspiraba era, y sigue siendo, un noble ideal. Sin embargo, la historia total difícilmente puede calificarse como tal si prescinde no solo del impacto de las ideas y los individuos, sino también de la influencia del azar, y del puro desorden y confusión, sobre el desarrollo de los acontecimientos.

Escribí, por consiguiente, esta crónica de la historia de Europa de la segunda mitad del siglo XVI tanto influido por Braudel como reaccionando contra él. Quería devolver los «acontecimientos» al lugar que creía que merecían, sin ignorar el impacto de la revolución braudeliiana sobre nuestra comprensión de la época de Felipe II. Se trataba, inevitablemente, de una empresa difícil, especialmente teniendo en cuenta las estrictas limitaciones de espacio que imponía la serie. Mucho –demasiado– debía sacrificarse en aras de la coherencia y la facilidad de lectura.

Unos treinta años después de su primera publicación, las lagunas de este libro parecen aun mayores. Durante este tiempo se ha publicado una enorme cantidad de estudios históricos sobre muchos aspectos del periodo. Sin embargo, al revisar esta literatura mientras preparaba el libro para una nueva edición, llegué a la conclusión de que este manual aún cumplía una función. Aunque la bibliografía es ahora mucho más abundante de lo que era incluso en la década de

los sesenta y desde entonces se han producido obras de gran calidad, las corrientes historiográficas dominantes han favorecido algunos aspectos de la historia del siglo XVI sobre otros, lo cual ha producido pérdidas, además de ganancias.

El tipo de análisis social y económico por el que abogaban Braudel y los *annalistes* ha perdido terreno, en parte como reacción ante lo que llegó a convertirse en una repetición un tanto mecánica de los métodos y formas *annalistes*, pero también por el creciente rechazo hacia el pensamiento marxista y «marxistizante» que surgió en buena parte del mundo occidental. En concreto, la vuelta al estudio de las *mentalités*, que afectó tanto a los historiadores que trabajaban dentro de la tradición de los *Annales* como a los que trabajaban fuera de ella, representaba un intento de devolver al estudio del pasado un interés en la influencia de las ideas, las actitudes y los valores que había estado ausente en la historiografía dominante del periodo de posguerra. Esto tuvo como resultado una nueva insistencia en la importancia de la historia «cultural» —una historia cultural muy influida por la antropología, que parecía ofrecer a una nueva generación de historiadores la llave para abrir las puertas del pasado. A medida que fue girándose la llave, fueron proliferando determinados tipos de estudios culturales, como, por ejemplo, las investigaciones sobre la historia de la brujería.

También ha habido un significativo alejamiento del estudio de esas grandes fuerzas impersonales que Braudel tanto amaba y un acercamiento a lo personal e individual, por lo que se ha producido un movimiento de lo macrohistórico a lo microhistórico. Un molinero de Friuli con una curiosa cosmología personal o un soldado francés con una sola pierna que regresó tardíamente de la guerra han recibido la clase de profunda atención histórica que en otro tiempo se hubiera dedicado a grupos sociales o comunidades enteras. Aunque esto ha enriquecido notablemente nuestra comprensión de ciertos aspectos de la vida del siglo XVI, también ha planteado difíciles preguntas sobre hasta qué punto unos casos individuales, que pueden reconstruirse mediante la casual conservación y descubrimiento de un *dossier*, pueden considerarse legítimamente como ejemplos verdaderamente representativos del mundo cultural y social del que han sido extraídos gracias a la casualidad y a una ingeniosa labor de investigación histórica.

Mientras el nuevo interés por la historia cultural, considerada principalmente como la historia de lo que terminó conociéndose

como «cultura popular», ampliaba el espectro del conocimiento histórico para abarcar áreas de la experiencia social que, hasta entonces, se habían estudiado poco o nada, la proliferación de estudios de casos individuales o locales tendía a descomponer el pasado en una multitud de fragmentos. Esta fragmentación hacía que se difuminara o perdiera la visión general que los historiadores marxistas o «marxizantes» habían intentado captar al concentrarse en los grandes asuntos del desarrollo económico y social.

En un momento dado se produjo una reacción contra lo que se veía como una interpretación excesivamente populista de la «sociedad» y la «cultura», y también contra el olvido, tanto por parte de los nuevos historiadores culturales y antropológicos como de los *annalistes* de la generación anterior, de la dimensión histórica del poder. La política, entendida ante todo como «alta política», se abrió paso hasta volver a situarse en el orden del día de los estudios históricos, dándole un nuevo ímpetu a la narrativa política y también a la biografía política, un género que, aunque nunca se había dejado de practicar, estaba algo desprestigiado desde hacía tiempo. Sin embargo, para muchos historiadores, el nuevo interés por la alta política era una actividad estéril si daba la espalda a los recientes logros históricos. Estos incluían una mayor sensibilidad hacia los temas sociales y culturales y una creencia –que a veces rozaba la obsesión– de que el análisis del lenguaje, la imaginaria y la representación ofrecía una clave indispensable para entender tanto las intenciones de los personajes históricos como la sociedad en la que actuaban.

En lo que respecta a la historia de Europa de finales del siglo XVI, en las dos últimas décadas estos cambios de enfoque histórico se ven reflejados especialmente en la mayor atención que se ha prestado a las formas en las que el gobierno funcionaba por medio de una jerarquía social articulada verticalmente a través de vínculos de parentesco, mecenazgo y clientelismo, por lo que el ejercicio de poder desde el centro se convertía en un proceso de negociación continua entre las diversas partes interesadas. Las crisis de poder, como la que se dio durante las guerras de religión en Francia, reflejan por lo tanto el hecho de que la corona, por el motivo que fuera, no fue capaz de controlar y manipular con éxito las redes de clientes existentes en su beneficio político. Sin embargo, como he intentado mostrar en este libro, aunque hubo fracasos, como en la Francia de los últimos Valois, también hubo éxitos. La España de Felipe II, o la Inglaterra de Isabel, muestran cómo la habilidad política y el empleo de los recur-

sos que los monarcas tenían a su disposición en el siglo XVI, podían ayudar a mantener un gobierno eficaz incluso en un periodo de intensas tensiones religiosas y conflictos internacionales.

Las formas más evidentes de patronazgo no eran los únicos recursos que los monarcas tenían a su disposición, también estaban los aspectos simbólicos del poder. El matrimonio entre la historia y la antropología, combinado con el interés contemporáneo por las manifestaciones simbólicas del poder, han llevado a un interés nuevo y sofisticado por la naturaleza de la corte y la sociedad cortesana, y por las formas en las que los monarcas intentaban reforzar, proyectar y celebrar su majestad a través de elaborados espectáculos cortesanos y del mecenazgo de artistas y hombres de letras. La más importante de todas las recientes tendencias académicas contemporáneas en el campo de las humanidades, la supresión de las barreras disciplinarias tradicionales, ha ayudado a este interés por la representación del poder (y, en cierta medida, también se ha beneficiado de él). Historiadores políticos y sociales colaboran con especialistas literarios, historiadores del arte e historiadores de las ideas en un proyecto común cuya intención es recuperar y reconstruir el lenguaje del pasado.

La ampliación de la historia tradicional que se refleja en estos y otros cambios —el resurgimiento, por ejemplo, de la historia militar, especialmente en su contexto social— ha tenido muchas consecuencias beneficiosas, pero también ha complicado enormemente la tarea de producir una síntesis histórica convincente. Tanto el concepto de «guerra» como el de «religión» tienen un peso historiográfico mayor del que tenían hace cuarenta años. Si escribiera hoy un estudio sobre la historia de la Europa de finales del siglo XVI, tendría que asumir toda esta carga historiográfica, aunque fuera para, posteriormente, rechazar parte de este equipaje por superfluo o excesivamente hinchado. Pero si me dedicaba a incorporar esta nueva carga indiscriminadamente, conservando al mismo tiempo lo mejor de la vieja carga, el cargamento se desequilibraría inevitablemente y el barco acabaría zozobrando. Por lo tanto, dadas las circunstancias, me he contentado con hacer algunos ajustes al texto en los puntos en los que me ha parecido equívoco o desfasado a la luz de nuevas investigaciones, y con reemplazar la bibliografía original por un ensayo bibliográfico ampliado que advertirá a los lectores sobre las áreas que no se encuentran tratadas, o que están tratadas de forma inadecuada, en el texto que tienen ante ellos. Le agradezco a Timothy Watson, del Magdalen Co-

llege en Oxford, sus sugerencias tanto para la revisión del texto como para la bibliografía complementaria.

Presento el libro con estas enmiendas a nuevas generaciones de lectores con la creencia de que cubre parcialmente una necesidad que aún tiene que ser tratada por una nueva generación de escritores. Esta obra pretende ofrecer una visión general que identifica y analiza algunas de las principales fuerzas que actuaron a favor tanto de la continuidad como del cambio en un periodo de agitación política y religiosa. También pretende mostrar la interacción que hubo entre los acontecimientos que se produjeron en distintas partes del continente, algo que ha tendido a perderse en los últimos años por la proliferación de estudios nacionales y locales. Sobre todo, pretende contar una historia coherente y comprensible de un continente alborotado, en una época en la que la importancia de los meros «acontecimientos» y las virtudes de la historia narrativa vuelven a reconocerse tras un largo periodo de menosprecio.

Oxford
Septiembre de 1999

PRÓLOGO

Al acercarme al considerable volumen de trabajos sobre la historia de la Europa de finales del siglo XVI me di cuenta de que lo que hacía más falta en este momento era una narración de los hechos políticos que recogiese al mismo tiempo los logros más recientes de la historia social y económica de este periodo e intentase relacionar entre sí los acontecimientos simultáneos y complementarios de los diversos estados europeos. Hemos llegado a acostumbrarnos tanto a separar los acontecimientos de las guerras religiosas en Francia de la revuelta de los Países Bajos que estamos en peligro de perder el sentido de la interrelación de los hechos en las diferentes partes del continente, de la cual los contemporáneos eran tan profundamente conscientes. El limitado espacio puesto a mi disposición me ha llevado, inevitablemente, a reducir y a efectuar omisiones; sin embargo, espero haber puesto de manifiesto, en parte, la compleja interconexión de los acontecimientos en el continente y el sentido que tenían los contemporáneos de que se hallaban implicados en un gran drama europeo. Al seleccionar los años 1572 y 1585 como los momentos para dividir cronológicamente la exposición, me sentí influido solamente por la gran significación que me parecían tener esas fechas. La consecuente división de los treinta y nueve años comprendidos entre 1559-1598 en periodos de trece años no intenta sugerir ningún tipo de fe mística en el movimiento cíclico de la historia.

Deseo expresar mi gratitud a Alastair Duke y a Brian Pearce por haber atraído mi atención sobre determinadas publicaciones neerlandesas y francesas respectivamente. Cuatro de mis discípulos, que investigan sobre diferentes aspectos de la historia de este periodo –R. J. W. Evans, R. L. Kagan, A. W. Lovett y N. G. Parker– han hecho cuanto han podido para ponerme al día, y he obtenido mucho beneficio de las conversaciones mantenidas con ellos. Cuando sus respectivas tesis salgan a la luz, este libro requerirá una revisión y algunas correcciones. Mi agradecimiento también al profesor J. H. Plumb y al profesor G. R. Elton, los cuales leyeron el manuscrito e

hicieron valiosos comentarios. El profesor R. E. Wernham, el profesor Orest Ranum y el doctor N. M. Sutherland concedieron generosamente su tiempo a la lectura de las pruebas y a señalar algunos errores que he hecho lo posible por corregir. Richard Ollard ha vigilado y alentado la elaboración de este libro en cada una de sus etapas. El índice fue recopilado por mi esposa, a quien este libro está dedicado con mi agradecimiento.

9 de julio de 1968
King's College, Londres

HISTORIA DE EUROPA

EUROPA EN CRISIS

1598-1648

GEOFFREY PARKER



SIGLO
XXI
ESPAÑA



Diseño interior y cubierta: RAG

Reservados todos los derechos. De acuerdo a lo dispuesto en el art. 270 del Código Penal, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes sin la preceptiva autorización reproduzcan, plagien, distribuyan o comuniquen públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, fijada en cualquier tipo de soporte.

Título original: *Europe in Crisis: 1598-1648. Second Edition*

© Geoffrey Parker, 1979, 2001

© Siglo XXI de España Editores, S. A., 1981, 2017
para lengua española

Sector Foresta, 1
28760 Tres Cantos
Madrid - España

Tel.: 918 061 996
Fax: 918 044 028

www.sigloxxieditores.com

ISBN: 978-84-323-1694-4
Depósito legal: M-28.348-2017

Impreso en España

ÍNDICE*

<i>Índice de figuras, mapas y cuadros</i>	9
<i>Prefacio a la segunda edición</i>	11
<i>Nota sobre las convenciones</i>	15
<i>Preludio. La primavera de Praga</i>	17
I. LA SOCIEDAD EUROPEA Y LA ECONOMÍA.....	23
1. Clima y crisis, 23 – 2. Ricos y pobres, 36 – 3. La oferta y la demanda, 47 – 4. Una economía al borde de la crisis, 56	
II. LA SOCIEDAD EUROPEA Y EL ESTADO	61
1. La teoría del absolutismo, 61 – 2. El absolutismo religioso, 70 – 3. El absolutismo político, 78 – 4. El Estado y la guerra, 89	
III. EL TIEMPO DE LA AGITACIÓN EN EL ESTE, 1593-1618	101
1. Los Habsburgo de Austria y los turcos, 101 – 2. Los Vasa y sus enemigos, 115 – 3. La violación de Rusia, 124	
IV. NEUTRALIDAD ARMADA EN EL OESTE, 1598-1618	133
1. La recuperación de Francia, 133 – 2. Los Países Bajos divididos, 149 – 3. España bajo Felipe III, 164	

* La paginación del presente índice general se corresponde a la edición completa del libro [N. del Ed.].

V. EL APOGEO DEL IMPERIALISMO DE LOS HABSBURGO, 1618-1629.....	179
1. La revuelta de Bohemia, 179 – 2. Años de victoria, 188 – 3. Ascenso y caída de una coalición, 198 – 4. Francia y la guerra fría por Italia, 210	
VI. LA DERROTA DE LOS HABSBURGO, 1629-1635.....	227
1. Suecia y Polonia, 227 – 2. Gustavo Adolfo y Wallen- stein, 234 – 3. El cardenal-infante, 250	
VII. GUERRA Y REVOLUCIÓN, 1635-1648	261
1. Al borde del desastre, 261 – 2. La crisis de la monar- quía española, 273 – 3. El resurgir de Francia, 282 – 4. El fin de la Guerra de los Ochenta Años, 289 – 5. El fin de la Guerra de los Treinta Años, 293	
VIII. LA CULTURA DE LA EUROPA POSRENACENTISTA	305
1. Guerra y cultura, 305 – 2. La cultura de la vida coti- diana, 316 – 3. La cultura de la élite, 343	
<i>Bibliografía adicional</i>	383
<i>Índice onomástico</i>	411

PREFACIO A LA SEGUNDA EDICIÓN

Este volumen tiene un legado mixto. Por una parte, antes de mí, tres autores sucesivos firmaron contratos para escribirlo, pero luego abandonaron el proyecto; por otra parte, cuando la tarea recayó sobre mí en 1975, casi todos los otros volúmenes de la serie estaban publicados. En concreto, sabía exactamente lo que John Elliott y John Stoye habían tratado en *La Europa dividida, 1559-1598* (1968), y *El despliegue de Europa, 1648-1688* (1969), y conocía por lo tanto los huecos que me quedaban por llenar. También había visto que los temas sociales y económicos que se estudiaban en *La Europa del Renacimiento, 1480-1520* (1971) de John Hale no figuraban en volúmenes posteriores. Todo esto me ayudó enormemente a planear el trabajo y explica por qué los primeros dos capítulos tratan de temas generales de tipo «estructural» –económicos, sociales, políticos y religiosos– y por qué el tercer capítulo, que trata sobre la Europa central y oriental, empieza en 1592-1593 (donde se detuvo Elliott) en lugar de en 1598.

La decisión de empezar los capítulos «coyunturales» en el este no se debía únicamente a motivos cronológicos. Siempre he pensado que demasiadas «Historias de Europa» se detienen en el Elba. Tras aceptar la redacción de este libro, estudié en profundidad la geografía política de Europa del este para encontrar un eje. Polonia me atraía por tres razones. En primer lugar, después de Rusia, era el mayor estado de la Europa del siglo XVII; en segundo lugar, muchos historiadores de la Alta Edad Moderna polaca se habían formado en París y habían realizado notables y apasionantes estudios; en tercer lugar, el idioma polaco parecía algo menos desalentador que el checo, el húngaro o el ruso. Por lo tanto, en 1977 empecé a estudiar polaco y un año después viajé a Varsovia. Allí, un grupo de extraordinarios académicos de la Alta Edad Moderna (entre los que se encontraban Antoni Mączak, Janusz Tazbir y Maria Boguńska) compartieron su trabajo conmigo y me informaron de que todos los libros y artículos polacos que se habían publicado desde la década

de los cincuenta incluían un resumen en un idioma occidental, lo cual quería decir que podía llegar muy lejos con un conocimiento del polaco que me permitiera entender el título (y las leyendas de cualquier tabla o figura). Esto aceleraba mi plan de trabajo.

En 1978 Gael Newby mecanografió diversos borradores del manuscrito. Simon Adams, Robert Evans y Bruce Lenman lo leyeron de principio a fin y sugirieron importantes mejoras, al igual que sir John Plumb, el coordinador de la serie, y Richard Ollard, mi editor. Lee Smith lo leyó todo varias veces, me proporcionó muchas referencias útiles y me salvó de innumerables errores de contenido y estilo. Entregué el texto final en abril de 1979 y, gracias a la eficiencia de Richard Ollard, el libro se publicó en un tiempo récord seis meses después. Inevitablemente, se escaparon algunos fallos, y agradezco a Peter Burke, André Carus, James Coonan, Jonathan Israel, Robert Knecht, Andrew Lossky, Sheilagh Ogilvie y Michael Roberts que me los señalaran. Sus sugerencias mejoraron la edición revisada que se publicó en 1981.

Ahora, veinte años más tarde, Richard Bonney, Lawrence Brockliss, Derek Croxton, Robert Frost y Matthew Keith han leído el texto de nuevo –algunos de ellos más de una vez– y han aportado importantes sugerencias para nuevos cambios y actualizaciones. También me han ayudado a revisar la bibliografía. Además, Paul Allen, Alison Anderson, Penelope Gouk, Martha Hoffman-Strock, Paul Lockhart, Glyn Redworth y Kurt Treptow me prestaron su ayuda experta en capítulos concretos. Robert Rush escaneó el texto y me ayudó a revisarlo. Věra Votrubová fue la guía perfecta para Praga, la ciudad donde este libro empieza y termina. Tessa Harvey fue una editora modelo de principio a fin. Estoy profundamente agradecido a todos estos colegas, amigos y (en muchos casos) antiguos estudiantes por sus amables esfuerzos que me ayudaron a mejorar este libro.

Sin embargo, la estructura de *Europa en crisis* sigue siendo esencialmente la misma. Aunque la multitud de libros y artículos sobre la historia política de la Europa de principios de la Edad Moderna publicados desde 1979 han iluminado muchos temas y han abierto nuevos campos de investigación, la «forma» del periodo no ha cambiado significativamente. La Guerra de los Treinta Años sigue siendo el acontecimiento central y el hecho de que los Habsburgo la perdieran no ha cambiado. A pesar de algunas ganancias transitorias espectaculares, España y Polonia siguen terminando el periodo mucho más débiles de lo que lo empezaron. Suecia y los holandeses, contra todo

pronóstico, siguen convirtiéndose en grandes potencias; mientras que Francia, al borde del abismo, lucha por su supervivencia. Por contra, en los últimos veinte años la investigación ha transformado nuestro conocimiento y comprensión de la historia económica, social y cultural europea. Ahora sabemos mucho más sobre las vidas y los logros de la gente corriente, esos hombres y mujeres y niños que Lord Clarendon rechazó de su *History of the Rebellion and Civil Wars in England*, refiriéndose a ellos como «gente sucia sin nombre». De hecho, para muchos estudiantes, como apuntó recientemente sir John Elliott, «el nombre de Martin Guerre [ha llegado a ser] tan conocido o más que el de Martín Lutero»¹. Se han realizado, por lo tanto, profundos cambios en los capítulos I, II y VIII, para reflejar el abundante nuevo material publicado sobre la historia económica, social, cultural y de género de la Europa de la Alta Edad Moderna.

Para terminar, es un placer dejar constancia de que en este nuevo milenio, al igual que en 1979, este libro debe muchísimo a mis estudiantes. Primero en Cambridge, luego en St. Andrews, Vancouver, Illinois y Yale, y finalmente en Ohio State, encontraron fuentes de referencia con las que yo solo nunca habría dado y me obligaron a tratar importantes asuntos y a hacer conexiones que, de otro modo, nunca se me hubieran ocurrido. Recuerdo con especial afecto y gratitud a los miembros de mi Junior Honours Seminar de la Universidad de St. Andrews en el curso 1974-1975, que mostraron un entusiasmo poco común por el periodo y una excepcional destreza para discutir los temas. Por lo tanto, este día de San Andrés, aunque desde otro continente, dedico la segunda edición de *Europa en crisis*, con todo mi agradecimiento, a todos mis estudiantes en general, y a ese seminario de St. Andrews de hace un cuarto de siglo en particular: a Maureen Anderson, Stephen Davies, Susan Francis, Paul Harris, Colin Mackinnon, Steven Meek, Susan Mills, Lee Smith, Malcolm Ritchie y Margaret Wallis.

Geoffrey Parker
Columbus, Ohio
30 de noviembre de 2000

¹ C. Hill, *Puritanism and revolution: studies in the interpretation of the English Revolution of the 17th Century*, Londres, 1958, pp. 204-205, en el que cita *History* de Clarendon, iniciada en 1646; J. H. Elliott, *National and comparative history: an inaugural lecture*, Oxford, 1991, II.

PRELUDIO

La primavera de Praga

En la mañana del miércoles 23 de mayo de 1618, vigilia del día de la Ascensión, cuatro miembros católicos del consejo de regencia fueron como de costumbre a oír misa en la catedral de San Vito de Praga, capital del reino de Bohemia. Después de ello, aproximadamente a las ocho y media, volvieron al palacio real y subieron a su cancillería, emplazada en lo alto de una torre que dominaba la ciudad. Media hora más tarde fueron sorprendidos por la llegada de una nutrida delegación de protestantes de los estados (o Parlamento) del reino, que se habían reunido en un lugar próximo. Los diputados, seguidos por sus sirvientes, todos ellos armados (casi doscientas personas en total), irrumpieron en la sala del consejo. Las escaleras les habían dejado acalorados y sin aliento, y estaban tensos y preocupados porque sabían lo que habían acordado hacer. Los cabecillas acusaron a los consejeros de ordenar que se disolvieran los estados y de ser enemigos de la religión y de la libertad del reino. Pocos veían lo que estaba sucediendo, pero las voces se elevaban cada vez más y la temperatura aumentaba por momentos. Repentinamente, las ventanas se abrieron con violencia y dos de los consejeros, gritando de terror, fueron arrojados por ellas al aire de la mañana, desde 18 metros de altura. Su secretario, leal pero imprudente, protestó ante esta barbaridad: corrió la misma suerte. Milagrosamente, los tres cayeron sobre los montones de desperdicios que se habían ido acumulando en el foso del castillo y salvaron la vida. Tambaleándose, ayudados por sus criados, esquivaron los disparos que les hacían desde la cámara del consejo y se pusieron a salvo.

Es fácil ver por qué la defenestración de Praga se ha convertido en el acontecimiento más conocido de la historia europea del siglo XVII: en él se mezclan el drama y la farsa, la pasión y la piedad. En la época fue discutido con enorme interés en todas las capitales europeas, de Estocolmo a Moscú y de Londres a Madrid. Todo el mundo tomaba partido por uno de los dos bandos, porque lo que estaba en juego era de interés general. «La religión y la libertad van juntas y

caen juntas» era el punto de vista de la mayor parte de los contemporáneos, y era opinión general que la suerte que corrieran la religión y la libertad en un país afectaría inevitablemente a su situación en todos los demás. Si los bohemios desafiaban con éxito a sus gobernantes, aumentaría la libertad religiosa y política de los súbditos en todos los países; si su desafío fracasaba, el poder de todos los príncipes se reforzaría. «Creedme», escribía un diplomático holandés a su colega alemán en el verano de 1619, «la guerra de Bohemia decidirá el destino de todos nosotros». Por esto, la cadena de antecedentes y repercusiones relacionados con la defenestración implicó a casi todos los grupos políticos hasta el extremo de que, como dijo Gustavo Adolfo una década después, «las cosas han llegado al punto en el que todas las guerra de Europa se han entremezclado y convertido en una».

Pero ¿puede hablarse con propiedad de «Europa» en el siglo XVII? Todavía en 1876, Bismarck garabateó en el reverso de un telegrama: «Todo el que hable de Europa comete un error; Europa no es más que una expresión geográfica.» Y, sin embargo, al menos en el período que trata este volumen, la interacción de los acontecimientos que se producían en las diversas partes del continente parecía dar lugar con frecuencia a fenómenos que podían ser justamente calificados de «europeos». Los hombres de Estado, de Moscovia a Portugal y de Suecia a Sicilia, se esforzaban deliberadamente en alinear su causa con la ajena. Algunos formaban alianzas en nombre de la religión; otros en nombre de una dinastía; otros en nombre de un principio: todas enlazaban el este con el oeste y el norte con el sur en una medida hasta entonces sin precedentes y estrechando los lazos económicos ya existentes, que establecían entre las diferentes partes del continente un contacto cada día mayor. El grano del Báltico, que había alimentado a mucha gente en los Países Bajos desde mediados del siglo XVI, a partir de la década de los noventa empezó a ser el sustento de regiones de España, Portugal e Italia. Estas mismas tierras meridionales empezaron simultáneamente a comprar grandes cantidades de tejidos de estambre, conocidos como los «nuevos paños», a Inglaterra y a los Países Bajos, ya que eran más livianos y más baratos que los paños tradicionales. A cambio, la península ibérica y la italiana suministraban al resto del continente especias de Asia, plata de América y oro de África.

La cultura también unía al continente. Las imprentas de Ámsterdam, Bruselas, Nápoles, Roma y Praga publicaban libros españoles

en todas partes y los teatros representaban obras españolas (o versiones locales plagiadas de argumentos españoles). También viajaban por el continente artistas de los Países Bajos. Peter Paul Rubens de Amberes trabajó para el duque de Mantua y, estando a su servicio, visitó España donde recibió diversos encargos importantes de la corte de Felipe III. Después trabajó también para la reina viuda de Francia (para quien realizó los magníficos *Triunfos de María de Médicis*) y para Carlos I de Inglaterra (para quien pintó el magnífico techo del salón de banquetes de Whitehall). Los arquitectos e ingenieros italianos también viajaron por todas partes. Giovanni Battista Gisleni diseñó el «Forum de los Vasa» de Varsovia; Giovanni Trevano revisó los planos de la iglesia jesuita de San Pedro y San Pablo en Cracovia y diseñó ampliaciones para el palacio real de Varsovia; Giovanni Battista Cairati supervisó la construcción de fortalezas de artillería en Vasai, Damao y Mombasa para el imperio portugués de ultramar; Giovanni Battista Antonelli diseñó sistemas defensivos para España y el Caribe español. La cultura de las tierras de los Habsburgo en Europa central se extendió por el continente de forma distinta: principalmente por imposición. La derrota de los bohemios en la batalla de la Montaña Blanca en 1620 obligó a intelectuales como Jan Amos Comenius y a artistas como Wenceslas Hollar a trabajar en el extranjero durante el resto de sus vidas: en Inglaterra, Alemania, Hungría, los Países Bajos y Polonia. Cada vez que el control sobre Praga cambiaba de manos los vencedores saqueaban su arte, repartiéndolo por países protestantes como Suecia y Holanda o católicos como España e Italia. Por último, el humor también unió a Europa. Juglares españoles entretuvieron al público de las cortes de Italia, Alemania e incluso Inglaterra, y enanos que hacían de bufones llegaron a Francia y España desde Polonia.

Sin embargo, en cierto sentido, Bismarck tenía razón: en el siglo XVII, la fragmentación de Europa era tal que la experiencia de una comunidad dada divergía a menudo radicalmente de la de sus vecinos, lo que hacía problemáticas, sino imposibles, las generalizaciones. Incluso un fenómeno tan general y bien documentado como la decadencia económica de España afectó a diferentes áreas en diferentes épocas. En la Galicia costera y en Valencia, la decadencia duró aproximadamente de 1615 a la década de los cuarenta del mismo siglo; en los montes de Toledo, aunque también comenzó en 1615, duró hasta la década de los setenta; y en la provincia de Segovia, donde la decadencia también terminó en la misma década, comenzó en 1625.

E incluso dentro de cada una de estas provincias hubo, naturalmente, diferencias ulteriores, por una serie de razones. En primer lugar, los modelos de posesión de la tierra modificaban el impacto de la crisis económica de muchas formas sutiles: la presencia de un señor local que deseara crear riqueza en el campo y promoviera, por tanto, la industria rural, además de financiar las mejoras agrícolas, podía ser la salvación de un pueblo, mientras que el pueblo vecino, sometido a un señor que prefería dedicar su riqueza y su atención, digamos, a la administración más que a la empresa, moría lentamente o se rebelaba. Asimismo, si las costumbres locales permitían el espigueo y el pastoreo, la tala de árboles y la caza en las tierras comunales, la comunidad tenía más posibilidades de sobrevivir a un año de escasez; al igual que si contaban con un legado benéfico local o estaban cerca de una carretera o un puerto. Las circunstancias políticas y militares también afectaban al destino de una comunidad. Los campesinos de la cuenca de París, que trabajaban una de las tierras más feraces de Europa, se empobrecieron progresivamente en los primeros años del siglo XVII y se rebelaron una y otra vez, mientras que los agricultores holandeses, con tierras arenosas y pobres, prosperaban y se mostraban conformes. Tales diferencias quedan explicadas en gran parte por las diferentes políticas fiscales de los gobiernos francés y holandés. Finalmente, la guerra podía cambiar la suerte de una comunidad de la noche a la mañana. La representación de la Pasión en el pueblo de Oberammergau, al sur de Alemania, celebra su liberación de las tropas que arrasaron Unterammergau y otras poblaciones vecinas cuando cruzaron la región en la década de los treinta del siglo XVII.

¿Qué era más típico de Europa en general, la casi constante inestabilidad de Francia o la prosperidad de Holanda? ¿Oberammergau o Unterammergau? El título de este volumen delata el veredicto del autor. A principios del siglo XVII se produjo una «crisis general» en la que una ola de convulsiones económicas, sociales y políticas azotó muchas partes del hemisferio norte. En China un ejército de campesinos rebeldes derrocó a la dinastía Ming en 1644, dando vía libre a los manchúes para que conquistaran el país. En el Imperio otomano, dos décadas de desórdenes culminaron con el asesinato del sultán en 1648. En Europa, el ciclo de agitación que empezó con la defenestración de Praga y con una aguda recesión del comercio culminó durante la década de los cuarenta con las peores cosechas del siglo y con rebeliones en Escocia, Irlanda, Inglaterra, Francia, Portugal, España, Sicilia, Nápoles, Austria, Polonia y Moscovia.

¿Todos estos fenómenos pudieron haber ocurrido por mera coincidencia? El intelectual francés Voltaire, que escribió solo un siglo después de los sucesos que describió, no dudaba de que formaban parte de un fenómeno más amplio. En su *Ensayo sobre las costumbres*, escrito entre 1741 y 1742, retrataba la primera mitad del siglo XVII como «un período de usurpaciones que iban casi de un extremo del mundo a otro» y explicaba la «fatal secuencia de acontecimientos que arrastró a la gente como los vientos mueven la arena y las olas» de la siguiente manera: «Tres factores ejercen una constante influencia sobre las mentes de los hombres: el clima, el gobierno y la religión»¹. En los primeros dos capítulos de *Europa en crisis* se examinan estas «constantes influencias» para luego centrarnos en los acontecimientos, tanto de Europa oriental como de Europa occidental, que llevaron a la primavera de Praga de 1618 (capítulos III y IV) y al caos político que aquello produjo (capítulos V, VI y VII). El capítulo VIII estudia la cultura formada —o deformada— por cinco décadas de recurrentes guerras, recesiones y rebeliones.

¹ F. M. A. de Voltaire, *Essai sur les moeurs et l'esprit des nations* (escrito en 1741-1742; 1.ª ed., París, 1756; ed. de 1963), II, pp. 794 y 806.

HISTORIA DE EUROPA

EL DESPLIEGUE DE EUROPA

1648-1688

J. STOYE



SIGLO
XVII
ESPAÑA



Diseño interior y cubierta: RAG

Reservados todos los derechos. De acuerdo a lo dispuesto en el art. 270 del Código Penal, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes sin la preceptiva autorización reproduzcan, plagien, distribuyan o comuniquen públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, fijada en cualquier tipo de soporte.

Título original: *Europe Unfolding, 1648-1688*

La edición en lengua española de esta obra ha sido autorizada por John Wiley & Sons Limited. La traducción es responsabilidad de Siglo XXI de España Editores, S. A.

© John Stoye, 1969, 2000

© Siglo XXI de España Editores, S. A., 1974, 2018
para lengua española

Sector Foresta, 1
28760 Tres Cantos
Madrid - España

Tel.: 918 061 996
Fax: 918 044 028

www.sigloxxieditores.com

ISBN: 978-84-323-1925-9
Depósito legal: M-27.080-2018

Impreso en España

ÍNDICE*

<i>Prefacio a la primera edición</i>	9
<i>Prefacio a la segunda edición</i>	11
<i>Mapas</i>	13
<i>Cuadros dinásticos</i>	19
I. UNA NUEVA ESTABILIDAD EN EL CENTRO	23
Descripción del escenario, 23 – El Sacro Imperio Romano en 1648, 26 – Fanáticos y estadistas, 31 – La economía de Europa central, 36 – Autocracias y Estados, 45	
II. LAS CRISIS DE LA EUROPA ORIENTAL.....	53
Revolución en Ucrania, 53 – Moscovia: El Código de 1649, 61 – Intervención extranjera en Polonia, 65 – La supervivencia de Polonia, 72 – Revuelta en el imperio otomano, 77 – Mohamed Köprülü, 80	
III. EL ECLIPSE DE FRANCIA.....	89
El error de Mazarino, 89 – Las dos monarquías de Francia, 92 – Los nobles, el pueblo y las provincias, 99 – La ruptura del gobierno, 106 – La lucha por París, 110	

* La paginación del presente índice general se corresponde a la edición completa del libro [N. del Ed.].

IV. LA SUPERVIVENCIA DE ESPAÑA	119
Cataluña y Nápoles recuperadas, 119 – Peste, plata y situación legal, 127 – Defensa de Portugal, 133 – Flandes: la alianza anglo-francesa, 135 – El Tratado de los Pirineos, 138	
V. LA SITUACIÓN DEL NORTE.....	143
El gobierno de los holandeses, 143 – Arte y comercio holandeses, 152 – El imperio sueco; el sitio de Copenhague, 162 – Rentas e impuestos en los Países Bálticos, 167 – El punto muerto inglés, 173	
VI. LOS ENSAYOS MENORES DE AUTOCRACIA	177
Cuentos de viajeros, 177 – La soberanía en Dinamarca, 179 – La soberanía en Prusia, 183 – La soberanía en Hungría, 188 – La economía de los países de los Habsburgo, 197 – El Piamonte, 199	
VII. EL GRAN ENSAYO: FRANCIA	205
Mazarino, 205 – El sistema fiscal, 207 – Luis XIV en 1661, 214 – Fouquet y Colbert, 217 – El nuevo escenario, 220 – La nueva administración, 223 – La nueva política económica, 227 – El nuevo ejército, 234	
VIII. EL ESPÍRITU EUROPEO (1640-1670).....	239
La cuestión del jansenismo, 239 – Moscovia: los creyentes griegos y los antiguos, 249 – La nueva ciencia: Descartes, 254 – El mundo de Bernini, 264	
IX. LA DIPLOMACIA Y LA GUERRA DE LUIS XIV (1660-1680)..	269
El interés francés en Europa, 269 – La sucesión española: Luis XIV, 273 – La guerra de 1667-1668 y la Triple Alianza, 276 – La diplomacia de Lionne, 280 – La	

guerra de 1672-1678, 287 – Francia en el interior, 292
– Inglaterra y Holanda en el interior, 295 – La consecución de la paz, 299 – «¡Oh, Aquiles!», 303

X. EL IMPERIO OTOMANO Y SU EFECTO SOBRE EUROPA
(1672-1688) 305

Polonia y Juan Sobieski, 305 – El destino de Ucrania, 312 – Las perspectivas de Moscovia, 314 – El imperio otomano, 319 – El efecto sobre la Europa central, 326 – Los ejércitos permanentes alemanes, 331 – Venecia: la última aventura imperial, 333 – Reacciones otomanas, 336

XI. LA INQUIETA CALMA DE EUROPA OCCIDENTAL
(1678-1688) 343

La economía en España e Inglaterra, 343 – La soberanía en Suecia, 346 – El comercio holandés, 352 – La consolidación de Francia, 356 – Luis XIV e Inocencio XI, 363 – El Edicto de Fontainebleau, 366 – Los hugonotes en Europa, 373 – Newton y la Contrarreforma, 381 – Los jesuitas y la misión china, 386

XII. EPÍLOGO: EL ENGRANAJE DE 1688..... 391

La estructura internacional (1685-1687), 391 – El año 1688, 398

Bibliografía 405

Índice onomástico 421

PREFACIO A LA PRIMERA EDICIÓN

«El ilustre Grotius nos dice en la página 34 de sus *Epístolas* que los atenienses, en su Alto Tribunal, prohibían todos los prefacios y dedicatorias de introducción, porque odiaban los ornamentos artificiosos y lo que resultase superfluo en sus discursos. Nosotros tratamos de imitarles en la medida de lo posible.» Así comienza un libro titulado *The Young Students-Library* (*La biblioteca de los jóvenes estudiantes*), publicado en 1692. Yo también quiero seguir el ejemplo de los griegos, después de dar las gracias a los bondadosos amigos, parientes, colegas y editores (en Oxford, Cambridge y Londres) que me han ayudado en la redacción de estas páginas. Se trata aquí de un estudio evidentemente breve, que abarca un campo enorme y un gran número de temas, pero yo he tratado de no imponer una rígida estructura al material. Mi deseo es, más bien, el de poner de manifiesto el carácter de Europa, tal como se revela, gradualmente, durante un periodo de cuarenta años. Era aquel un panorama en el que millones de hombres tenían que buscar un medio de vida, con otros muchísimos hombres deseosos de hacer bien su trabajo. Me he quedado con una permanente impresión de grandeza, de diversidad y de riqueza, dispuesta en una organización profundamente injusta. Es fácil, pero importante, decir que el mundo no es sencillo ni pequeño.

J. W. S., mayo de 1969

PREFACIO A LA SEGUNDA EDICIÓN

Tampoco creo que a los atenienses del ilustre Grotius les hubiera gustado mucho la idea de un segundo prefacio. Aun así, déjeme expresar mi gran agradecimiento por la pervivencia de esta obra a lo largo de tantos años y por la feliz oportunidad de corregir algunos errores, borrar un poco aquí y allá y reescribir algunos pasajes, especialmente en los capítulos II, VIII y X; además de añadir muchos títulos modernos a la «Bibliografía adicional» que hay al final del libro. En esta tarea he tenido la suerte de recibir muchos buenos consejos de Laurence Brockliss, Peter Noll, David Parratt, Andrew Robinson y Tim Watson. También estoy profundamente agradecido a Richard Ollard, que trabajaba en Fontana-Collins, por haber supervisado la edición de la obra original, y a Helen Rappaport y el personal de Blackwells por su trabajo con la edición revisada. Solo una cosa más, estimados atenienses: este libro deja constancia de un breve periodo de la historia de Europa. Al describirlo, no he sido más que un espectador momentáneo de los cambios a más largo plazo que tanto interesan a los historiadores hoy en día.

J. W. S., marzo de 2000

I. UNA NUEVA ESTABILIDAD EN EL CENTRO

DESCRIPCIÓN DEL ESCENARIO

Poco antes de 1648 los barcos holandeses circunnavegaban Australia por primera vez. Los rusos habían alcanzado la costa siberiana del Pacífico. Los franceses surcaban los Grandes Lagos de América del Norte. Un espléndido y nuevo mapa del mundo, que incluía ya los recientes descubrimientos, fue presentado por un editor de Ámsterdam a los diplomáticos en la ciudad alemana de Munster, precisamente cuando estos se hallaban a punto de poner fin a la Guerra de los Treinta Años. Parece, pues, que Europa, en torno a 1648, ejerció, con su iniciativa, una presión muy fuerte para obligar a los historiadores a relacionar seriamente la historia de un continente con la de todos los demás.

Y estos tenían que hacerlo, pero con una gran cautela. El imperio español en América envió menos oro a España y absorbió menos inmigrantes en la segunda mitad del siglo XVII que en la segunda mitad del XVI. La emigración de una parte de Europa a otra cobró una gran importancia. Las Compañías de las Indias Orientales holandesa e inglesa, aunque ricas y desarrolladas, contribuyeron menos a la actividad económica de ambos pueblos que sus comercios europeos. La atención a las colonias de América adquiría, lentamente, una influencia mayor en la política general europea, pero estadistas tan poderosos como Luis XIV y Guillermo III sabían poco de ellas y les prestaban escasa atención. Las más brillantes inteligencias comprobaban que datos recientes sobre una civilización altamente desarrollada, como la china, o sobre las comunidades primitivas, estaban introduciendo profundos cambios en el campo de los estudios religiosos y filosóficos; pero parece que se trataba de figuras aisladas en una sociedad en la que el clero conservador —católico, protestante y ortodoxo— dominaba todavía a los ilustrados. Los pueblos de Europa, por lo general, tenían unos conceptos de vida

parroquiales y sus intereses más importantes se limitaban a Europa, a pesar de los grandes y primeros esfuerzos dedicados a la exploración de un mundo más amplio. Con pensar en él tenían bastante.

Durante el año de 1648 se tuvieron noticias de graves desórdenes en Moscú. En Ucrania estalló la lucha de clases entre los señores polacos y los súbditos ucranianos. Los jenízaros amotinados desuartizaron al sultán en Estambul. Una sublevación en París obligó a la reina regente y al cardenal Mazarino a introducir lo que parecían profundos cambios constitucionales, mientras, unos pocos meses después, Carlos I de Inglaterra era condenado por un tribunal revolucionario y ejecutado. Por otra parte, las tropas y los barcos españoles aplastaban una insurrección en Nápoles. En la monarquía electiva de Polonia, Ladislao IV había muerto, sin hijos, en mayo de 1648, pero la Dieta pareció favorecer el principio hereditario, eligiendo como nuevo rey, en noviembre, a su hermano Juan Casimiro. Todos estos acontecimientos pusieron al descubierto las múltiples tensiones existentes en Europa. Algunas gentes llegaron a creer en un espíritu de insubordinación general, como resultado de una corrupción que se extendía de un lugar a otro. Mas, a pesar de lo que aquellas gentes pensasen acerca de ello y los historiadores puedan decidir en cuanto a los elementos subyacentes de tal inquietud en tan diversos puntos, la noticia más importante de 1648 fue, probablemente, la de tres tratados de paz. Tomados en conjunto, ponían fin a la Guerra de los Ochenta Años entre los holandeses y el rey de España, a la Guerra de los Treinta Años de Alemania y Bohemia, y a la guerra del emperador con los reyes aliados de Suecia y Francia, y los amigos de ambas partes. La lucha franco-española continuaba, pero el Tratado de Westfalia, obra de todo un congreso de diplomáticos reunido en Munster y en Osnabrück, transformó la estructura general de Europa. Esto concedió a las regiones centrales del continente una nueva estabilidad, que finalmente tuvo más importancia que los peligrosos estremecimientos de otras partes. Por eso, uno de sus resultados fue medio siglo de rivalidad entre los Estados, más que un trastorno social o intelectual. Podríamos decir que, en muchos aspectos, fue un periodo histórico sin cambios.

Así pues, dada su situación central, el Imperio sería el gran amortiguador de choques en el interior de Europa. Sus poblaciones carecían de la fuerza coordinada para presionar hacia el Este ni hacia el Oeste, hasta que, con posterioridad a 1683, encontraron el

impulso suficiente para penetrar en la Hungría otomana. Carecían del empuje y, por lo tanto, de la oportunidad de competir con los comerciantes y con los gobiernos occidentales –holandeses, ingleses y franceses– en la lucha por el imperio comercial de ultramar. Y no lograron encender el fervor intelectual que anteriormente había animado la Reforma protestante, no solo en Alemania, sino también en zonas lejanas. Después de 1648, las oportunidades de un cambio radical eran mucho mayores en la Europa del este: fuerzas y credos opuestos, islámicos y ortodoxos, así como protestantes y católicos, forcejearían, progresiva o reaccionariamente, en áreas muy extensas. De modo que, si atendemos en primer lugar al centro estable, parece indicado tener en cuenta después a los pueblos orientales, antes de dirigirnos a ese borde oceánico de Europa que los autores occidentales están acaso demasiado inclinados a considerar como el foco del mundo digno de ser conocido. En lugar de una visión histórica que presta su máxima atención a las tierras bañadas por el Atlántico y por el Mediterráneo occidental –con su extensión a emplazamientos situados al sur y luego al norte de América–, el centro de Europa se encuentra, realmente, en el antiguo Sacro Romano Imperio, con radios que alcanzan hasta el Báltico y los Cárpatos, a Estambul y a Kiev, así como a París, Londres y Madrid.

Puede hacerse también otra elección, entre las fuerzas que tienden a un cambio y las fuerzas que se oponen a él. En el pensamiento o en las costumbres de la minoría inteligente y próspera surgen, sin duda, muchos cambios en el Oeste, entre 1650 y 1700. Imaginemos la escena en sus casas: los hombres se han aficionado a ponerse enormes pelucas sobre sus cabezas mientras permanecen sentados en su «bureau» (de nuevo diseño) para escribir en él. Tienen un reloj en la habitación que les dice la hora mucho más exactamente que los relojes antiguos. Han desechado las viejas arcas que se abrían por arriba, adoptando las cómodas. Tienen más mesas plegables, más sillas de rejilla o tapizadas, más gabinetes laqueados traídos del Lejano Oriente, que sus propios artesanos imitan con creciente habilidad. Toman café, chocolate y té, y consumen cada vez más azúcar y más tabaco. Sentados en sus mesas o en sus escritorios, aquellos empelucados caballeros escribían versos en pareados, con desprecio de otras formas de poesía, y también una prosa mucho más sencilla y pulcra que sus padres. Respecto al contenido de lo que escribían, estaban cada vez menos convencidos de que el mun-

do antiguo produjese mejores artistas y científicos que los «modernos», y, con toda la consideración al cristianismo revelado, eran más conscientes del elemento matemático dentro del universo físico. De todos modos, seguían constituyendo una débil minoría en comparación con los campesinos, los pastores, los guardamontes, los artesanos y el clero de las aldeas, los ciudadanos de la plebe y los servidores domésticos que tenían que ganarse la vida en aquella enorme extensión situada entre el Atlántico y los Urales. Esta mayoría experimentaba vivamente las consecuencias de la buena o de la mala suerte, pero no concebía ningún cambio en la vida de una generación respecto a la de otra generación situada inmediatamente antes o después. No era el suyo un universo de principios teológicos o matemáticos, sino, sencillamente, una existencia dominada por cosechas variables, y por la irregular, pero constante, visita de epidemias. En los años malos, sus métodos de labranza, prácticamente inalterados, y su mezcla de viejas curas y ensalmos eran igualmente inútiles. En cuanto a las potencias humanas, tenían una clarísima conciencia del señor local y del señor más distante, que era rey o príncipe, y que, tanto el uno como el otro, exigían prestaciones de servicios, rentas e impuestos, y —con sus adversarios— acaudillaban las tropas que entraban o providencialmente se desviaban por una zona determinada del país. Reyes y señores, además, nombraban y sustituían a los clérigos, y los clérigos se ocupaban de las bodas y de los entierros y daban a la parroquia una simple información acerca de las Primeras y de las Últimas cosas. En tales condiciones, es posible tener una visión más acertada de la población como conjunto si consideramos los estremecimientos políticos superficiales sobre una amplia extensión, que si atendemos exclusivamente a la minoría que podía estar explorando ideas, artes o invenciones para la generación siguiente. En este período es más importante mantener un enfoque relativamente estático del escenario, mientras los años pasan, que buscar los orígenes del cambio futuro.

EL SACRO IMPERIO ROMANO EN 1648

La firma de los Tratados de Westfalia no fue más que una etapa en el proceso de pacificación del imperio. La lucha terminó, inmediatamente, al este del Rin, pero España y Lorena se habían man-

tenido al margen de la negociación final en Munster, de modo que, al oeste del río, las fuerzas españolas, las francesas y las del duque de Lorena continuaban en acción. Sobre todo, los andrajosos mercenarios del duque hacían incursiones por todas partes, en busca de provisiones. Contribuyeron a reducir a cenizas, para unos cuantos años, el Franco Condado y partes de la Champagne, a la vez que sembraban la alarma al otro lado del Rin. Ellos fueron los responsables de los primeros esfuerzos llevados a cabo, con posterioridad a 1648, por los inquietos príncipes, con el fin de agruparse para la defensa común; alianzas de este género fueron frecuentes en la política alemana después de 1648, prefigurando la famosa Liga del Rin de 1658, y muchos acuerdos posteriores. La dificultad consistía siempre en fijar las aportaciones económicas y el número de las fuerzas que debían suministrar los Estados miembros. Por ello, las alianzas solían tener como base los antiguos «Círculos» imperiales, grupos de Estados acostumbrados a una asamblea periódica de príncipes o delegados, y al uso de cédulas de impuestos imperiales. Esta arcaica organización desempeñó tareas curiosamente complejas, con políticos conferenciando constantemente en muchas cortes o ciudades modestas, y con sus agendas multiplicándose sin cesar en una densa atmósfera de protocolos. Esto condujo a interminables y fútiles luchas sordas, así como a fricciones graves. Los historiadores alemanes del siglo XIX mascullaban con patriótica indignación cuando se enredaban entre aquellos laberintos. Sus sucesores tienden a analizar con mayor simpatía el intento de una federación activa de estados soberanos.

En los tratados de 1648 se omitió, deliberadamente, un buen número de cuestiones constitucionales, que habían de ser reguladas por la próxima reunión de la Dieta Imperial. Estas omisiones revelan la subyacente solidez de la posición del emperador Fernando III, a pesar de sus derrotas durante la guerra. Francia y los más radicales príncipes alemanes habían exigido una cláusula que privase al emperador de garantizar, en vida, la elección de un sucesor: sabían que, en el pasado, la familia Habsburgo había mantenido muchas veces la Corona imperial porque el propio emperador reinante disponía y supervisaba la elección de un «rey de los romanos» (que automáticamente le sucedía como emperador en debida regla). Si el emperador moría antes de que fuese establecida su sucesión, los candidatos Habsburgo estarían mucho peor situados

para sucederle. Los radicales veían en esto una oportunidad para romper los lazos entre los Habsburgo y el imperio, lo que constituyó una cuestión fundamental en la política europea entre 1500 y 1800. Unieron a esto las «Capitulaciones», una carta constitucional que todo nuevo emperador tenía que firmar. Exigieron la inclusión en los tratados de una carta revisada, destinada a recortar aún más la autoridad imperial. Fernando se salió con la suya: aquellas cuestiones fueron dejadas para la Dieta. Algunos «príncipes» también trataron en Munster de recusar las diversas prerrogativas de los «electores». ¿Por qué habían de elegir ellos solamente al rey de los romanos o al emperador? ¿Por qué había de ser su comisión permanente de delegados, en Ratisbona, la que rigiese los asuntos concernientes a otros gobernantes del Imperio? Al plantear tan delicadas cuestiones, el partido reformista convenció a los electores del interés que ellos compartían con el propio emperador. Aquella alianza era, ciertamente, fundamental, a pesar de algunos pequeños desacuerdos. Esto explica por qué cambió tan poco en 1648 la estructura del imperio, y por qué cambió tan lentamente después. En Westfalia había sido aceptada una importante novedad: la creación de un nuevo puesto en el Colegio de Electores para Karl Ludwig, el hijo mayor superviviente del elector palatino, que perdió la batalla de White Hill en 1620. Regresó del exilio en Inglaterra, gracias a la presión holandesa y sueca, para gobernar, desde el arruinado castillo de Heidelberg, su patrimonio, que se extendía a lo largo del Rin y del Néckar; pero Maximiliano de Baviera, el victorioso adversario de su padre, conservó el Alto Palatinado (con la unión de Bohemia) y el antiguo título electoral que había pertenecido a los antepasados de Karl Ludwig. La nueva creación y la antigüedad de los electores fueron temas intensamente debatidos entonces.

En 1652, Fernando convocó la Dieta. Cuando la declaró abierta, en junio de 1653, en aquella histórica casa del Ayuntamiento de Ratisbona que ya había visto el ir y venir de tantas Dietas, se encontró con una asamblea de la mayor antigüedad. A su lado se sentaban siete electores o sus delegados: los tres gobernadores protestantes de Sajonia, Brandemburgo y el Palatinado, y los cuatro católicos de Baviera, Maguncia, Colonia y Tréveris. Al fondo de la sala, frente a Fernando, estaban los representantes de las ciudades imperiales. Una cláusula de los Tratados de Westfalia les había pro-

metido, vagamente, más poder y el derecho a un voto que debería ser tenido en cuenta antes de que los otros Colegios presentasen una resolución de la Dieta al emperador, pero esto no se vio confirmado. Entre los electores y los humildes delegados de las ciudades se sentaban los príncipes. Estaban presentes unos setenta, y constituían, evidentemente, el elemento más numeroso y más variado de toda la Dieta. Al igual que el Colegio de Electores, el Colegio de Príncipes estaba compuesto por miembros civiles y eclesiásticos. De él formaban parte gobernantes poderosos, como la reina de Suecia y los gobernadores de los ducados del Brunswick, juntamente con los portavoces, totalmente insignificantes, de diversos grupos de condes imperiales. Un nuevo elemento estaba formado por príncipes cuyos títulos habían sido conferidos recientemente por el emperador. Casi todos eran austríacos y algunos de ellos no poseían dignidad territorial alguna en el imperio. La discusión sobre este punto era inevitable, una vez que la Dieta comenzase a deliberar. Un buen número de políticos, en Ratisbona, estaba decidido a no permitir que las mayorías se impusiesen a las minorías, de modo que la estrategia de Fernando de crear nuevos votos mediante aquel sistema parecía altamente discutible.

Los Estados del imperio se encontraban entonces intactos. Por consiguiente, en la sociedad germana se mantenían las viejas separaciones de rangos. De todas las regiones del país acudían a la Dieta los señores con sus damas, y en las fiestas en que se reunían les daban muchas oportunidades para resaltar, una y otra vez, sus posiciones sociales. Los problemas de prioridad en los estamentos privilegiados de la sociedad, como la cuestión religiosa, eran pasiones dominantes en la época. La prioridad era la medida del valor y de la reputación.

Las maniobras políticas no tardaron en poner de manifiesto la fuerza de los conservadores. La apertura de la Dieta había sido aplazada, en parte porque Fernando invitó a los electores a que se reuniesen con él previamente en Praga, con el fin de encomendarles que eligiesen a su hijo mayor, llamado también Fernando, como rey de los romanos. Francia, mucho más débil que en 1648, no tenía fuerza para intervenir; los cuatro electores católicos eran amigos. Sajonia, como siempre, seguía siendo leal a los Habsburgo. El elector palatino se conformó con una halagüeña bienvenida, después de los duros años de exilio. Sobre todo, Fernando se atrajo a

Federico Guillermo de Brandemburgo, al apoyarle contra Suecia. Se negó a reconocer formalmente el reciente derecho de la reina de Suecia a sus nuevas posesiones dentro del Imperio, ni a admitir a sus delegados en la próxima Dieta, hasta que el gobierno sueco accediese a retirarse de las zonas de la Pomerania reivindicadas por Brandemburgo. Los ministros de Cristina acabaron cediendo, y los electores prometieron votar a Fernando IV como rey de los romanos. La elección tuvo lugar en Augsburgo; la coronación, en Ratisbona, y solo después los funcionarios de los Habsburgo autorizaron la iniciación de la Dieta. Los reformadores, que habían tratado de aplazar la elección del próximo emperador hasta después de la muerte de Fernando III y de reelaborar las capitulaciones antes de elegirle, estaban derrotados.

El desarrollo de la Dieta favoreció también a los que no deseaban cambio alguno. Los tratados westfalianos habían estipulado que se introdujesen reformas legales y judiciales. La Dieta formuló propuestas destinadas a mejorar la actuación judicial de los tribunales imperiales, pero aquellas propuestas nunca se hicieron realidad. La justificable esperanza de las ciudades imperiales de disponer de un voto efectivo en los procedimientos de la Dieta se desvaneció muy pronto. Los príncipes que pretendían atacar los privilegios y la preeminencia de los electores fueron derrotados también, tras arduos debates. En la cuestión de los impuestos, en cambio, fue el gobierno de los Habsburgo el que se vio derrotado por el peso de la oposición. Esta se negó a aceptar que los votos de una mayoría favorable a la exacción de impuestos imperiales pudieran maniatar a una minoría que se oponía a ella.

Los tratados de 1648 habían decidido que una mayoría en la Dieta –o en el Colegio de Electores– no podría imponerse a una minoría en cuestiones de religión. Afirmaban, sencillamente, los soberanos derechos de todos los gobernantes germanos. Y la Dieta de 1653 suprimía ahora hasta la menor oportunidad de crear un eficaz sistema de impuestos para el Imperio como conjunto. La Constitución, por lo tanto, impedía el adecuado ejercicio de una autoridad soberana, tanto por parte del emperador como de la propia Dieta. Por otra parte, los gobernantes, grandes y pequeños, habían conquistado, al fin, su libertad. Sentían veneración por el Sacro Imperio Romano germano, porque hizo improbable una autocracia imperial, y la autocracia era la pesadilla que tanto les había

preocupado desde las victorias del emperador Fernando II, en la década de 1620 y en la de 1630. Y, a partir de 1648, influyó en sus juicios políticos durante treinta años. Pero los teóricos políticos que declaraban absurda la constitución del Imperio, y los muchos panfletarios que lamentaban la impotencia militar germana, perdían el tiempo. Era cierto que los peligros de una intervención extranjera aumentaban, porque el Imperio carecía de un gobierno central, a no ser sobre el papel, pero la libertad bien valía aquel precio. Esto constituye un difícil problema histórico. La destrucción de las libertades dentro de los estados germanos a medida que los príncipes sometían las asambleas locales de las clases privilegiadas era, en realidad, una victoria para la tendencia general hacia el absolutismo que frecuentemente ha sido considerado como el tema *par excellence* del siglo. Pero, en algunos aspectos, este movimiento era muy restringido. Estaba contrarrestado por la lucha por las libertades provinciales, o principescas, o municipales, en el marco de las constituciones federales, en una inmensa zona de la Europa central, que incluía el Imperio, los Cantones Suizos, las Provincias Unidas y Polonia.

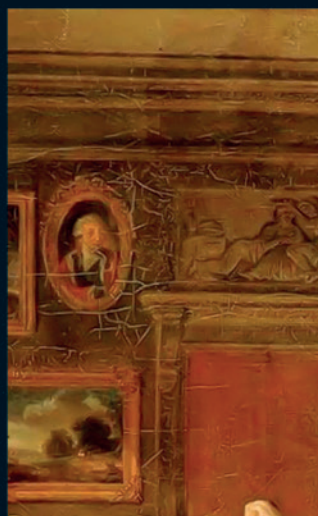
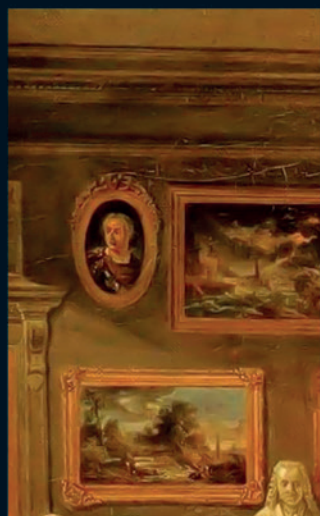
El afortunado golpe de Fernando III, que tuvo como resultado la coronación de su hijo Fernando, no tardó en ser anulado. Fernando IV murió en diciembre de 1654. En esa fecha el gobierno de los Habsburgo no se atrevió a proponer la elección del hijo más joven del emperador, Leopoldo. Las circunstancias eran ahora mucho menos favorables.

HISTORIA DE EUROPA

LA EUROPA DEL ANTIGUO RÉGIMEN

1715-1783

DAVID OGG



SIGLO
XVIII
ESPAÑA



Diseño interior y cubierta: RAG

Reservados todos los derechos. De acuerdo a lo dispuesto en el art. 270 del Código Penal, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes sin la preceptiva autorización reproduzcan, plagien, distribuyan o comuniquen públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, fijada en cualquier tipo de soporte.

Título original: *Europe of the Ancien Régime. 1715-1783*

© Publishers Wm. Collins Sons & Co. Ltd. London, 1965

© Siglo XXI de España Editores, S. A., 1974, 2018
para lengua española

Sector Foresta, 1
28760 Tres Cantos
Madrid - España

Tel.: 918 061 996
Fax: 918 044 028

www.sigloxxieditores.com

ISBN: 978-84-323-1901-3
Depósito legal: M-3.424-2018

Impreso en España

ÍNDICE*

Prefacio..... 9

Mapas 11

PRIMERA PARTE INSTITUCIONES. VIDA ECONÓMICA. DIPLOMACIA Y GUERRAS

I. ALGUNOS ASPECTOS DEL ANTIGUO RÉGIMEN 21

Población y salud pública, 21 – Los feudos, 27 – Gremios y corporaciones, 29 – La propiedad en Inglaterra, 36 – Evolución de la personalidad, 43 – Dos exponentes del Antiguo Régimen: Bielfeld y Paley, 47

II. LOS IMPERIOS CONTINENTALES. LAS MONARQUÍAS.
LAS REPÚBLICAS..... 55

Los imperios continentales, 55 – Las monarquías, 62 – Las repúblicas, 73

III. LAS COLONIAS Y EL COMERCIO ULTRAMARINOS 79

La navegación. La marina. La colonización, 79 – Las comunicaciones y el comercio ultramarinos, 89 – La neutralidad armada del Norte. El mercantilismo. Los fisiócratas, 95

* La paginación del presente índice general se corresponde a la edición completa del libro [N. del Ed.].

IV. LA AGRICULTURA Y LA INDUSTRIA.....	103
La agricultura, 103 – La industria, 111	
V. LA DIPLOMACIA: EL EQUILIBRIO DEL PODER	121
Las instituciones y sus servidores, 121 – 1716-1740. La Guerra de Sucesión de Polonia, 129 – 1740-1763. La revolución diplomática, 138 – 1763-1783. El primer reparto de Polonia. La Guerra de Sucesión de Baviera, 143	
VI. LA GUERRA DE SUCESIÓN DE AUSTRIA Y LA GUERRA DE LOS SIETE AÑOS	149
Los ejércitos y las armadas, 149 – La Guerra de Sucesión austriaca, 158 – La Guerra de los Siete Años, 166	

SEGUNDA PARTE
LOS ESTADOS EUROPEOS. LAS CIENCIAS Y LAS ARTES.
LA ILUSTRACIÓN.

VII. LOS PAÍSES ESCANDINAVOS Y RUSIA.....	177
Dinamarca-Noruega y Suecia, 177 – Rusia, 185	
VIII. AUSTRIA, PRUSIA Y ALEMANIA	199
Austria, 199 – Prusia, 206 – Alemania, 211	
IX. PORTUGAL, ESPAÑA E ITALIA.....	219
Portugal y España, 219 – Italia, 227	
X. FRANCIA	235
Las clases principales de la sociedad. Los impuestos, 235 – La Regencia. John Law (1715-1726), 243 – La	

administración de Fleury (1726-1743), 246 – Madame de Pompadour. Choiseul. La expulsión de los jesuitas (1743-1770), 251 – Las reformas de Maupeou (1770-1774), 255 – Luis XVI. Turgot. La Guerra de la Independencia americana (1774-1783), 257

XI. LA CIENCIA. LAS ARTES PLÁSTICAS. LA MÚSICA..... 269

La ciencia, 269 – Las artes plásticas, 275 – La música, 283

XII. LA ILUSTRACIÓN..... 293

La educación. Las universidades. La censura, 293 – Los precursores, 301 – La relatividad social. La *Enciclopedia*, 305 – La razón y el sentimiento, 307 – Vico y Montesquieu, 314 – Voltaire y Rousseau, 320 – Conclusión, 329

Bibliografía..... 333

Índice onomástico..... 341

PREFACIO

Constituye un placer reconocer públicamente mi deuda de gratitud a quienes me han ayudado, con sugerencias y correcciones, en la preparación de este libro: el doctor L. A. K. Staveley ha revisado la sección dedicada a la ciencia; el doctor H. K. Andrews, la dedicada a la música; el profesor J. S. Bromley me ha prestado valiosa ayuda en los capítulos que tratan de cuestiones económicas; y el profesor A. Goodwin me ha permitido beneficiarme de su incomparable conocimiento del siglo XVIII. Mi hijo, A. J. Ogg, Fellowship of the Royal Colleges of Surgeons, me ha aclarado algunos puntos referentes a la sanidad pública. Richard Ollard, al revisar el libro entero, ha eliminado muchas faltas. A todos ellos les debo mi agradecimiento. Pero los errores son enteramente responsabilidad mía.

David Ogg
Julio de 1964

I. ALGUNOS ASPECTOS DEL ANTIGUO RÉGIMEN

El término Antiguo Régimen se ha aplicado al periodo de la civilización francesa que comenzó después de la contienda civil y religiosa en el siglo XVII y concluyó repentina y violentamente en 1789. De forma menos rigurosa, el mismo término se ha aplicado a otras naciones en las que el antiguo orden de cosas fue dislocándose de forma gradual; y podemos afirmar que, especialmente en Francia, solamente las fuerzas de la inercia sostenían un sistema que, durante más de un siglo, muchos hombres inteligentes llegaron a considerar anacrónico e injusto. Por consiguiente, la unidad que este libro pueda tener se deriva del hecho de que está limitado por dos capítulos complementarios entre sí, el primero de los cuales describe ciertos residuos de un medievalismo en decadencia, que sobrevivió mucho tiempo después de que hubiese desaparecido su justificación original, mientras que el último presenta el agudo análisis de la sociedad humana destinado no sólo a remediar los defectos de las instituciones existentes, sino también a preparar el camino para una forma de vida mejor y más feliz. La antítesis entre ambos fenómenos se agudizó en el transcurso del siglo XVIII y culminó con la Revolución francesa. Los ejemplos de la estructura de la sociedad prerrevolucionaria en Europa occidental los hemos seleccionado principalmente de Inglaterra y Francia, las dos naciones que desempeñaron el papel más importante en los asuntos europeos y cuyo material histórico contemporáneo es más abundante.

POBLACIÓN Y SALUD PÚBLICA

En primer lugar, un hecho es cierto: el enorme aumento de la población en la Europa del siglo XVIII. Desde mediados del siglo XVII el tema de la población había llegado a adquirir un interés que iba en aumento, y los demógrafos habían proporcionado cálculos

(en gran medida conjeturales), basados principalmente en las estadísticas de los impuestos y en los registros de nacimientos y de defunciones. Existía ya cierto material original para dichos cálculos. A partir del siglo XVI las parroquias londinenses publicaban semanalmente una relación de defunciones; a partir de 1720 el *Acta Medicorum Berolinensium*, de Berlín, daba el mismo tipo de información. Hubo también estudiosos importantes de dicho tema, como sir William Petty y Gregory King en Inglaterra; y las investigaciones del astrónomo Edmund Halley, al tiempo que fundaron la ciencia de la estadística de la vida, influyeron en las posibilidades de seguridad para la vida de la primera infancia. Resulta interesante conocer que el término medio de personas que componían una familia se estimaba entre cuatro y cinco. Varios Estados, entre ellos España, intentaron realizar un censo nacional; sin embargo, en 1753, la Cámara de los Comunes inglesa rechazó una propuesta con ese fin, basándose en que la información sería valiosa para el enemigo. De lo único que podemos estar seguros es del aumento general de la población, que se acentuó en los años posteriores a 1750 y fue más marcado en Gran Bretaña y en Bélgica. Se ha estimado que la población total de Europa pasó de unos 100 millones, en 1650, a unos 187 millones, en 1800, tasa de crecimiento probablemente no igualada en ningún periodo anterior. Los contemporáneos, que no disponían de información sobre estos hechos, estaban divididos con respecto a la cuestión de si era deseable que se produjese un aumento. Montesquieu expresó temores ante la posibilidad de subpoblación¹ y, a mediados de siglo, los fisiócratas² insistieron en considerar la abundancia de población como un factor esencial de prosperidad. Pero, en una fecha tan temprana como 1761, un economista escocés, Robert Wallace, en su *Various Prospects of Mankind, Nature and Providence*, expresó su temor de que, de no ser por las guerras y los vicios, la humanidad se duplicase cada tercio de siglo. De esa forma se anticipaba cuarenta años a las opiniones pesimistas de Malthus.

He aquí algunos datos demográficos³: Entre 1700 y 1800 la población de Gran Bretaña aumentó de 8.000.000 a casi 15.000.000;

¹ Montesquieu, *Cartas persas* (1723), CXXII.

² Véase, en el cap. III, «La neutralidad armada del Norte. El mercantilismo. Los fisiócratas», p. 99.

³ Hemos seleccionado estas estadísticas a partir de W. Bowden, M. Karpovich y A. F. Usher, *An Economic History of Europe since 1750* (American Book Company, 1937).

la de Francia, de 23.000.000 a unos 28.000.000; la de España, de 7.000.000 a 10.000.000; los Estados italianos, de 9.000.000 a 13.000.000; la de Bélgica, de 1.500.000 a 3.000.000; la de Suecia, de 1.600.000 a 2.300.000; la de Prusia, de 1.100.000 a 3.100.000; los holandeses, de 1.100.000 a 1.700.000. Al final del periodo, la población de Rusia se calculaba en 31.000.000. La mayor densidad de población era la de Bélgica y Lombardía; la menor, la de España, Suecia y Noruega. Entre las mayores ciudades se contaban: Londres, con una población que se calculaba en medio millón; París, con la mitad aproximadamente; Viena, con un cuarto de millón; y Berlín, con 120.000. Hemos de añadir que estas cifras son aproximadas y, en cierta medida, conjeturales.

Más seguros podemos estar de las tasas de mortalidad, especialmente en las ciudades. En Londres la tasa por mil era de 52 durante el «periodo de la ginebra» (1728-1757), frente a 29 en la primera década y 19 en la última década del siglo XIX. Un descenso semejante en la tasa de mortalidad encontramos en todas las grandes ciudades. Dicho de otra forma, en la primera mitad del siglo XVIII el número de defunciones en las mayores ciudades muchas veces superaba el número de nacimientos y la población se mantenía mediante la inmigración procedente del campo. Todo ello contribuye a evidenciar que las esperanzas medias de vida, calculadas desde el nacimiento, eran mucho menores de lo que hoy son: en Francia eran de veinticinco-veintisiete años. Necker, ministro de Hacienda que sucedió a Turgot, calculaba que una cuarta parte de los habitantes de Francia morían antes de alcanzar los tres años de edad; otra cuarta parte, antes de la edad de veinticinco años; y otra antes de los cincuenta años. Por tanto, en el transcurso de cincuenta años morían tres cuartas partes de la población aproximadamente; además, lo más probable era que un trabajador, especialmente un campesino que sobreviviera hasta la edad de cincuenta años, estuviese completamente agotado. Aquella fue la época en que habían de iniciarse los servicios sociales dentro de un plan de pensiones para la vejez aprobado por la Cámara de los Comunes inglesa⁴ en 1772, pero parece ser que los lores rechazaron el proyecto de ley.

En tales circunstancias era innecesaria la sociedad del bienestar, dado que normalmente la muerte sustituía a las pensiones. ¿Cuáles

⁴ W. Cobbett, *Parliamentary History of England*, XVII, dic. II, 1772.

eran los principales factores responsables de la alta tasa de mortalidad? En Inglaterra, hasta 1757 aproximadamente, el consumo de ginebra entre los pobres alcanzó un alto nivel; pero mayores impuestos sobre el alcohol y una mayor regulación de su venta redujeron aquella calamidad a límites más razonables. La viruela fue probablemente el más grave de aquellos «asesinos», a pesar de que se mitigó en cierta medida mediante la inoculación de virus humanos; sin embargo, no se consiguió una disminución notable de la viruela hasta que Jenner usó virus de vaca (vacunación). El tifus, causado por los piojos, y la malaria, producida por los mosquitos, eran algunas de las enfermedades que los ejércitos dejaban a su paso, y causaron muchos miles de muertos entre los campesinos alemanes en la Guerra de los Siete Años. La casi completa falta de higiene en aquella época, así como la abundancia en las calles de moscas y de estiércol de caballo, fueron las responsables de enfermedades tifoideas, sobre todo fiebre tifoidea y diarrea infantil, la última de las cuales se llevó a tantos niños. La mala alimentación era otra causa de enfermedad, evidente en la tuberculosis y el raquitismo; además, como existían pocas posibilidades de aislar a los enfermos, las infecciones se extendían rápidamente. Había también peste, que siguió siendo endémica en el Mediterráneo oriental; apareció en Marsella en 1720, en Sicilia en 1743, en Polonia y Rusia en 1770. Pero la Europa occidental se vio libre de aquella amenaza. No obstante, había ciertos factores negativos. Entre ellos se contaba el hecho de que el hambre a gran escala fuese relativamente poco frecuente; la lepra había desaparecido casi totalmente y la sífilis ya no era la calamidad que había sido en el siglo XVI.

El aumento de la población hacía suponer que las condiciones de sanidad habían mejorado en toda Europa. ¿Cuáles eran las causas de dicha mejora? Eran muchas y resulta difícil estimar su importancia relativa. En Inglaterra, con la decadencia del sistema gremial de aprendizaje, la tasa de natalidad creció porque los artesanos se casaban antes y, en los Estados bien administrados, se construyeron alojamientos para los trabajadores. Hubo también un aumento en el número de hospitales en las ciudades, acompañado de una lenta mejora de la ciencia médica y de su enseñanza; en aquella época los estudiantes tenían que «recorrer los pasillos de los hospitales» y estudiar las enfermedades no sólo en los libros, sino también en el cuerpo humano. El gran médico holandés Boerhaave

creó una famosa escuela en Leyden, a la que emuló la de Edimburgo, con el resultado de que promociones de médicos bien preparados contribuyeron a la invasión del sur por parte de los escoceses. Avanzado el siglo, la cirugía, que todavía era un oficio, se convirtió en una ciencia también, gracias a la obra pionera de John Hunter. Este progreso de la medicina se vio favorecido por el uso de medicamentos nuevos en Europa: la quinina (la corteza de árbol usada por los jesuitas) para la malaria, y el opio, droga de valor incalculable por sus cualidades, para calmar el dolor cuando todavía no existía la anestesia.

De forma menos directa, otras medidas contribuyeron a elevar el nivel de la salud pública. En las ciudades más grandes se introdujo o mejoró el suministro de agua; se aumentó la eficacia de los servicios de recogida de basuras, y el alumbrado de las calles redujo el número de homicidios. Especialmente en los últimos años del siglo, muchas clases sociales disponían de una dieta alimenticia mejor y más amplia, con pan y carne de mejor calidad. El café, el té, el cacao y el chocolate constituían alternativas sanas al vino, la cerveza y otras bebidas alcohólicas. Los habitantes de las ciudades empezaron a apreciar el campo y el mar. Las montañas (popularizadas por Rousseau) atraían a muchos turistas –de hecho, entonces fue cuando la palabra «turista» empezó a usarse– y se publicaron guías de viajes para ellos. Los londinenses, siguiendo el ejemplo de Jorge III, frecuentaban Weymouth, y los parisinos iban a Dieppe para ver el océano e incluso para bañarse en él. Si añadimos que en aquel periodo se usaba más jabón, podemos afirmar que las ventajas del aire fresco y de la limpieza corporal son descubrimientos relativamente modernos.

Durante el siglo pasado la longevidad humana se ha extendido en gran medida en Europa, principalmente mediante la higiene y los avances de la ciencia, avances en los que los fontaneros han asistido eficazmente a los médicos. La mejora se ha señalado más claramente en el descenso de la mortalidad infantil; y, en nuestros cálculos de las esperanzas de vida, hemos de distinguir entre las del momento del nacimiento y las de una edad como la adolescencia, en que ya se han superado los peligros de la infancia. Dicha mejora afectó principalmente a las llamadas «clases bajas», que en el pasado se veían muchas veces debilitadas por el excesivo trabajo, la alimentación insuficiente o la falta de espacio adecuado para

el descanso, condiciones que no afectaban tan gravemente a las llamadas clases altas, cuya longevidad era poco diferente de la que conocen las de hoy. Una investigación sobre la duración de la vida en esta poco numerosa clase, realizada en varias naciones europeas, descubrió que la duración media de la vida de doce estadistas representativos era de setenta y siete años; para el mismo número de eclesiásticos de las altas jerarquías, la cifra era de ochenta y uno. Los deístas y escépticos, con una media de sesenta y seis años, mostraron una duración menor, a pesar de que entre ellos se contaba Voltaire, quien vivió hasta los ochenta y cuatro años. Un grupo de veinte letrados y pensadores proporcionó una media de setenta años; doce artistas y músicos dieron la cifra ligeramente superior de setenta y dos. De estos pormenores podemos sacar la conclusión de que la ortodoxia religiosa, o, más bien, la ejecución rutinaria de las funciones eclesiásticas, puede haber favorecido la longevidad, mientras que, al parecer, el escepticismo la perjudicaba. Y lo que es más importante: hemos de reconocer que la longevidad era patrimonio de una minoría que, después de haber superado los peligros de la infancia, tenía comida adecuada y aire fresco garantizados.

Con el aumento general de la población, que se acentuó profundamente a partir de 1750, esta minoría privilegiada constituyó una proporción cada vez más pequeña de la población, hecho de consecuencias trascendentales. Los desvalidos se fueron multiplicando con fuerza casi explosiva. Para los economistas ello significa que, especialmente en Inglaterra, existía una gran abundancia de mano de obra barata, sin la cual la Revolución industrial apenas hubiera sido posible. Sin embargo, algunos sociólogos ven en ello una causa, directa o indirecta, de guerras como las de las épocas revolucionaria y napoleónica, pues suponen que las guerras, como el infanticidio, proporcionan una corrección biológica al exceso de población. Esta teoría es atractiva para quienes buscan una explicación «científica» de los acontecimientos históricos. Pero, aun cuando dicha suposición pueda comprobarse, no por ello deja de ser cierto que, en comparación con la mala alimentación y las enfermedades, la guerra ocupa un lugar bajo en la escala de los «asesinos» biológicos; en la época preatómica era un genocidio de pequeñas proporciones. Además, se siguieron emprendiendo guerras por razones anticuadas: codicia, ansia de poder o venganza, deseo

de imponer la propia forma de pensar a los demás hombres. Nos sentimos en terreno más seguro si decimos que esta presión de la población, en que un sector marginal de los no privilegiados en aumento ejercía mayor peso contra el núcleo del monopolio y de la inmunidad del centro, debía producir cambios sociales e incluso la revolución. En Francia se produjo de forma repentina y violenta, en Inglaterra el reajuste fue gradual y se prolongó de 1782 a 1848. Ahora debemos estudiar algunas de las características de ese núcleo central de los privilegiados, cuya existencia se veía amenazada por innumerables críticos y por el impacto creciente de una mayoría no emancipada.

HISTORIA DE EUROPA

EUROPA: PRIVILEGIO Y PROTESTA 1730-1789

OLWEN HUFTON



SIGLO
XXI
ESPAÑA



Diseño interior y cubierta: RAG

Reservados todos los derechos. De acuerdo a lo dispuesto en el art. 270 del Código Penal, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes sin la preceptiva autorización reproduzcan, plagien, distribuyan o comuniquen públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, fijada en cualquier tipo de soporte.

Título original: *Europe: privilege and protest, 1730-1789*

La edición en lengua española de esta obra ha sido autorizada por John Wiley & Sons Limited. La traducción es responsabilidad de Siglo XXI de España Editores, S. A.

© Olwen Hufton, 1980, 2000

© Siglo XXI de España Editores, S. A., 1983, 2017
para lengua española

Sector Foresta, 1
28760 Tres Cantos
Madrid - España

Tel.: 918 061 996
Fax: 918 044 028

www.sigloxxieditores.com

ISBN: 978-84-323-1844-3
Depósito legal: M-352-2017

Impreso en España

ÍNDICE*

<i>Nota del autor</i>	7
<i>Introducción</i>	9

PARTE I ESTRUCTURAS TRADICIONALES Y FUERZAS DE CAMBIO

I. DESARROLLO SOCIAL Y ECONÓMICO.....	15
II. EL MUNDO DEL PRIVILEGIO	43
III. EL MUNDO DE LAS IDEAS	67
IV. EJÉRCITOS, INTERESES Y CONFLICTOS.....	95

PARTE II EUROPA CENTRAL Y ORIENTAL

V. EL SACRO IMPERIO ROMANO GERMÁNICO.....	141
VI. LOS DOMINIOS DE LOS HABSBURGO	153
VII. PRUSIA.....	187
VIII. RUSIA.....	215

* La paginación del presente índice general se corresponde a la edición completa del libro [*N. del Ed.*].

PARTE III
EL MUNDO OCCIDENTAL

IX. SUPREMACÍAS DESVANECIDAS: LA PENÍNSULA IBÉRICA	247
X. LAS PROVINCIAS UNIDAS.....	273
XI. LA FRANCIA DEL ANTIGUO RÉGIMEN.....	287
XII. EL OCASO DEL ANTIGUO RÉGIMEN	333
<i>Conclusión</i>	347
<i>Bibliografía seleccionada</i>	359
<i>Índice de nombres</i>	377

NOTA DEL AUTOR

Una nueva edición de un libro que ya tiene 20 años requiere una reflexión sobre las formas en las que ha evolucionado el estudio histórico. A finales de la década de los setenta y durante la mayor parte de la de los ochenta hubo un interés en escribir la historia general prestando atención a la interacción entre las clases, un interés especialmente centrado en la observación del impacto de la alta política sobre las masas y de su respuesta a la explotación cuando aumentaban los impuestos, el precio de la comida en épocas de escasez o las exigencias de la guerra. Al mismo tiempo, los que estaban interesados en desafiar las bases del poder monárquico no dudaban en apelar al «pueblo» para apoyar sus intereses. De ahí el título de este volumen y la patente necesidad de interpretar el siglo XVIII –un siglo lleno de conflictos que acabó desencadenando la Revolución– en términos de controversia y polaridades sociales, un siglo en el que la acción se entiende ante todo desde un punto de vista social.

A lo largo de la última década esta interpretación no ha sido desbancada, pero los historiadores han tendido a centrar sus energías cada vez más en los aspectos culturales, como los efectos del avance de la alfabetización, la transformación de las pautas de consumo o la identidad nacional y de género. Además, y especialmente en el contexto del bicentenario de la Revolución francesa, se ha dado un nuevo énfasis a los lugares alternativos de expresión, debate, intercambio y asociación política que surgieron en Europa occidental para desafiar y, de hecho, socavar la pretensión monárquica de poder absoluto, así como a la transformación de estos foros privados en foros públicos. Los «discursos enfrentados», de opiniones críticas que promovían diferentes alternativas para el funcionamiento del estado y la sociedad, provenían de salones y academias provinciales, o de las publicaciones y los intercambios epistolares de una «república de cartas» cuyo internacionalismo

desafiaba la censura estatal. Estas asociaciones sirvieron para reformular la manera en la que se concebían la sociedad y el gobierno, de una forma que presagiaba el desarrollo de la sociedad secular moderna de Occidente.

Algunos de los cambios de énfasis historiográfico han sido integrados en los capítulos correspondientes de esta segunda edición revisada y se ha añadido una bibliografía actualizada como guía para el estudio de la época. En general, se ha mantenido el texto original, pues sus principales puntos de vista no han cambiado radicalmente.

INTRODUCCIÓN

Si un concepto contribuye a la comprensión del siglo XVIII, debe ser seguramente el de privilegio. El privilegio era la base sobre la cual estaba construida la sociedad, y todos los gobiernos, renuentes o no, estaban forzados a reconocerlo. El privilegio existía en múltiples formas, algunas puramente honoríficas y otras extremadamente lucrativas. Había individuos privilegiados, como nobles y clérigos que, a menudo, estaban exentos de impuestos y eran juzgados por sus propios tribunales; había ciudades privilegiadas que venían comprando desde hacía mucho tiempo la exención de los impuestos reales y eran, en el caso de algunos ejemplos alemanes y españoles, enclaves virtuales de autogobiernos; había provincias privilegiadas con sus propios códigos legales y, en algunas circunstancias, con sus propias Dietas, que luchaban contra los monarcas por el control de los recursos y cuestionaban, demoraban o impedían efectivamente la legislación real, como las de Hungría y Bohemia. Otras provincias, a menudo estas mismas incorporadas posteriormente a la Corona central, exigían especiales consideraciones. Bretaña se negaba a pagar el impuesto sobre la sal; los vascos rechazaban cualquier tipo de impuesto real. Algunas veces, el privilegio conllevaba la posesión efectiva de hombres, como el privilegio de la *dvorianstvo* rusa o de los *junkers* prusianos; a veces dotaba a los propietarios del privilegio de derechos específicos, o prestaciones de trabajo, a rentas en dinero o en especie, o a utilidades derivadas de los servicios básicos de la comunidad: el horno, el molino y la prensa de vino. Descendiendo en la escala social, el privilegio daba en Inglaterra a algunos el derecho al voto por residir en una determinada casa de campo o hacienda, y en Europa daba a algunas comunidades rurales el derecho a espigar a expensas de otras, o concedía derechos de pasto en tierras comunes que negaba a otros. El privilegio daba a algunos indigentes el derecho a recoger los residuos de cera de los cirios de las iglesias y a los niños de

los pobres el derecho a despojar los setos de zarzamoras y recoger la fruta caída por el viento. En resumen, toda persona era alcanzada por privilegios de algún tipo. Muchas formas de privilegios eran de origen medieval, pero otras eran producto particular de los siglos XVI y XVII, cuando las monarquías, para comprar apoyo o financiar guerras, multiplicaron el número de nobles, cargos, monopolios y concesiones.

El periodo final del siglo XVII fue notable por el establecimiento de un número de fuertes monarquías «absolutistas» que parecían capaces de persuadir o, por lo menos, de dominar a las instituciones copartícipes del poder para que cedieran el control de los recursos, con miras a permitir a los monarcas la máxima flexibilidad en el establecimiento de impuestos para financiar a los nuevos ejércitos regulares que proliferaron en el siglo XVII en Europa. Pero se ha exagerado mucho el poder de estos monarcas. En el siglo XVII, el absolutismo se veía moderado en todas partes por las malas comunicaciones y por los privilegios locales. No obstante, los ejércitos regulares y las burocracias que proporcionaban los hombres y el dinero para sostenerlos eran bastante reales y constituyeron la inmediata herencia del siglo XVIII. No hubo ninguna posibilidad de que este siglo fuese pacífico. La entrada de Rusia en la política de fuerza europea desde el reinado de Pedro el Grande, con consecuencias significativas tanto para Rusia como para el resto de Europa, la presencia en el norte de Alemania de un nuevo Estado fuerte, Prusia, con decididos objetivos territoriales, y la nueva dimensión del conflicto en América y la India impusieron la guerra en una nueva escala. El mundo europeo no había conocido nunca una guerra en tantos frentes como la guerra de los Siete Años, que virtualmente destrozó las finanzas estatales y no resolvió casi nada. Los monarcas, pues, no pudiendo deshacerse de la carga financiera de los ejércitos y burocracias, se vieron condenados a una despiadada búsqueda de recursos para financiarlas, búsqueda que los condujo a un conflicto frontal con los privilegios, en su forma individual, corporativa o provincial. Aquí radica el impulso de la vida política del siglo.

Pero había otros aspectos que hacían que el enfrentamiento entre el poder del monarca y el privilegio en sus múltiples formas fuera más agudo que nunca. La ilustración, que alcanzó su apogeo durante este periodo, convirtió el mismísimo concepto de autoridad secu-

lar y religiosa en un tema prioritario. Cuestionó el origen divino del poder real, la autoridad absoluta de la doctrina de la Iglesia y luchó para que la felicidad terrenal del hombre ocupara un lugar central en la organización de la sociedad. Intentaba formular una nueva cultura política. Dirigió un ataque contra el privilegio, fuera en forma de exenciones de impuestos para la nobleza y el clero o de derechos provinciales consuetudinarios. Ningún movimiento intelectual dio nunca la espalda tan enfáticamente al pasado.

Si el privilegio existía en un ambiente progresivamente hostil, también se hallaba en un entorno de cambios sociales y económicos cargados de consecuencias. Este periodo es el de la «revolución vital», superación del clásico vaivén demográfico de movimientos ascendentes y descendentes, en el cual la población europea despegó por primera vez gracias a un sostenido crecimiento con considerables implicaciones en forma de nuevas demandas de alimento y empleo. El ensanchamiento de la base de la pirámide social, en mayor amplitud que en el pasado, atrajo a los desposeídos a las ciudades, amenazando a un mundo de elites privilegiadas y monarcas envueltos en un esplendor barroco.

Este libro trata, pues, del privilegio social y político, de las monarquías, de sus luchas por sobrevivir y sus relaciones con la sociedad, de la política de fuerza en una nueva escala y de los cambios sociales y económicos que son lo característico del siglo XVIII. Se ocupa especialmente de las tensiones que produjeron la desaparición del antiguo orden e hicieron que los días de la Europa del *Ancien Régime* estuviesen contados.

I. DESARROLLO SOCIAL Y ECONÓMICO

En vísperas de la reunión de los Estados Generales en 1789, un grabado contemporáneo mostraba a un campesino humilde, cuya espalda encorvada llevaba, amarrados a ella como el proverbial albatros, a un gordo eclesiástico que representaba a la Iglesia y a un noble fastuosamente vestido que representaba a la aristocracia. No había razón para que el artista se detuviese ahí. Podría haber apilado sobre esos hombros a reyes y palacios, burocracias, ejércitos, armadas y ciudades con sus enjambres de funcionarios e industrias variadas. Con ello, simplemente habría expresado la verdad, axiomática entre los discípulos de la Ilustración, de que la agricultura era la base de la vida económica europea. El 85 por 100 o más de la población de todos los países europeos vivía del trabajo de la tierra y del consumo o la venta de su producto. La mayoría del resto vivía de las rentas o los tributos obtenidos de aquellos que trabajaban la tierra o, en el caso de los trabajadores industriales, dependían del poder adquisitivo de aquellos cuyos ingresos procedían de la tierra, o velaban por la obligación de pagar impuestos de las masas agrarias.

Por supuesto, no había un campesinado europeo homogéneo. En términos puramente legales se podría distinguir entre un campesinado servil en la Europa oriental y otro, en la occidental, en buena parte libre: libre en la medida en que, dejando a un lado Dinamarca, parte de Alemania meridional, Holstein y Alsacia, donde la servidumbre persistía, el campesino de Europa occidental era dueño de su propio tiempo, era libre de desplazarse y su vida dependía menos de la voluntad arbitraria de un solo individuo que la del siervo de Europa oriental. En Europa occidental, las reliquias de la servidumbre y los vestigios del señorío, el cual aún reclamaba tributos y pagos por el uso de los derechos de monopolio sobre el molino, el horno comunitario y el lagar, eran fuerzas decadentes, herencia del pasado medieval y un blanco fácil para la crítica refor-

mista. Al este del Elba, sin embargo, la servidumbre era un fenómeno relativamente nuevo y aún en crecimiento. En Rusia, los gobernantes del siglo XVIII continuaron respaldando la expansión de la servidumbre porque consideraban este el mejor modo de fijar a una población de otro modo flotante, y, por lo tanto, obtener de ella impuestos y soldados. En Polonia y Alemania oriental, los señores, en la segunda mitad del siglo XVII, tras una serie de guerras, hambres y pestes, habían tratado de atar a los campesinos a la tierra para asegurarse el suministro de mano de obra. En Polonia, donde la dominación política de la *szlachta* estaba muy desarrollada, el proceso continuó aceleradamente a lo largo de este periodo, reflejando los intereses de los terratenientes que podían obtener un buen precio por su grano en una Europa occidental densamente poblada si conservaban su mano de obra barata. Las tierras de Europa oriental, en su mayoría, eran objeto de cultivo extensivo, no intensivo. No había escasez de tierras, pero la tierra no tenía valor sin hombres para trabajarla, el rendimiento del cereal era bajo y el barbecho era el único método de reponer el suelo. Aun así, se podía conseguir que esta área primitiva, mediante el cultivo extensivo, produjera considerables excedentes.

La servidumbre es, por supuesto, una designación legal, no económica. No nos dice nada de la calidad o la cantidad de la dieta del siervo en comparación con la del campesino libre de Europa occidental. La servidumbre rusa incluía siervos sometidos al *obrók* (que pagaban a su señor en dinero o en especie) y los sometidos a la *barshchina* (prestaciones de trabajo muy pesadas). Aparentemente, la servidumbre afectaba al *obrotchnik* mucho menos que al campesino sometido a la *barshchina*. Sin embargo, el *obrók* era el tipo de tenencia característica de las regiones más pobres del norte, donde los terratenientes consideraban que el campesino sabía muy bien cómo sobrevivir y lo abandonaban a su suerte. La palabra *obrotchnik* era sinónimo de indigente. Observadores occidentales como William Coxe insistieron en que, en términos de alimentación, el siervo ruso podía vivir y normalmente vivía mejor que el pequeño propietario de Europa occidental y que las malas condiciones se debían por entero al carácter del propietario del siervo y a cómo usaba su facultad de castigarlo, particularmente azotándolo y, en el caso ruso, mandándolo al exilio a Siberia por intento de fuga. Los primitivos gobiernos locales y, sobre todo, las pésimas comunica-

ciones, en algunos casos limitadas a los ríos, hacían que el campesino de Europa oriental pudiera caer víctima de terribles hambrunas que no podían ser remediadas. Los tumultos de Bohemia en la década de 1770 y la revuelta de Pugachev de 1774 iban a demostrar el grado de privación producida por el hambre, en el caso de Bohemia por la peste, y en ambos casos por las exigencias bélicas, quizá sin paralelo en el siglo. Pero en tiempos normales, la sociedad de Europa oriental podía producir lo suficiente para asegurar una alimentación relativamente adecuada y, en el caso de Polonia, Livonia y los territorios contiguos, un considerable excedente para el mercado. Solo en el siglo XIX la presión demográfica interna provocó en los países al este del Elba los problemas con que Europa occidental se había enfrentado en el siglo XVIII.

En esto reside una de las más notorias diferencias entre los territorios de los Hohenzollern, los Romanov y los Habsburgo, por una parte, y los occidentales, por otra.

Cualquier generalización acerca de los campesinos de Europa occidental debe ser matizada, dadas las grandes diferencias regionales y locales. El señor, como individuo que podía reclamar rentas, tributos y monopolios, había desaparecido en Gran Bretaña y parte de los Países Bajos, y la relación directa entre el terrateniente y el arrendatario era la única –al margen de la propiedad absoluta– que afectaba a estas sociedades. El sector de la sociedad –nobleza, clero, burguesía o campesinado– que poseía realmente la tierra variaba de una región a otra y de un país a otro. En conjunto, la mayor parte de ella (el 50 por 100 o más) era propiedad del campesinado. Pero lo importante no era tanto quién poseía la tierra como la calidad de esta, y si el campesinado obtenía lo suficiente para mantenerse él y su familia. ¿Tenía un excedente que pudiese llevar al mercado? ¿Se veía forzado en algunas coyunturas del año a comprar cereal? ¿Hasta qué punto dependían él y su familia de trabajos complementarios? El típico campesino continental era el pequeño propietario que trabajaba para sí. Esto era particularmente notorio en Francia, y muy especialmente en las regiones agrícolas más pobres que constituían, según los cálculos de Turgot, cerca del 60 por 100 del país. Pero era igualmente cierto en la Campine belga o en Italia del Norte.

En España, las sequías de finales del siglo XVII habían provocado una especie de huida hacia el litoral y una disminución de la

superficie cultivada. La España de los pequeños propietarios era la del oeste, el norte y Galicia. El sur, la Mancha y Extremadura se caracterizaban por la explotación directa del latifundio y los privilegios de la Mesta, los cuales, por lo menos hasta 1786, exigían grandes zonas del interior sin cercar ni cultivar que sirvieran de pasto a las ovejas.

El escaso crecimiento demográfico de finales del siglo xvii y principios del xviii dio lugar a unos precios agrícolas bastante bajos que no sirvieron de incentivo para que los campesinos más acomodados consideraran la experimentación o aumentaran la producción. Hubo excepciones a esto. En Gran Bretaña y los Países Bajos, cuando los precios de los granos flojearon, se produjo una cierta evolución hacia la ganadería. En East Anglia, por ejemplo, desde *ca.* 1660 la introducción del nabo, los prados artificiales y los abonos intensivos, permitió convertir grandes regiones de pasto permanente para ovejas en zonas de economía mixta, que producían sobre todo cereales pero también se dedicaban a la cría de ganado vacuno y lanar. Desde el punto de vista del productor de excedentes, la agricultura inglesa se vio afectada por una crisis secundaria de superproducción en la década de 1730. Similarmente, la agricultura flamenca, en respuesta a las necesidades de una región altamente urbanizada, hizo significativos progresos en la producción de ganado estabulado y trigo mediante el uso de abundantes abonos. A pesar de todo, en conjunto, Europa occidental estaba muy poco preparada para la que sería, en términos históricos, la mayor revolución del siglo: la revolución demográfica.

La historia de la población de Europa desde el siglo vi hasta por lo menos el xviii puede ser descrita de forma realista como una continua y dramática confrontación entre una población con una tendencia natural a crecer y una oferta de alimentos capaz solamente de un aumento limitado. El economista del siglo xviii Malthus, respaldado por abundantes e irrefutables pruebas históricas, vio en dos fuerzas gemelas, el hambre –producto de las malas cosechas– y la enfermedad –que, con sus apariciones a intervalos, reducía sin piedad la población a un nivel más acorde con sus recursos alimenticios–, a árbitros enviados por Dios en la batalla entre la población y los abastecimientos. En cierto sentido, es irónico que Malthus fuera una figura del siglo xviii, producto de la época que fue testigo de la «revolución vital», en la cual la población de

Europa se embarcó en un lento pero irreversible movimiento ascendente. Sin embargo, Malthus no era miope ni interpretó deliberadamente mal los signos. No había nada ineluctable en este movimiento ascendente para que su detención se invirtiera y el motivo de que esto se produjese tiene aún que ser explicado plenamente por los modernos historiadores de la demografía. Un factor evidente es que el aumento de la población no es atribuible a un incremento en el índice de natalidad ni a un progreso milagroso de los conocimientos médicos (aunque las vacunas bien pudieron contribuir al crecimiento ya iniciado). Más bien se debió a un descenso del índice de mortalidad, no tanto en los años normales como en los anormales, por la desaparición de las grandes crisis, la sucesión de malas cosechas y brotes de peste característica de épocas anteriores. De este modo «se rebajaron las cumbres, pero no las altiplanicies de la mortalidad». En Gran Bretaña, el hecho de que la edad media de los matrimonios descendiera ligeramente, como consecuencia de la disponibilidad de trabajo, puede ser la causa del leve aumento en la tasa de natalidad.

Después de la segunda década del siglo XVIII, Europa occidental pudo haber conocido años aislados de rendimiento inferior de las cosechas. Los sectores más pobres de la comunidad siguieron siendo presas del tifus, la viruela, las fiebres tifoideas y entéricas de todo tipo y la tuberculosis, enfermedad claramente en aumento y conocida, de hecho, si no de nombre —enfermedades que, en cualquier comunidad y en cualquier momento, podían hacer que las muertes superaran a los nacimientos—, pero ni la carestía ni las enfermedades pudieron eliminar la tendencia general a crecer. Por lo menos en parte, este significativo cambio puede ser atribuido a la desaparición de las hambrunas locales o regionales como resultado de la mejora de las comunicaciones, que permitió un sistema de distribución nacional de los suministros más efectivo en tiempos de penalidades locales. Progresivamente, el grano pudo ser trasladado más fácilmente desde una región productora de excedentes, para aliviar a otra en graves apuros.

Por supuesto, no hay que sobreestimar el índice de crecimiento de la población ni atribuir a las cifras sobre la población total una precisión que posiblemente no podían tener. Estaban basadas en datos sumamente incompletos, como los censos gubernamentales irregularmente efectuados y, a menudo, parcialmente inventados.

Entre 1700 y 1800 la población europea pasó de unos 68-84 millones de personas a unos 104-115 millones y, honradamente, se debe dejar este margen de especulación. Gregory King calculaba en 1696 (aunque sus cifras hayan sido descritas como fantasiosas por un historiador francés) en 6,5 millones el número de británicos, que se habían convertido en 9 millones al realizarse el censo de 1801. Veinte millones de franceses en 1714 se habían convertido en 26-27 millones en 1800. Seis millones de españoles fueron contados en 1700: 10,3 millones por el censo de 1796. Según algunos cálculos gubernamentales sumamente dudosos, se estima que los 14 millones de rusos del imperio de Pedro el Grande se habían duplicado a finales del reinado de Catalina la Grande. En Gran Bretaña, los Países Bajos austríacos y Escandinavia, el índice de crecimiento entre 1740 y finales de siglo parece haber sido del orden de un 1 por 100 al año. En Francia, el país más poblado de Europa en el siglo XVIII, el índice de crecimiento no llegó a la mitad. Sin embargo, a pesar de este índice de crecimiento menos boyante, la población francesa fue al menos tres veces mayor que la de Gran Bretaña en todo el periodo.

Hay que tener cuidado al comparar el crecimiento de la población con la prosperidad cada vez mayor en todas partes. Todo dependía de hasta qué punto el crecimiento económico de un determinado país era capaz de mantener a un mayor número de personas. El tipo de crecimiento económico que obviamente más importaba era el encaminado a aumentar la oferta de alimentos. A menos que la oferta de alimentos aumentase significativamente, incrementando la superficie cultivada, elevando el rendimiento de las cosechas o cambiando a cultivos capaces de alimentar a más gente en una superficie reducida o en un suelo menos fértil (mijo, maíz, trigo sarraceno, arroz, patatas, etc.), la grave hambruna periódica solo sería reemplazada por una desnutrición menos grave, pero, no obstante, crónica. Por otra parte, la lucha por los abastecimientos existentes elevaría casi con certeza el precio de los alimentos. Si no se incrementaba el potencial de empleo en el sector agrario o en el industrial, el aumento de la población conduciría al desempleo e intensificaría la presión sobre el empleo existente (con lo que no se produciría un alza en los salarios que contrarrestase el aumento de los precios). Las sociedades de pequeños propietarios se veían arrastradas a una mayor división de las propieda-

des, progresivamente menos capaces de mantener a sus titulares. En última instancia, sin una ampliación del potencial de empleo y alimentos, los escalones inferiores de la sociedad de Europa occidental estaban condenados a un rápido deterioro de su nivel de vida, en el cual dejarían de morir de inanición, pero nunca estarían libres del hambre y conocerían el subempleo, el desempleo o un salario insuficiente para alimentar a sus familias en un mercado de trabajo saturado.

Los historiadores usaron en otro tiempo el término «revolución agraria» para describir algunos de los cambios agrícolas que tuvieron lugar en el siglo XVIII. Pero este enfoque es muy engañoso. El siglo experimentó una efervescencia de literatura agronómica: solamente en Francia se publicaron 1.214 libros y panfletos, en comparación con los 130 del siglo anterior. En todos los países, nobles rurales, clérigos ociosos y *litterati* formaron sociedades agrícolas, como las *Sociétés d'Agriculture* francesas, las *Sociedades Económicas de Amigos del País* que florecieron en toda España a partir de 1770, las *Academie* italianas o el *Oeconomische-Patriotische Bewegung* (Movimiento Económico-Patriótico) holandés, que denotaban un creciente y generalizado interés por los temas agrícolas y una cierta comprensión de la necesidad de elevar el nivel de producción. Indudablemente, la apreciación del potencial de aumento de la producción a través de métodos científicos y la transformación de los pequeños cultivos de subsistencia en grandes cultivos, orientados hacia el mercado, pueden considerarse indicadores de un enfoque más moderno. Sin embargo, los efectos prácticos de las sociedades agrícolas fueron mínimos. De hecho, el intendente de Borgoña se refirió peyorativamente a ellos como centros de cotilleo. En verdad, las mejores obras de esta literatura, como por ejemplo *Horse boughing husbandry* de Jethro Tull (1731), *Traité de la culture des terres* de H. L. Duhamel du Monceau (1750-1761), *Vollständige Experimentalökonomie* de Gottlieb von Eckhart (1754), *Nützliche und auf die Erfahrung gegunrundete Einleitung zu der Handwirthschaft* de Johann Georg Leopoldt (1759) no fueron totalmente inefectivas en las décadas siguientes. Pero su influencia se limitó a zonas concretas y a una clase de terratenientes que probablemente explotaban personalmente sus tierras, como hacían muchos nobles ingleses o, de un modo más serio, los *junkers* de las zonas más allá del Elba, quienes en sus «reservas» podían experi-

mentar métodos que tal vez *más tarde* se hicieran extensivos a las tierras de sus arrendatarios.

En el conjunto de Europa occidental, esta proliferación de literatura agronómica no significó un aumento del rendimiento por unidad de cultivo, y eso por una buena razón. Las sociedades de pequeños propietarios no tenían medios ni inclinación para arriesgarse a hacer experimentos y, sobre todo, no poseían el abono necesario para revitalizar el suelo y aumentar la producción. En un esfuerzo por producir todo el cereal panificable posible, estas sociedades sacrificaron gradualmente pastizales con graves consecuencias para el nivel alimenticio y la reposición del suelo. En algunas zonas (Bretaña y Lorena), tal vez se produjera, incluso, un descenso de la productividad. Hasta en Gran Bretaña, donde en conjunto se llegó a un equilibrio entre el cultivo de cereales y las plantas forrajeras para el ganado cuyo estiércol renovaba los campos, la tendencia alcista de la producción agrícola se quebró en la década de 1750, no consiguiendo igualar su desarrollo al crecimiento de la población en la siguiente mitad de siglo.

Tampoco encontró alivio Europa occidental en el importante movimiento general del cultivo de tierras marginales o tierras en otros tiempos cultivadas que habían dejado de serlo como consecuencia de la disminución de la población en el siglo XVII. En Gran Bretaña y la Francia oriental, los derechos comunales sufrieron algunos ataques encaminados a cercar las tierras del común en beneficio del señor. Europa, en su conjunto, no carecía de tierras sin cultivar. Pero donde tales tierras existían en abundancia era en la Europa mediterránea (territorios al sur de los montes Cantábricos, los Pirineos, el Macizo Central y la llanura del norte de Italia). Transformar en fértiles esas tierras era una cuestión de control del agua. La irrigación de una fracción, por insignificante que fuera, de las vastas extensiones de tierras insuficientemente regadas de la Europa mediterránea era una empresa que excedía los recursos organizativos y de capital de la época, y allí donde se hicieron intentos –como en los alrededores de ciertas ciudades españolas (Barcelona, Valencia)– de descubrir corrientes de agua y emplear el contenido de las letrinas como fertilizante, tales intentos fueron de poco alcance. Más al norte, la explotación de brezales, foscarrales, ciénagas o pantanos en verdad no contribuyó de forma significativa a incrementar la producción de alimentos. Excepto al este

de Prusia, donde se realizaron pequeños pero impresionantes progresos en la desecación de pantanos, los esfuerzos en Irlanda, Escocia, Noruega, Suecia, Bretaña y el noroeste de Alemania por incorporar los brezales a la rotación de cultivos tuvieron por lo general desastrosas consecuencias a largo plazo, que llevaron al agotamiento de los brezales, hasta entonces valiosa fuente de abono.

HISTORIA DE EUROPA

LA EUROPA REVOLUCIONARIA

1783-1815

GEORGE RUDÉ





Diseño interior y cubierta: RAG

Reservados todos los derechos. De acuerdo a lo dispuesto en el art. 270 del Código Penal, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes sin la preceptiva autorización reproduzcan, plagien, distribuyan o comuniquen públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, fijada en cualquier tipo de soporte.

Título original: *Revolutionary Europe, 1783-1815. Second edition*

La edición en lengua española de esta obra ha sido autorizada por John Wiley & Sons Limited. La traducción es responsabilidad de Siglo XXI de España Editores, S. A.

© Herederos de George Rudé, 1964, 2000

© Siglo XXI de España Editores, S. A., 1974, 2018
para lengua española

Sector Foresta, 1
28760 Tres Cantos
Madrid - España

Tel.: 918 061 996
Fax: 918 044 028

www.sigloxxieditores.com

ISBN: 978-84-323-1903-7
Depósito legal: M-7.168-2018

Impreso en España

ÍNDICE*

<i>Mapas</i>	7
<i>Prefacio</i>	15
<i>Introducción</i> de Harvey J. Kaye	17

PRIMERA PARTE EUROPA EN VÍSPERAS DE LA REVOLUCIÓN FRANCESA

I. LA SITUACIÓN SOCIAL.....	45
II. LOS GOBIERNOS Y LOS CONFLICTOS DENTRO DE LOS ESTADOS	63
III. LOS CONFLICTOS ENTRE LOS ESTADOS	83

SEGUNDA PARTE LA REVOLUCIÓN FRANCESA

IV. ¿POR QUÉ HUBO UNA REVOLUCIÓN EN FRANCIA?	99
V. 1789	117
VI. LA RECONSTRUCCIÓN DE FRANCIA	139
VII. LA LUCHA POR EL PODER	153

* La paginación del presente índice general se corresponde a la edición completa del libro [N. del Ed.].

VIII. ROBESPIERRE	173
IX. LA REPÚBLICA BURGUESA.....	191

TERCERA PARTE
LA EUROPA REVOLUCIONARIA

X. EUROPA Y LA REVOLUCIÓN FRANCESA.....	211
XI. LA GUERRA REVOLUCIONARIA	233

CUARTA PARTE
LA ERA NAPOLEÓNICA

XII. NAPOLEÓN Y FRANCIA	257
XIII. EL IMPERIO NAPOLEÓNICO.....	275
XIV. LA CAÍDA DE NAPOLEÓN.....	297
XV. CONCLUSIONES	317
<i>Bibliografía</i>	335
<i>Apéndice bibliográfico</i>	351
<i>Bibliografía adicional</i>	361
<i>Glosario</i>	367
<i>Índice onomástico</i>	375

PREFACIO

Con este libro se intenta conseguir una visión de Francia y de Europa antes, durante e inmediatamente después de la Revolución francesa. En este terreno, la literatura comprende un número inmenso de títulos que, además, aumentan continuamente. Durante los últimos quince meses se han publicado en Francia, los Estados Unidos e Inglaterra por lo menos media docena de estudios extensos sobre la Revolución, tanto en el marco francés como en el europeo; y, sin duda, otros tantos deben hallarse en prensa. Esto es tanto como decir que la Revolución continúa siendo un terreno abierto a la investigación y que un pequeño tratado como este no puede sino familiarizar a un mayor número de lectores con los muchos problemas sin resolver de aquella y agudizar el interés de estos por una discusión más profunda.

De todos ellos, quizá el problema más debatido durante los últimos años ha sido el de la importancia de la Revolución francesa dentro del marco europeo (o mundial). ¿Era la revolución europea una prolongación de la francesa o era, más bien, el resultado de su propia evolución interna? Es esta una cuestión oscura que permite muy diversas interpretaciones y que, aunque solo se ha planteado con singular relevancia en los últimos diez años, aún cuenta con escasa literatura. Por ello son de agradecer los trabajos del profesor Palmer (últimamente en Princeton) y del profesor Godechot, de Toulouse, que han abierto el camino en este sentido. Hasta aquellos que no aceptamos su punto de vista de una revolución «occidental» o «atlántica» aplaudiremos sus esfuerzos de iniciadores.

Al escribir un libro como este, resulta imposible agradecer debidamente la colaboración a todos los que, de uno u otro modo, han participado en él. Como casi todos los que trabajan en este terreno, tengo que recordar especialmente el nombre de Georges Lefebvre, pues no solamente ha servido de fuente para cuantos han pretendido estudiar la Revolución «desde abajo», sino que sus obras supo-

nen el tratamiento mejor y más completo de la Revolución francesa y de Napoleón. Todos los estudios recientes de la Revolución, el Consulado y el Imperio y sus repercusiones más allá de las fronteras francesas están en deuda con él más que con cualquier otro estudio del tema. Quisiera agradecer, además, a Mr. Richard Ollard, de William Collins, la paciencia, el buen humor y el cuidado que puso para hacer llegar mi manuscrito a las prensas y a Mr. William A. Cowan, bibliotecario de la Barr Smith Library de la Universidad de Adelaida, por haber leído las pruebas. Por último, debo mi agradecimiento a la Universidad de Adelaida y, en particular, a mi colega el profesor Hugh Stretton, que ha hecho posible que los historiadores dedicados a la enseñanza escriban libros.

George Rudé
Adelaida

1 de octubre de 1963

INTRODUCCIÓN

George Rudé fue un magnífico estudioso y un maravilloso profesor que hizo aportaciones cruciales al estudio y conocimiento de la historia. En obras como *The Crowd in the French Revolution* (*La multitud en la Revolución francesa*), *Wilkes and Liberty* (*Wilkes y libertad*), *The Crowd in History, 1730-1848* (*La multitud en la historia, 1730-1848*), *Paris and London in the Eighteenth Century* (*París y Londres en el siglo XVIII*) y *Captain Swing* (*El capitán Swing*) (de la que Eric Hobsbawm fue coautor) realizó estudios pioneros sobre la historia y la sociología de la «multitud preindustrial»¹. En *Revolutionary Europe, 1783-1815* (*La Europa revolucionaria, 1783-1815*), *Europe in the Eighteenth Century* (*Europa en el siglo XVIII*) y *The French Revolution* (*La Revolución francesa*) ofreció síntesis magistrales de la Europa de la «Era de la Revolución»². Asimismo, con sus camaradas de la «tradición historiográfica marxista británica», desarrolló un acercamiento crítico al estudio del pasado que se conoció como «historia desde abajo» o «de abajo arriba», ayudando a cultivar una idea más democrática del pasado y de la construcción del presente.

Tras un breve apunte biográfico, estudiaremos la obra de Rudé a partir de los tres temas que la impulsaron: identidades, ideologías e historias. El tema de las identidades tiene que ver con su apasionada búsqueda del «rostro de la multitud»; el de las ideologías con su persistente esfuerzo para «devolverle el pensamiento a la historia»; y el de las historias, con sus inspiradas iniciativas para encontrarle un sentido al «movimiento» de la historia.

¹ G. Rudé, *The Crowd in the French Revolution* (Oxford, 1959); *Wilkes and Liberty* (Oxford, 1962); *The Crowd in History, 1730-1848* (Nueva York, 1964); *Captain Swing* (Londres, 1969); y *Paris and London in the Eighteenth Century* (Londres, 1970).

² G. Rudé, *Revolutionary Europe, 1783-1815* (Londres, 1964); *Europe in the Eighteenth Century: Aristocracy and the Bourgeois Challenge* (Londres, 1972); *The French Revolution* (Londres, 1988).

GEORGE RUDÉ

George Rudé nació en Noruega el 8 de febrero de 1910. Su padre era ingeniero y su madre era hija de un banquero inglés. En 1919, la familia se mudó a Inglaterra. El joven George estuvo becado en un colegio privado de Shrewsbury y luego estudió una licenciatura en Lenguas Modernas en la Universidad de Cambridge. En 1931 obtuvo un puesto de profesor en Stow.

Rudé recibió una educación conservadora. Sin embargo, a mediados de la década de los treinta se convirtió en un «antifascista comprometido», leyó con avidez los textos clásicos marxistas y se afilió al Partido Comunista de Gran Bretaña. Poco después se mudó a Londres, donde trabajó activamente para el Partido y enseñó lenguas en St Paul's School. En la capital conoció a Doreen de la Hoyde, que se convirtió en su mujer y en su compañera durante el resto de su vida.

En la Segunda Guerra Mundial, Rudé sirvió en el cuerpo de bomberos de Londres. Inspirado por sus lecturas de Marx y Engels, empezó a estudiar Historia en la Universidad de Londres. A finales de los cuarenta, inició una investigación doctoral titulada «The Parisian Wage-earning Population and the Insurrectionary Movements of 1789-1791» («La población asalariada parisina y los movimientos de insurrección de 1789-1791»); terminó el doctorado en 1950. Pero eran tiempos difíciles. En 1949 perdió su trabajo de profesor por su actividad política y la intransigencia de la Guerra Fría le impidió acceder a ningún puesto universitario. Sin embargo continuó investigando, animado por sus camaradas intelectuales, especialmente por los hombres y mujeres que conoció como miembro activo del Grupo de Historiadores del Partido Comunista (1946-1956). Finalmente consiguió un trabajo de profesor en un instituto de secundaria de Londres.

El Grupo de Historiadores del Partido Comunista fue la incubadora de la tradición historiográfica marxista británica. En él había figuras como Rodney Hilton, Christopher Hill, Eric Hobsbawm, John Saville, Dorothy Thompson y E. P. Thompson; todos ellos, al igual que Rudé, se convirtieron en reconocidos académicos. Individualmente, todos hicieron destacadas aportaciones a su respectivo campo de estudio; colectivamente, hicieron profundas aportaciones tanto a la historia social como a la teoría histórica.

Siguiendo la gran hipótesis de Marx y Engels que afirmaba que «la historia de todas las sociedades que han existido hasta ahora es la historia de las luchas de clase», los historiadores marxistas británicos centraron sus estudios –desde los medievalistas hasta los modernos– en el tema de la «transición del feudalismo al capitalismo». Comprometidos con el movimiento laborista y con las políticas socialistas, trabajaron de abajo arriba para recuperar las vidas que llevaban largo tiempo ignoradas, así como las luchas de campesinos, artesanos y clases trabajadoras que cambiaron la historia. En conjunto, sus obras presentaron una crónica original de la construcción de la Gran Bretaña moderna, basada en la lucha de clases, que ha servido tanto para remodelar democráticamente la memoria, la conciencia y la imaginación histórica popular británica, como para inspirar e influenciar a historiadores de todo el mundo.

El propio Rudé realizó una significativa aportación al Grupo. Organizado en «secciones temporales», las dos principales secciones del Grupo se centraban en los siglos XVI-XVII y en el siglo XIX, es decir, en la Revolución inglesa y la Revolución industrial, respectivamente. Como recuerda Eric Hobsbawm: «[El siglo XVIII era] una tierra de nadie entre las dos secciones más florecientes del Grupo, simplemente no había nadie que supiera mucho sobre este periodo, hasta que George Rudé, un explorador solitario, se adentró en el periodo de John Wilkes»³.

Al mismo tiempo, las investigaciones de archivo que Rudé llevó a cabo en París le permitieron conocer al más importante estudioso de la Revolución francesa, Georges Lefebvre, y a sus discípulos, Albert Soboul y Richard Cobb. Lefebvre era, en esencia, heredero de la tradición republicana y liberal de la historiografía revolucionaria que, tradicionalmente, había visto la Revolución en términos eminentemente políticos y había presentado la crónica de unos acontecimientos en los que «el pueblo» –al que no se estudiaba o definía satisfactoriamente– derrocaba al Antiguo Régimen. Sin embargo, Lefebvre, simpatizante del marxismo, empujó el estudio de

³ E. J. Hobsbawm, «The Historians' Group of the Communist Party», en *Rebels and Their Causes*, ed. M. Cornforth (Londres, 1978), p. 37. También sobre los marxistas británicos, véase H. J. Kaye, *The British Marxist Historians* (Oxford, 1984), especialmente pp. 222-232.

la Revolución en una dirección histórico-social (fue él quien acuñó el término «historia desde abajo»). La investigación que desplegó sobre el campesinado y las protestas urbanas transformó de forma espectacular el estudio de la Revolución y sirvió para inspirar y dar autoridad a los estudios de Soboul sobre los *sans-culottes* parisinos, a los de Cobb sobre los «ejércitos revolucionarios» y los *sans-culottes* en las provincias, y a los de Rudé sobre las «multitudes revolucionarias». Lefebvre se interesó mucho por los proyectos de Rudé, y Soboul, Cobb y Rudé se hicieron amigos íntimos (Lefebvre se refería a ellos como los «tres mosqueteros»). Tanto Soboul como Rudé honrarían a su mentor profundizando en la interpretación marxista de la Revolución y enfatizando la importancia de la estructura de clases en los acontecimientos⁴.

En los cincuenta, Rudé publicó una serie de innovadores artículos sobre las protestas que se produjeron en Londres y París en el siglo XVIII (que luego se recopilaron en el volumen *Paris and London in the Eighteenth Century*). Por uno de estos artículos, «The Gordon Riots: A Study of the Rioters and their Victims» («Los disturbios de Gordon: estudio de los alborotadores y sus víctimas») (1956), recibió el muy prestigioso Premio Alexander⁵. Aun así, no le ofrecieron ningún puesto en la universidad hasta 1960, cuando, finalmente, recibió una invitación de la Universidad de Adelaida. A los cincuenta años de edad dejó Inglaterra, junto con Doreen, para irse a Australia (aquello también coincidió con su salida del Partido Comunista).

A partir del momento en el que se convirtió en profesor universitario, la carrera académica de Rudé floreció. Escribió 15 libros,

⁴ Para conocer la visión de Rudé sobre la obra de Lefebvre, véase su ensayo «Georges Lefebvre as Historian of Popular Protest in the French Revolution» (1960), en H. J. Kaye (ed.), *The Face of the Crowd: Selected Essays of George Rudé* (Londres, 1988), pp. 107-114, y la «Introducción» de Rudé a la obra clásica de Lefebvre, *The Great Fear of 1789* (París, 1932; ed. ingl.: Londres, 1973). Véase también la obra de Lefebvre *The Coming of the French Revolution* (Princeton, 1947). De la obra de Albert Soboul recomendamos *The Parisian Sans-Culottes and the French Revolution* (París, 1958; ed. ingl.: Oxford, 1964) y *The French Revolution, 1787-1799* (París, 1962; ed. ingl.: Londres, 1974). Si se quiere consultar la obra de Richard Cobb, véase *The People's Armies* (1961; ed. ingl.: New Haven, Connecticut, 1987) y *Paris and its Provinces* (Oxford, 1975).

⁵ G. Rudé, «The Gordon Riots: A Study of the Rioters and their Victims», está reimpresso en *Paris and London*, pp. 268-292.

editó otros dos, y firmó numerosos artículos, ensayos y críticas⁶. Gozó del reconocimiento y del afecto de sus estudiantes universitarios por sus extraordinarias cualidades como profesor y mentor, que sin duda había cultivado durante sus muchos años de profesor de instituto. Tras diez años en el hemisferio sur, se trasladó a la Universidad Sir George Williams (hoy la Universidad de Concordia) en Montreal, Canadá. También en los años setenta, fue Profesor Invitado en la Universidad de Columbia, la Universidad de Stirling, la Universidad de Tokio y el College of William and Mary. Enseñó en Canadá hasta 1987. Tras jubilarse a los setenta y siete años de edad, Rudé y su esposa establecieron su residencia permanente en Inglaterra. Allí continuó escribiendo, mientras se lo permitió su salud, hasta su muerte en 1993.

IDENTIDADES: «EL ROSTRO DE LA MULTITUD»

Rudé comentó en una ocasión que «cualquiera que sea la imagen que ha proyectado el siglo XVIII, no ha sido nunca la imagen de una era del hombre corriente». De hecho, lo que ahora conocemos de este siglo sobre la experiencia de la gente corriente se debe en gran medida a sus innovadoras investigaciones sobre las multitudes del París revolucionario y el Londres hanoveriano. Tal como lo expresó su colega, el historiador Asa Briggs, Rudé reveló «el rostro de la multitud».

Rudé realizó la crucial constatación de que el hecho de que el *menu peuple* francés y los *lower orders* ingleses estuvieran excluidos de sus respectivas comunidades políticas nacionales no significaba que no tuvieran intereses, quejas, ideas y aspiraciones, o que carecieran de los medios para expresarlos. La devolución de la identidad histórica a aquellos que habían sido desdeñados o negados por los poderes del pasado y del presente se convirtió en su gran obsesión histórica. Al hacerlo, desafiaba unos preceptos que, desde hacía largo tiempo, habían sido aceptados por escritores de izquierdas y de derechas.

⁶ Para una bibliografía completa de la obra de Rudé, véase F. Krantz (ed.), *History from Below: Studies in Popular Protest and Popular Ideology in Honour of George Rudé* (Montreal, 1985), pp. 35-40.

Rudé tuvo que enfrentarse en primer lugar a la concepción conservadora, que llevaba tiempo vigente, sobre la multitud revolucionaria francesa. En sus *Reflexiones sobre la Revolución Francesa* (1790), Edmund Burke describió a la muchedumbre como «la multitud porcina». Más tarde, el historiador francés Hippolyte Taine superó a Burke al referirse a los participantes en aquellas multitudes como «la escoria de la sociedad», «bandidos», «ladrones», «salvajes», «mendigos» y «prostitutas». Sin embargo, Rudé también tuvo que enfrentarse a la visión liberal tradicional que sostenía que la multitud revolucionaria era la personificación de «todas las virtudes populares y republicanas», el mismísimo espíritu de «*le peuple*»⁷.

Observó que, tradicionalmente, tanto conservadores como liberales habían proyectado sus propias fantasías políticas y/o temores sobre la multitud, sin plantearse previamente las preguntas históricas básicas. No atribuía esto a una pereza académica. Afirmaba, más bien, que tanto los historiadores de derechas como los de izquierdas habían mirado a la multitud revolucionaria «desde arriba, desde el estrado de la sala del Comité de Salvación Pública, la tribuna de la Asamblea Nacional o el Club Jacobino, o desde las columnas de la prensa revolucionaria»⁸.

Rudé se encontró con una serie de actitudes e ideas históricas similares en relación con las multitudes del Londres hanoveriano. Horace Walpole, por ejemplo, presentó a los alborotadores de Gordon como un grupo «formado principalmente por aprendices, convictos y por todo tipo de forajidos»; un juicio de valor del que Rudé todavía encontraba ecos en el trabajo de historiadores que escribieron casi un siglo y medio después⁹.

En respuesta a las generalizaciones vagas o parciales de sus predecesores, Rudé formuló las preguntas que ellos no habían planteado: «¿qué?, ¿quién?, ¿cómo? y ¿por qué?»; especialmente «¿quién?» y «¿por qué?». Sin embargo, comprendió que no era lo mismo plantear estas preguntas que responderlas. En primer lugar, dependía de la disponibilidad de fuentes documentales adecuadas: tanto fuentes tradicionales, como «memorias, correspondencia, panfle-

⁷ *The Crowd in the French Revolution*, pp. 2-3, y *The Crowd in History*, pp. 7-8.

⁸ *The Crowd in the French Revolution*, p. 5 (la cursiva es mía).

⁹ *Paris and London*, p. 280, y *Wilkes and Liberty*, p. 15.

tos, periódicos, informes parlamentarios y actas»; como no tradicionales, por ejemplo «informes policiales, carcelarios, hospitalarios y judiciales; registros parroquiales de nacimientos, muertes y matrimonios; registros de asistencia pública; tablas de precios y salarios; censos...».

La necesidad de estas últimas es tanto pragmática como política: la necesidad práctica se debe a que probablemente las otras fuentes no den las respuestas a «¿quién?» y «¿por qué?»; la política a que, al tratarse de los documentos de las clases altas y de las clases gobernantes (y sus funcionarios), con toda probabilidad nos iban a ofrecer la perspectiva «desde arriba». Los participantes en acciones multitudinarias «pocas veces dejan constancia documental en forma de memorias, panfletos o cartas»¹⁰. Rudé también comprendió que para responder a las preguntas más fundamentales había que intentar ver las cosas de forma crítica, de abajo arriba, es decir, desde la perspectiva de las personas de la calle y los talleres.

¿Qué respuestas encontró en los archivos? En el caso de Francia, descubrió que las multitudes revolucionarias provenían en su inmensa mayoría de los «*sans-culottes*: los dueños de los talleres, los artesanos, los asalariados, los tenderos y los pequeños comerciantes de la capital». Y en el caso de Inglaterra descubrió que las multitudes estaban «generalmente compuestas por asalariados (oficiales, aprendices, peones y “criados”), artesanos, tenderos y comerciantes». En otras palabras, las multitudes, tanto las parisinas como las londinenses, estaban compuestas por trabajadores, no por «la escoria de la sociedad».

Rudé continuó con esta labor de reivindicación de la presencia y el papel histórico de las clases obreras en *El capitán Swing*, un libro escrito con Eric Hobsbawm que trataba sobre los movimientos de los trabajadores agrícolas en la década de 1830. La unión del conocimiento crítico de Hobsbawm sobre el desarrollo del capitalismo, «las rebeliones primitivas» y los «destructores de máquinas»¹¹, y la íntima relación de Rudé con la «multitud preindustrial», así como sus habilidades para la investigación y el análisis de

¹⁰ *Ibid.*, pp. 11-12.

¹¹ Véase E. J. Hobsbawm, *Primitive Rebels* (Mánchester, 1959) y *Labouring Men* (Londres, 1968). Sobre Hobsbawm, véase Kaye, *The British Marxist Historians*, pp. 131-176.

documentos de archivo, hizo que *El capitán Swing* fuera, y siga siendo, una obra de investigación histórica verdaderamente notable e impresionante.

Hobsbawm y Rudé se dividieron la redacción de los capítulos. Hobsbawm se encargó de los capítulos de introducción, antecedentes, desarrollo y conclusión, y Rudé de los que trataban sobre los detalles y la «anatomía» de la sublevación, así como de los que hablaban de «la represión y las secuelas». Pero aprendieron el uno del otro y en las primeras líneas del libro encontramos reflejado el interés de Rudé por las identidades de los trabajadores agrícolas:

Hodge (nombre típico de campesino inglés), *The Secret People* (*La gente secreta*), *Brother to the Ox* (*El hermano del buey*). Su falta de elocuencia, nuestra propia ignorancia, están simbolizados en los mismos títulos de los pocos libros que han intentado recrear el mundo del labrador inglés del siglo XIX. ¿Quiénes eran? Salvo las lápidas y los hijos, no dejaron nada que los identificara, pues la maravillosa superficie del paisaje británico, el trabajo de sus arados, palas y tijeras de podar y los animales que cuidaron no conservan ninguna firma o marca como las que dejaban los albañiles en las catedrales. Sabemos poco de ellos, porque vivieron en un tiempo que para nosotros es remoto. Sus contemporáneos más elocuentes sabían poco más, en parte porque como urbanitas desconocían la vida del campo o no les interesaba en absoluto, en parte porque, como gobernantes, no se les permitía entrar en el cerrado mundo de las clases inferiores, o porque, al pertenecer a la clase media rural, lo despreciaban... Por lo tanto, este libro se ocupa de la difícil labor, que hoy en día –y con razón– tienta a muchos historiadores sociales, de reconstruir la mentalidad de un grupo de gente anónima e indocumentada, con el fin de entender sus movimientos, que tan solo se encuentran someramente documentados¹².

Otros historiadores han escrito sobre «Swing»¹³. Sin embargo, como explicaban Hobsbawm y Rudé, había más que contar y nuevas preguntas que plantearse sobre los hechos: «Sobre las causas y los motivos, sobre su forma de comportamiento social y político,

¹² E. J. Hobsbawm y G. Rudé, *Captain Swing*, pp. xvii-xviii.

¹³ Véase J. Hammond y B. Hammond, *The Village Labourer* (Nueva York, 1970 ed.).

sobre la composición social de los que participaron en ellos, sobre su relevancia y sus consecuencias».

Aunque ya no eran campesinos, los trabajadores agrícolas vivían en un orden social que seguía siendo «tradicional, jerárquico, paternalista y, en muchos aspectos, reticente a aceptar del todo la lógica del mercado». Sin embargo, en las décadas que precedieron a 1830, aquella sociedad rural experimentó importantes cambios a raíz de un extraordinario desarrollo agrícola, seguido de unas recesiones transitorias. Los cambios incluyeron la enajenación de las tierras que les quedaban a los labradores, así como modificaciones en sus contratos de arrendamiento; en resumen, se intensificó la proletarianización. La reducción de la relación entre el granjero y el trabajador a un vínculo económico despojó al labrador de «aque- llos modestos derechos consuetudinarios a los que consideraba que tenía derecho como hombre (aunque fuera un hombre subordinado)». Y, sin embargo, los trabajadores agrícolas eran «proletarios solo en el sentido económico más general», pues la naturaleza de su trabajo y el orden social en el que vivían y pasaban hambre inhibían el desarrollo de «las ideas y métodos de autodefensa colectiva que los urbanitas tuvieron la oportunidad de descubrir».

Sin embargo, instigados por la crisis económica de 1828-1830, y estimulados por los ejemplos de las revoluciones que se produjeron en Francia y Bélgica en 1830, los trabajadores agrícolas empezaron a expresar sus exigencias por medio de «cartas fogosas y amenazantes, folletos y carteles incendiarios, y, especialmente, de la destrucción de distintos tipos de maquinaria». Sus exigencias —«obtener un salario mínimo de subsistencia y poner fin al desempleo rural»— parecían ser únicamente económicas. Sin embargo, Hobsbawm y Rudé demostraron que, aunque el levantamiento nunca llegara a ser revolucionario (y aunque los trabajadores nunca solicitaran una reforma territorial), sí que había un objetivo de mayor alcance: «La defensa de los derechos consuetudinarios que le correspondían al hombre pobre del campo, como inglés libre por nacimiento, y la restauración del orden social estable que los había garantizado (o al menos eso es lo que parecía en retrospectiva)»¹⁴.

El capítulo «¿Quién era Swing?» es especialmente impresionante en su análisis de la información. Frente a las predecibles afir-

¹⁴ E. J. Hobsbawm y G. Rudé, *Captain Swing*, pp. xx-xxiii

maciones de observadores contemporáneos e historiadores posteriores, Rudé y Hobsbawm descubrieron que «los alborotadores eran, por lo general, hombres jóvenes u hombres que acababan de entrar en la mediana edad, la inmensa mayoría de ellos veinteañeros o treintañeros»; y, además, «la proporción de hombres casados que había entre los insurrectos también era elevada». De hecho, en general, las pruebas «sugieren un grado relativamente alto de estabilidad y “respetabilidad” entre los alborotadores». En la conclusión al capítulo afirman:

En conjunto, los labradores de 1830 merecen totalmente la buena reputación que les dieron sus patrones. No eran criminales: relativamente pocos tenían ni el más mínimo historial penal a sus espaldas. Pero creían en el «derecho natural» —el derecho al trabajo y a ganar un salario de subsistencia— y se negaban a aceptar que las máquinas, que les arrebataban este derecho, recibieran la protección de la ley. En ocasiones, invocaban a la autoridad de la justicia o del gobierno —e incluso del rey y de Dios mismo— para justificar sus ideas y sus acciones, puesto que, como la mayoría de los «rebeldes primitivos», y como sir John Hampden 200 años antes, estaban firmemente convencidos de que la justicia —y hasta la ley— estaba de su lado¹⁵.

El capitán Swing no solo ofrecía una reinterpretación de los orígenes del movimiento de los trabajadores agrícolas, así como de sus prácticas y objetivos: también ofrecía un nuevo punto de vista sobre los efectos y consecuencias del movimiento. Hobsbawm y Rudé sostenían que la ignorancia y los mitos tradicionales que sostenían que el movimiento había sido un fracaso se debían en buena parte a los prejuicios urbanos de los historiadores de los movimientos sociales. Reconocían que el levantamiento había sido un fracaso en el sentido de que no había logrado restaurar el antiguo orden social, ni tampoco —salvo durante un breve periodo— había hecho mucho por mejorar el nivel de vida de los trabajadores. No obstante, argumentaban que en un importante aspecto el movimiento de los trabajadores agrícolas sí que había tenido éxito: «Las máquinas trilladoras no volvieron a utilizarse a tan gran escala como

¹⁵ E. J. Hobsbawm y G. Rudé, *Captain Swing*, pp. 201-211.

antes. De todos los movimientos de destrucción de máquinas (ludismo) del siglo XIX, el de los desamparados y desorganizados labradores resultó ser el más eficaz»¹⁶.

Es posible que los labradores creyeran realmente que la ley estaba de su lado. Mas los jueces ante los que se presentaron creían lo contrario. Tal como muestran Hobsbawm y Rudé: «En total se juzgó a 1.976 prisioneros, se sentenció a muerte a 252 (aunque 233 de estas sentencias fueron conmutadas, sobre todo por deportación, algunas por prisión), se deportó a 505 (de los cuales 481 fueron embarcados). Ningún otro movimiento de protesta de este tipo –ni ludita, ni cartista, ni sindicalista– tuvo que pagar un precio tan alto»¹⁷.

La elaboración de los capítulos «La represión» y «La deportación» (a Australia de los trabajadores condenados) le inspiró a Rudé sus dos estudios primarios siguientes: *Protest and Punishment: The Story of the Social and Political Protesters Transported to Australia, 1788-1868* (*Protesta y castigo: La historia de los protestantes sociales y políticos deportados a Australia*) y *Criminal and Victim: Crime and Society in Early Nineteenth-Century England* (*Criminal y víctima: Crimen y sociedad en la Inglaterra de principios del siglo XIX*). En estas obras también buscó fervientemente la restauración de las identidades de los explotados y los oprimidos¹⁸.

¹⁶ *Ibid.*, pp. 242, 258. Véase también el artículo de Rudé «English Rural and Urban Disturbances on the Eve of the First Reform Bill, 1830-1831», en Kaye (ed.), *The Face of the Crowd*, pp. 167-182.

¹⁷ *Ibid.*, pp. 224-225.

¹⁸ G. Rudé, *Protest and Punishment* (Oxford, 1978) y *Criminal and Victim* (Oxford, 1985).

HISTORIA DE EUROPA

EUROPA: RESTAURACIÓN Y REVOLUCIÓN 1815-1848

JACQUES DROZ





Diseño interior y cubierta: RAG

Reservados todos los derechos. De acuerdo a lo dispuesto en el art. 270 del Código Penal, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes sin la preceptiva autorización reproduzcan, plagien, distribuyan o comuniquen públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, fijada en cualquier tipo de soporte.

Título original: *Europe between Revolutions, 1815-1848*

La edición en lengua española de esta obra ha sido autorizada por John Wiley & Sons Limited. La traducción es responsabilidad de Siglo XXI de España Editores, S. A.

© Publishers Wm. Collins Sons & Co Ltd., 1967

© Siglo XXI de España Editores, S. A., 1974, 2020
para lengua española

Sector Foresta, 1
28760 Tres Cantos
Madrid - España

Tel.: 918 061 996
Fax: 918 044 028

www.sigloxxieditores.com

ISBN: 978-84-323-1980-8
Depósito legal: M-1.387-2020

Impreso en España

ÍNDICE*

<i>Mapas</i>	7
<i>Introducción</i>	15
I. LA FILOSOFÍA DE LA RESTAURACIÓN.....	17
II. LA EVOLUCIÓN ECONÓMICA DE LOS GRANDES ESTADOS EUROPEOS	25
III. LA BURGUESÍA Y LA IDEOLOGÍA LIBERAL	43
IV. SOCIALISMO Y MOVIMIENTO OBRERO.....	63
V. LA EVOLUCIÓN POLÍTICA DE LOS GRANDES ESTADOS	93
La monarquía constitucional en Francia, 93 – La práctica del régimen parlamentario en Inglaterra, 118	
VI. EL MOVIMIENTO LIBERAL Y NACIONAL EN EUROPA CENTRAL	133
El <i>Vormärz</i> alemán, 134 – El <i>Risorgimento</i> italiano, 146 – Las luchas nacionales en la monarquía austriaca, 156	
VII. LA RUSIA ZARISTA	165
VIII. LA IGLESIA ANTE EL MUNDO MODERNO.....	173
IX. LAS RELACIONES INTERNACIONALES.....	195

* La paginación del presente índice general se corresponde a la edición completa del libro [N. del Ed.].

X. CONCLUSIÓN: LAS CAUSAS DE LAS REVOLUCIONES DE 1848	221
<i>Bibliografía</i>	231
<i>Apéndice bibliográfico</i>	239
<i>Índice onomástico</i>	247

INTRODUCCIÓN

El periodo que se extiende entre 1815 y 1848 aparece como una época conflictiva que opone a las antiguas clases dirigentes, ligadas a la sociedad del *Ancien Régime*, la ascensión de las nuevas fuerzas surgidas de la Revolución industrial y que se apoyan en el liberalismo para imponer su dominación.

Aparentemente, 1815 señala el triunfo de la reacción, que intenta imponer sus tendencias, sus tradiciones y sus fuerzas. Pero la Revolución francesa no trastocó en vano la estructura política y social de Francia, ni tampoco propagó en vano las nuevas ideas en los Estados más cerrados y aislados de Europa, gracias al empuje victorioso de los soldados de la Revolución y del Imperio. Los vencedores intentaron rehacer el mapa de Europa al amparo de una restauración; pero el Congreso de Viena no logró la estabilidad europea que los soberanos se prometían. Bajo el disfraz de la unidad de las concepciones políticas, el instrumento diplomático del que se esperaba la paz no logró suprimir las contradicciones de las ideologías. Una vez desaparecido el peligro, los intereses chocaron entre sí, y se desarrollaron las apetencias precursoras de sangrientos conflictos. No basta con detener las agujas que señalan el paso del tiempo y retroceder al momento de 1789; en realidad las nuevas ideas se infiltraron por doquier, las mentes se abrieron a nuevas concepciones, más universales. Las nacionalidades se afirmaron. Con las ideas de emancipación y de liberación sociales, el invasor francés difundió el concepto de nacionalismo.

En la lucha ideológica que libran sin cuartel los partidarios y adversarios del liberalismo, este va a acabar venciendo. Pero su victoria será la del egoísmo brutal. Dueño de la economía, dueño del poder, el burgués edifica su fortuna sobre la miseria de la mayoría; contribuye a la extensión de la depauperación. Ayudado por la Revolución industrial que se inició en 1785 y que se acelerará gracias a la aparición de los ferrocarriles, el desarrollo de la indus-

tria moderna y del capitalismo provoca la creación de un inmenso proletariado, a la par que, suscitado por la desesperanza material y moral que sufre esta clase, se afirma cada vez con más fuerza un movimiento doctrinal antiburgués, sobre todo después de 1840, en todos los países que se industrializan.

Este doble antagonismo es el contexto de la historia de Europa entre 1815 y 1848.

I. LA FILOSOFÍA DE LA RESTAURACIÓN

No cabe la menor duda de que la llegada de 1815 suscitó grandes esperanzas en las clases dirigentes europeas. Los diplomáticos congregados en Viena no solamente creían haber puesto punto final a la aventura revolucionaria e imperial, sino también intentaron restaurar, junto con el principio de la legitimidad, el respeto a los poderes establecidos así como el sentido de la jerarquía y de la autoridad. Los soberanos que vuelven a empuñar las riendas del Estado tras veinte años de pruebas pueden, en realidad, apoyarse sobre un movimiento general de reacción contra el individualismo, movimiento que invita a las elites a reconstruir la unidad de la *intelligentsia* y el gusto por la tradición contra los progresos del libre examen. Realmente, para ser más exactos, esta reacción contra las «luces» se había iniciado en el transcurso de las últimas décadas del siglo XVIII: en 1775, Claude de Saint-Martin, «el filósofo desconocido», publicó *De los errores y de la verdad*; en 1790, Edmund Burke escribió sus *Reflexiones sobre la Revolución en Francia*; en 1796, Joseph de Maistre publicó sus *Consideraciones sobre Francia*; y en 1799, Novalis presentó su meditación sobre *Europa o Cristiandad*, primera manifestación del romanticismo alemán. Pero solo en torno a 1815 comenzaron a rendir fruto estas obras.

El tradicionalismo surgió en Francia como resultado de una reflexión sobre la Revolución de 1789, considerada como una conspiración de la francmasonería y del iluminismo y de las experiencias de la emigración, que recondujo a la nobleza a la fe de sus padres. Joseph de Maistre, noble saboyano, y el vizconde de Bonald, gentilhombre de Rouergue, ambos emigrados, que se convirtieron, después de 1815, en teóricos del ultramontanismo, creían que la Revolución y, posteriormente, Napoleón fueron males enviados por la providencia para castigar el crimen de la incredulidad; se burlaron de las pretensiones racionalistas del siglo XVIII, a las que oponían las lecciones de la experiencia, y coincidieron en

mostrar la impotencia del hombre para crear un gobierno, en señalar la futilidad de las constituciones escritas y la superioridad del empirismo sobre el razonamiento lógico. El hombre, afirman ambos, no puede crear nada nuevo en el mundo político ni en el mundo físico: «Puede, sin duda, plantar un pepino, hacer crecer un árbol, perfeccionarlo mediante injertos y podarlo de cien modos distintos, pero jamás se ha podido imaginar que pueda crear un árbol; ¿cómo ha podido, entonces, imaginarse que tuviese poder para crear una constitución?», escribe Joseph de Maistre. Y de Bonald afirma: «El hombre no puede dotar de una constitución a la sociedad política, como tampoco puede dotar de gravedad a los cuerpos o de extensión a la materia». El primero de ellos insiste, en su libro *Sobre el papa*, en el origen teocrático de los príncipes legítimos, que detentan su poder por delegación del único y verdadero soberano, el papa infalible; el segundo acentúa el carácter absoluto de la Revelación divina, que excluye de la vida social la libre discusión e incluso la tolerancia.

En Suiza, Ludwig von Haller publica, a partir de 1816, su *Restauración de la Ciencia del Estado*: «Los reyes legítimos –anuncia– son restaurados en sus tronos, lo mismo que restauraremos en su puesto a la ciencia legítima, la que sirve al soberano señor, y de cuya verdad da fe el universo». Apoyándose en el Derecho natural, también él reacciona violentamente contra el racionalismo del siglo XVIII. Asimila el Estado a una familia; el territorio nacional, a un bien personal del soberano; la autoridad, a la propiedad; la ley, a la gracia del príncipe; el impuesto y el servicio militar, a una asistencia consentida; la política, a la ciencia del derecho privado. Desde el punto de vista de Haller, el soberano reina no en virtud de una delegación, sino de un derecho, que le confiere la fuerza; no administra la cosa pública, sino sus propios negocios. El único límite de su poder es el respeto que debe a los demás propietarios; por ello, existe frente a él una pirámide de libertades y privilegios, pero en ningún caso se puede hablar de un contrato entre el soberano y sus súbditos.

Las tesis de los románticos alemanes son equivalentes. Opuesta al universalismo de las instituciones francesas, la escuela histórica del Derecho reacciona igualmente contra la disposición de los hombres de la precedente generación que carecían de «sentido histórico». Por esta razón, su fundador, el jurista Savigny, la empen-

dió en su libro, *De la vocación de nuestro tiempo para la legislación y la Ciencia del Derecho*, contra la pretensión de su colega Thibaut de dotar a Alemania de un Derecho uniforme: en su opinión, el elemento creador del Derecho, como el de la lengua y las costumbres, es el espíritu del pueblo (*Volksgeist*); por tanto es absurdo querer remodelarlo en función de la fantasía arbitraria de los hombres. Desde 1815, Savigny y Eichhorn prosiguieron, en la *Revista de la Ciencia histórica del Derecho*, en nombre de la costumbre y de la tradición, sus ataques contra los partidarios del Derecho natural. Los románticos, al experimentar, por otra parte, la cada vez más profunda influencia del catolicismo –en muchos casos son conversos– aportan una justificación teológica a las ideas de legitimidad, de jerarquía y de obediencia. Las últimas obras de Adam Müller, el teórico del Estado «orgánico», están dirigidas contra el liberalismo político y la economía materialista; tras establecer que la tierra no puede ser objeto, como los bienes muebles, de provecho material o de intercambios comerciales, Müller trató de demostrar que el trabajo solo tiene valor en cuanto servicio a la comunidad, que el crédito es un acto de fe en el Estado, y que el impuesto es una deuda sagrada que se debe saldar con devoción. Aún mejor que él, Baader, adversario de la economía liberal, presiente la evolución de una sociedad en la que los capitales se acumularán en algunas manos, dejando al margen de ellas a un ejército de proletarios animados de pasiones revolucionarias. La noción de Estado inspira las últimas obras de Friedrich Schlegel. Estos románticos tienen el sentimiento de que, si los valores sobre los cuales ha vivido la antigua sociedad deben ser preservados, únicamente la Iglesia puede hacerlo, y para ello hay que concederle la mayor independencia posible. Por eso el grupo de católicos vieneses formado en torno al redentorista Hofbauer se afana en destruir las últimas secuelas de la legislación josefinista. En cuanto al círculo de la «Mesa Redonda», reunido en torno a Joseph von Görres, gracias al apoyo del rey de Baviera, Luis I, formado por profesores de la nueva universidad de Múnich, preparó en la revista *Eos* las armas que, veinte años después, deberían devolver su libertad a la Iglesia de Alemania.

Del mismo modo, en Francia, Lamennais piensa que las fuerzas conservadoras deberían apoyarse en el vigor del sentimiento religioso, en un catolicismo popular y ultramontano. Por ello, en su *Ensayo sobre la indiferencia en materias de religión* (1817), intentó

reagrupar a las inteligencias alejadas hasta entonces de toda religión revelada, en torno a una nueva apologética, basada en la certeza de que «no existe paz para la inteligencia más que cuando está segura de la posesión de la verdad». La admiración que profesa Lamennais por la Edad Media cristiana, en la que todos los occidentales estaban unidos por convicciones comunes, le lleva a la condenación radical del libre examen, defendido por Lutero y Descartes, y a la rehabilitación del principio de autoridad, del que depende el orden de las conciencias. «El mundo –escribe– es víctima de la multiplicidad de opiniones; cada cual solo quiere creer en él mismo, y solo se obedece a sí mismo. Restableced la autoridad y todo el orden renacerá de nuevo.» El problema de la certeza constituía, desde su punto de vista, el problema principal, por lo que acudirá a buscar su solución en el «sentido común», en el «consentimiento universal»; ahora bien, únicamente la religión católica es depositaria de esta unanimidad, al ser su universalidad garantía de veracidad. De este modo, siendo la Iglesia la única fuente de toda autoridad y de toda certeza, Lamennais deduce que es necesario que los Estados se sometan a ella, que lo temporal sea sometido de nuevo a lo espiritual. Los papas deben guiar y deponer a los príncipes vacilantes. Estas ideas teocráticas encontraron amplio eco en Francia y, fuera de Francia, en Bélgica y en Alemania. Mientras algunas personalidades alsacianas, como Liebermann y Raess, dan a conocer al público alemán, a través de la revista de Maguncia *Der Katholik*, los escritos de los teócratas franceses, el barón de Eckstein, muy vinculado a los románticos alemanes, propaga el pensamiento alemán en Francia a través de los periódicos ultramonárquicos y posteriormente en la revista *Le Catholique*, que él mismo publica en París entre 1826 y 1830. A los beneficiarios de la Restauración les parece necesario que el catolicismo despliegue sobre la vida de los pueblos, como sobre la de los individuos, su inmensa red de relaciones y de obligaciones, sin la cual la autoridad no podría revestirse de ese carácter absoluto, sacerdotal, que le garantiza la obediencia y el amor de los súbditos.

El protestantismo, minado por el espíritu del libre examen y contra el cual se han encarnizado los teócratas, no proporciona evidentemente las mismas garantías que el catolicismo romano. Pero el movimiento del «despertar» lo orienta, no obstante, hacia formas de pensamiento ortodoxas, incluso pietistas, que se adecuan a

las exigencias de un pensamiento conservador. Son conocidos los servicios que en este campo realizaron en Inglaterra las sectas metodistas. En los países germánicos se alcanzó un resultado notable gracias a las agrupaciones de piedad, a los hermanos de Moravia, que no dejaron de dirigir la lucha contra el espíritu de las luces, y que confundieron la Revolución francesa con la Bestia del Apocalipsis. En el Estado prusiano, los representantes más eminentes de la aristocracia se reagruparon, a partir de 1815, en torno a los hermanos Gerlach, en el *Maikäferei*, a un tiempo religioso y patriótico, primer embrión del partido conservador. Este mismo grupo será el que, inmediatamente después de las Revoluciones de 1830, publicará el *Berliner Politische Wochenblatt*, al frente del cual se encuentra un converso católico, el bávaro Jarcke, el mejor teórico del Estado cristiano: contra las fuerzas disolventes del libre pensamiento, se precisa absolutamente la conjunción de todos los creyentes.

Sin embargo, en Alemania será Hegel quien dará mayor impulso a la filosofía política. Su pensamiento, opuesto a los «creadores de constituciones» del período revolucionario, muestra que solo pueden existir libertades dentro del Estado, y que este último, fuente única de Derecho, se define exclusivamente por su soberanía, y por tanto no reconoce otra voluntad superior a la suya. Únicamente en el Estado, dice Hegel, puede el hombre acceder a la moralidad más alta. Efectivamente, el Estado educa al individuo, lo pliega a la disciplina colectiva que le libera de las contingencias de su naturaleza animal y de sus elucubraciones estériles: lejos de disminuirlo, le permite completar su personalidad, integrándose en un organismo moral superior que le hace progresar en el sentido de lo universal y de la «libertad concreta». El Estado es una comunidad permanente, unánime, que no procede de una Voluntad general formulada como consecuencia de un contrato que emana de los individuos, sino que preexiste a ellos y los sobrevive; es la realidad absoluta y primordial, y el individuo solo tiene «sustancia», libertad, en tanto que es miembro del Estado. La *Filosofía del Derecho*, de Hegel (1820), describe al Estado de tal forma que el monarca, que encarna lo universal, toma sus decisiones con el concurso de sus funcionarios, y la representación de los *Stände* únicamente tiene por función hacer comprender a los pueblos las decisiones tomadas a mayor nivel. ¿Constituye esto una apología del Estado prusiano de su tiempo? La dialéctica de Hegel, sin

duda, le prohíbe detenerse en la idea del «buen Estado», que para él solo puede ser considerado como una cadena de imperialismos sucesivos. Pero es difícilmente cuestionable que al usar la fórmula: «todo lo real es racional», Hegel prestara su apoyo a quienes justificaban su vinculación con los sistemas existentes; pese a su admiración inicial por la Revolución francesa, y a sus vínculos masónicos¹, que le habían puesto en relación con los elementos más progresistas de su época, adoptó, a medida que envejecía, una filosofía cada vez más conservadora. Y al mismo tiempo, desdeñador de la ley internacional, justificaba la «política de potencia»: el Estado que posee un nivel superior de organización y de cultura tiene el derecho de vigilar a las naciones «inferiores», porque la nación victoriosa ha dado, en virtud de su propia victoria, pruebas de su superioridad. Análogas consecuencias pueden extraerse de la obra de los grandes historiadores alemanes de esta época: de Niebuhr, cuya *Historia de Roma* magnifica las virtudes del campesino romano; y, sobre todo, de Ranke, el padre del «historicismo», que presenta la historia de los pueblos, «inmediatos con Dios», como una lucha entre las grandes individualidades políticas y subraya para cada Estado la necesidad de estar animado por una cierta voluntad de poder, garantía de su independencia: es la tesis de la primacía de la política exterior, que formulará en sus vastos estudios de historia diplomática, considerando que la vida internacional condiciona la organización política y las propias instituciones del Estado.

El hombre que encarnó, en opinión de sus contemporáneos, la política de la Restauración, fue el canciller austriaco Metternich, quien durante largos años imprimió su sello a la política europea. Realmente la formación de Metternich correspondía a la de un racionalista, no a la de un romántico; solo participó débilmente del entusiasmo de sus contemporáneos por las ideas de legitimidad y del derecho divino, y aún menos de las teorías ultramontanas, que escandalizaban ligeramente a su espíritu josefinista. Metternich era un hombre del siglo XVIII. La idea fundamental de su «sistema» es la del equilibrio, que tomó de su colaborador Friedrich von Gentz, el teórico de la lucha contra la Francia revolucionaria e imperial. Ante todo, según Metternich, existe un equilibrio en el interior de

¹ Sobre este aspecto, véanse los estudios de J. D'Honat, *Hegel en son temps* (1968).

los Estados, en donde el orden social debe ser defendido contra las fuerzas de destrucción. Existe, además, un equilibrio entre los Estados, ya que estos últimos no deberían quedar abandonados a su inspiración particular, sino sometidos a una comunidad supranacional. Y si es cierto que «solo el orden confiere el equilibrio», nada resultaría más peligroso para la existencia de esos Estados que el desarrollo de los movimientos liberales y nacionales. Metternich se opone, por consiguiente, a cualquier transformación del estatuto político. Comparando la Revolución alternativamente a una hidra dispuesta a tragárselo todo, a un incendio, a una inundación y luego al cólera, hostil a la soberanía popular, a un régimen constitucional que no es sino la aplicación del principio «quítate de ahí para que me ponga yo», considera que la salud de la sociedad descansa sobre la conservación de las monarquías y sobre el respeto a una jerarquía aristocrática, «clase intermedia entre el trono y las capas inferiores del cuerpo social». Precisamente es esta fe en el equilibrio nacional e internacional la que le hace particularmente sensible a los intereses generales de Europa y determina su creencia en la necesidad de un concierto europeo, como algo superior a los intereses de cada Estado. La razón exige, pues, que las monarquías se unan para preservar a la sociedad de una subversión total. Como, a fin de cuentas, son los gobiernos los responsables de las revoluciones, estos no deben retroceder ante ninguna clase de medida preventiva. No solo es necesario que los soberanos estén de acuerdo entre sí ni que se reúnan con frecuencia en congresos para aprobar conjuntamente las medidas que deban adoptar, sino también que puedan intervenir, en caso de necesidad, en los países vecinos para restablecer el orden amenazado; deben constituirse en tribunales supremos políticos para actuar de policías internacionales contra la revolución. De la Santa Alianza –texto que el zar Alejandro I en un momento de misticismo ofreció a la firma de los soberanos de Europa, por el cual les invitaba, en tanto que «miembros de una misma nación cristiana», a gobernar en un espíritu de fraternidad y de caridad– Metternich intentó hacer la unión de las policías gubernamentales contra todos los innovadores. Al imprimir a la alianza europea su carácter antirrevolucionario y antiliberal, tenía el sentimiento muy claro de estar sirviendo, sobre todo, a los intereses de Austria, la potencia más vulnerable a las revueltas populares; pero, a la vez, actuaba como hombre cons-

ciente de la solidaridad de los destinos de Europa, de una Europa «que ha adquirido para mí el valor de una patria», escribía en 1824.

¿Lograron las clases dirigentes alcanzar sus objetivos? Contaban con el cansancio de los espíritus, pero también con la sumisión de las masas rurales y con la estrechez de la vida urbana e industrial. Pero precisamente será frente a la evolución de la vida económica donde se estrellará el espíritu de la Restauración. A las fuerzas del orden van a oponerse las fuerzas del movimiento. El desarrollo de la industria, que avanza desde Inglaterra hacia el continente, va a romper los marcos de la sociedad del *Ancien Régime* y lograr que la burguesía se constituya en el principal elemento de la nueva vida política. Ahora bien, esta burguesía, a la que la Revolución francesa aseguró su emancipación, está estrechamente ligada al liberalismo, en el cual ve la garantía de su influencia en el Estado. Los apoyos de la Restauración se verán forzados a doblegarse, con mejor o peor voluntad, ante las fuerzas morales surgidas de la Revolución industrial.

HISTORIA DE EUROPA

LA EUROPA REMODELADA

1848-1878

J. A. S. GRENVILLE





Diseño interior y cubierta: RAG

Reservados todos los derechos. De acuerdo a lo dispuesto en el art. 270 del Código Penal, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes sin la preceptiva autorización reproduzcan, plagien, distribuyan o comuniquen públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, fijada en cualquier tipo de soporte.

Título original: *Europe Reshaped, 1848-1878*

La edición en lengua española de esta obra ha sido autorizada por John Wiley & Sons Limited. La traducción es responsabilidad de Siglo XXI de España Editores, S. A.

© Herederos de J. A. S. Grenville, 1976, 2000

© Siglo XXI de España Editores, S. A., 1979, 2018
para lengua española

Sector Foresta, 1
28760 Tres Cantos
Madrid - España

Tel.: 918 061 996
Fax: 918 044 028

www.sigloxxieditores.com

ISBN: 978-84-323-1927-3
Depósito legal: M-29.542-2018

Impreso en España

ÍNDICE*

<i>Mapas</i>	9
<i>Prefacio a la segunda edición</i>	17
<i>Prefacio a la primera edición</i>	19
I. INTRODUCCIÓN. EUROPA DE 1848 A 1878.....	21
PRIMERA PARTE LA EUROPA REVOLUCIONARIA: 1848	
II. FRANCIA Y EUROPA EN 1848	43
III. EL IMPERIO DE LOS HABSBURGO Y LA REVOLUCIÓN DE 1848	61
IV. LA UNIDAD ALEMANA Y EL PARLAMENTO DE FRÁNCFORT	79
V. PRUSIA Y LA CAUSA CONSTITUCIONAL EN ALEMANIA EN 1848	91
VI. GRAN BRETAÑA Y RUSIA EN 1848 Y LA DIPLOMACIA DE LAS POTENCIAS	103

* La paginación del presente índice general se corresponde a la edición completa del libro [N. del Ed.].

SEGUNDA PARTE LA EUROPA AUTORITARIA

VII. LAS CONSECUENCIAS DE LA REVOLUCIÓN: FRANCIA (1848-1851)	125
VIII. LAS CONSECUENCIAS DE LA REVOLUCIÓN: AUSTRIA, PRUSIA Y ALEMANIA»	143
IX. LA DÉCADA DE 1850: LA DÉCADA AUTORITARIA EN AUSTRIA Y PRUSIA	173
X. NAPOLEÓN III Y LA DÉCADA AUTORITARIA DEL SEGUNDO IMPERIO	195
XI. GRAN BRETAÑA: UNA REFORMA CAUTELOSA EN LA DÉCADA AUTORITARIA.....	211
XII. LA CUESTIÓN ORIENTAL LLEVA A LA GUERRA	227
XIII. EL IMPACTO DE LA GUERRA DE CRIMEA EN EUROPA	245

TERCERA PARTE LA TRANSFORMACION DE LA EUROPA AUTORITARIA

XIV. LA UNIFICACIÓN DE ITALIA	273
XV. RUSIA Y LAS REFORMAS DE ALEJANDRO II	305
XVI. LA LUCHA POR LA SUPREMACÍA EN LA CONFEDERACIÓN GERMÁNICA.....	317
XVII. LA UNIFICACIÓN DE ALEMANIA (1866-1871)	347
XVIII. EL PASO DEL IMPERIO AUTORITARIO AL IMPERIO LIBERAL EN FRANCIA (1860-1870).....	377
XIX. LA «PAX BRITANNICA» INTERIOR Y EXTERIOR.....	389

XX. LA GUERRA FRANCO-PRUSIANA	405
XXI. LA NUEVA CONSTELACIÓN DE PODER EN EUROPA (1871-1878)	423
<i>Bibliografía complementaria</i>	457
<i>Índice onomástico</i>	471

PREFACIO A LA SEGUNDA EDICIÓN

La primera edición de *La Europa remodelada, 1848-1878* lleva muchos años utilizándose y ha sido objeto de varias reimpressiones. La disposición de la nueva editorial, Blackwell, a reajustar el texto ha permitido revisarlo. Mi primera consideración fue si hoy habría escogido la misma estructura. Por razones de claridad, y para reflejar la Europa sobre la que escribía, la decisión de organizar el libro en torno a las divisiones nacionales era y sigue siendo, creo, el mejor sistema.

¿Debería, en segundo lugar, ampliar el análisis histórico, incluyendo aspectos de historia social tales como el ocio o la cultura? *La Europa remodelada* no puede jactarse de ser una «historia total». Dicho enfoque es de gran valor, pero en un estudio relativamente breve, abarcar muchos más aspectos del cambio histórico no permitiría suficiente detalle, y llevaría, por consiguiente, a plantear meras generalizaciones de los importantes acontecimientos aquí estudiados.

La decisión de concentrarme en las «grandes potencias» y de abordar los países más pequeños principalmente en relación con ellas se explica en el prefacio a la primera edición. En esta edición he intentado abordar al menos brevemente las naciones más pequeñas desde una perspectiva distinta a la de meros peones disputados por sus vecinos más grandes. La bibliografía añade ahora referencias a buenas historias nacionales de los países tratados menos ampliamente en este libro.

Había dos aspectos que exigían una revisión sustancial. En la Gran Bretaña de 1970, al hablar de Europa se hacía referencia a la Europa continental del otro lado del canal. Hoy ya no es así. En los últimos años de la época victoriana, contemporáneos como Gladstone creían que Gran Bretaña era el modelo, con su gobierno parlamentario soberano, su libre comercio y sus libertades, y que, a medida que los continentales avanzasen en la senda de la civiliza-

ción, otras naciones seguirían su ejemplo, algunas antes, otras después. ¿Qué frenó y revirtió dicho avance en el continente europeo? ¿En qué medida era ya evidente la divergencia entre Gran Bretaña y la Europa continental durante el tercer cuarto del siglo? Este aspecto de la historia moderna de Europa apenas se toca en la primera edición. En dicha edición, Gran Bretaña aparecía solo cuando afectaba brevemente a la remodelación de la Europa continental y por lo general en una función secundaria, excepto en el caso de Crimea. En esta edición he añadido dos capítulos: el XI, «Gran Bretaña: una reforma cautelosa en la década autoritaria», y el XIX, «La “Pax Britannica” interior y exterior». Muestran que a largo plazo las diferencias crecientes entre la evolución continental y británica fueron más significativas que las aparentes similitudes.

En esta nueva edición es necesario señalar otro cambio. En la «Introducción» de la primera edición intentaba dar una visión de conjunto. Solo se hacía una referencia breve a la importancia de influencias subyacentes tan fundamentales como el crecimiento de la población. En esta edición se analiza con mayor profundidad el impacto de la Revolución industrial y de las tendencias demográficas, que fueron fundamentales para los cambios que se estaban produciendo. La breve introducción original se ha convertido en el capítulo I, «Europa de 1848-1878».

Por último, a la luz de los estudios más recientes, he revisado algunos de mis puntos de vista. En mi propio trabajo como historiador he escrito libros basados principalmente en investigación de archivo de la que otros historiadores han podido aprovechar para redactar útiles síntesis generales. En *La Europa remodelada* ha ocurrido lo contrario, y estoy en deuda con los muchos trabajos excelentemente investigados de mis colegas. La bibliografía proporciona un indicativo de esa deuda. Podría ampliarse para incluir libros que no he leído en su totalidad ni en parte. Agradezco también al personal de edición de Blackwell el cuidado puesto en la producción de esta nueva edición, en concreto a Pauline Roberts que se tomó tanto interés y trabajo en mecanografiar las sustanciales adiciones y alteraciones.

J. A. S. G.
Instituto de Estudios Alemanes,
Universidad de Birmingham, marzo de 1999

PREFACIO A LA PRIMERA EDICIÓN

Al escribir este volumen no encontré dificultades en aceptar el propósito general declarado de la Fontana History of Europe. Hay necesidad y espacio para una historia narrativa de lo que se solía llamar una «historia política». Aunque hoy la historia social y económica ocupan un espacio más importante que cuando se concibió esta serie, me pareció que bastaba con resaltar algunos aspectos. He intentado clarificar, basándome en la mayor cantidad posible de investigaciones recientes que he podido dominar, los grandes cambios políticos e internacionales de los años comprendidos entre 1848 y 1878. Una revalorización así se ha hecho especialmente necesaria en los últimos veinte años debido a la elevada calidad de los numerosos trabajos de erudición publicados. Toda historia general está inevitablemente en deuda con las pacientes investigaciones de muchos historiadores y al examinar explicaciones a veces controvertidas, he intentado seguir un camino razonable y claro. Objetivo importante de un volumen de este tipo es presentar una síntesis.

Una crítica que tiene cierto fundamento es la de que los historiadores que pretenden ofrecer una historia «europea» generalmente terminan por escribir la historia de las «grandes potencias» europeas. Lo que se puede decir en su favor es que la gran mayoría de los pueblos europeos en el tercer cuarto del siglo XIX eran súbditos de una u otra de las grandes potencias. Además, al analizar las fuerzas del cambio, los pequeños Estados pueden ser estudiados en sus relaciones con las grandes potencias. Esto no quiere decir que se deba estudiar la historia de Francia con preferencia a la de Suiza o a la de España.

Mi elección de temas no estuvo dictada, pues, por el chauvinismo de las «grandes potencias», sino más bien por la consideración práctica de que era preferible tratar en profundidad algunos de los principales problemas en lugar de hacer un relato de tipo enciclopédico de todas las regiones de Europa. También me parece poco

deseable, al considerar este periodo del siglo XIX, intentar meter por la fuerza todos los problemas dentro de un molde «europeo». La fuerza divisoria del nacionalismo dominó la historia de esos años y es necesario estudiar los conflictos sociales en relación con el lugar o región donde se produjeron. Por otra parte, en aquellos lugares donde un movimiento como las «revoluciones de 1848» se pueden considerar tanto desde un punto de vista europeo como local, he intentado hacerlo así.

Quiero expresar mi agradecimiento a los bibliotecarios de la London Library, del British Museum y de la biblioteca de la Birmingham University, a los numerosos estudiantes que durante los últimos veinte años, en clases prácticas y en ensayos, han planteado cuestiones importantes, y a mis colegas que han discutido conmigo aspectos de la historia europea. Richard Ollard no solo fue perspicaz en sus comentarios editoriales, sino que me alentó infatigablemente cuando circunstancias personales dificultaron la terminación de este libro. Junto con los demás autores de esta serie, estoy en deuda con el profesor J. H. Plumb, que leyó el manuscrito. Miss Claire Lakin pasó a máquina el difícil manuscrito a la vez que se ocupaba de muchas otras tareas. Me alegra tener esta oportunidad de expresar mi gratitud por su ayuda. Miss Gillian Briggs tuvo que volver a pasar a máquina el texto mecanografiado con sus numerosísimas correcciones y lo hizo de buen grado, a pesar de que el aspecto de este era con frecuencia horrible.

Finalmente, quiero dedicar este libro a Patricia, mi mujer, que consiguió que el libro fuera terminado serena y felizmente.

J. A. S. G.
Birmingham, julio de 1975

I. INTRODUCCIÓN. EUROPA DE 1848 A 1878

Durante treinta años los monarcas y estadistas de Viena se esforzaron por dar paz y estabilidad a Europa. Aunque los tratados de 1815 sufrieron modificaciones de detalle, soportaron la prueba del tiempo extraordinariamente bien. El problema de adaptar las respectivas políticas internas a las necesidades de una sociedad cambiante se mostró mucho más difícil. El cambio social más lento se produjo en Rusia, donde la represión provocaba escasas protestas. En completo contraste, el cambio más rápido se produjo en Gran Bretaña, pero las políticas reformistas de largo alcance de los *whigs* y de los *tories* durante las décadas de 1830 y 1840 contuvieron las tensiones sociales y evitaron los estallidos de violencia. En el resto del continente europeo, durante el año de 1848, se produjo una ruptura masiva de la coherencia social y del gobierno. El cataclismo pareció mucho mayor debido a que hasta entonces no se había producido nada de tan vasto alcance y tan repentino. Las fuerzas de la autoridad fueron eclipsadas, pero cuando hubo pasado la ola de violencia se pudo comprobar que permanecían en gran medida intactas. Por ello resulta más difícil al historiador explicar por qué fueron eclipsadas que explicar su éxito final.

Las tres décadas que siguieron a 1848 fueron un periodo de reforma, de reforma autoritaria desde arriba. En todos los países, salvo en Rusia, el periodo concluye con la transformación de los gobiernos más o menos autocráticos en constitucionales. Antes de 1848, las asambleas parlamentarias dignas de este nombre constituían más bien la excepción que la regla. Francia y Gran Bretaña eran los principales Estados constitucionales de Europa. A partir de 1878, la participación de los parlamentos elegidos fue prácticamente reconocida en todas partes, excepto Rusia, como un elemento indispensable de buen gobierno. En Viena, Berlín, Budapest, Roma, París y Londres, las asambleas parlamentarias consiguieron un poder cada vez mayor; algunos parlamentarios eran elegidos ya

sobre la base del sufragio universal masculino. Su progresión era imparable, aunque fue necesaria una derrota en la guerra y una revolución para que Rusia se rindiera ante lo inevitable en 1905-1906. Este aumento de la influencia democrática no reflejaba necesariamente, sin embargo, las intenciones de los gobernantes y de sus ministros en el continente, ni siquiera en Gran Bretaña. El ejercicio de la «democracia» por parte de Bismarck, por ejemplo, era de un oportunismo cínico. No deberían ocultarse, por lo tanto, las importantes diferencias, en especial la divergencia entre Gran Bretaña y Francia, que avanzaban hacia la democracia, y las otras grandes potencias de Europa. No obstante, el liberalismo hizo grandes progresos.

El «liberalismo» de mediados del siglo XIX no debe confundirse con nuestra definición actual. Los liberales del siglo XIX buscaban un justo equilibrio. Querían evitar la tiranía de las masas, que consideraban tan destructiva como la tiranía de los monarcas. Todavía no se había inventado la frase «dictadura del proletariado», pero los liberales de mediados del siglo XIX comprendían sus peligros. Los liberales derrotaron el programa cartista de «un hombre, un voto» en Gran Bretaña. En Prusia eran los conservadores como Bismarck y en Francia Napoleón III quienes deseaban limitar el poder de los liberales ofreciendo el sufragio masculino a las masas. Los liberales luchaban por un parlamento eficaz que reflejara los intereses de todo el pueblo, pero nadie esperaba que los pobres y los incultos comprendieran cuáles eran sus propios intereses; estarían representados por los miembros ilustrados, más cultos y prósperos, de la sociedad. Con respecto a la cuestión del sufragio, las ideas del liberalismo cambiaron durante el curso del siglo XIX pero, en un aspecto, los principios del liberalismo abogaban por libertades que todavía se defienden en el siglo XXI. Son estas las libertades básicas del individuo, rico o pobre, desde el monarca hasta el más humilde ciudadano. Ahora están consagradas como aspiraciones en las convenciones de las Naciones Unidas y del Consejo de Europa sobre protección de los derechos humanos, aunque en muchas partes del mundo se las respeta probablemente hoy menos que hace cien años. Así, cuando el Parlamento de Fráncfort de 1848 discutía los derechos básicos en el *Paulsikirche* se estaba haciendo algo que tenía un profundo significado. Los parlamentarios vieron la importancia de volver a formular los derechos del hom-

bre y establecer constitucionalmente un código de normas a fin de que los abusos pudieran ser contrastados con él y condenados.

Con frecuencia se culpa a los liberales de abandonar a sus aliados de la «clase obrera» en 1848 una vez que ellos, los liberales, hubieron conseguido sus propósitos, o, por el contrario, de no haberles inducido a completar la revolución contra el gobierno autoritario. De hecho, la colaboración en las jornadas de marzo de 1848 fue fortuita y no planeada. En las barricadas de Viena y de Berlín y en el campo, la desesperación de los pobres, sus insatisfacciones y sus quejas específicas, como las obligaciones señoriales o el comportamiento opresivo de las tropas del rey, se combinaron con las demandas liberales de libertad civil y de participación en el gobierno para producir un movimiento impetuoso y, según las apariencias exteriores, homogéneo que dirigió sus fuerzas contra los gobernantes, exigiendo cambios radicales. Pero en Francia la revolución de 1789 había dado a los campesinos la propiedad de sus tierras. Esto les hizo profundamente conservadores y votaron contra los militantes en París.

Los pobres y desheredados de Europa no estaban en su conjunto politizados. Los campesinos de los Estados alemanes serían liberados de la dependencia y las obligaciones señoriales por los ministros conservadores ilustrados del rey. Por el contrario, los liberales tenían sus dudas ante esta violación de los derechos de propiedad, aunque los propietarios fueran los *Junkers*. Los liberales no dudaron en emplear las tropas para reprimir las revueltas campesinas de la primavera de 1848. Pero de todos modos los campesinos dejaron pronto de ser una fuerza revolucionaria. En Francia, no lo fueron nunca. En las ciudades los oficiales, los pequeños maestros y los artesanos veían amenazado su modo de vida por el crecimiento de la industria. Se volvían hacia los conservadores en busca de protección y esperaban poco de los liberales. Habían sido los elementos más revolucionarios en las ciudades porque habían sufrido más que nadie la expansión industrial. Pero cuando se unieron a las organizaciones obreras en 1848, su preocupación era el bienestar y la protección de su modo de vida más que las cuestiones del poder político. Las medidas de recuperación económica puestas en vigor por los ministros liberales en 1848 no les beneficiaban directamente, sino que parecían contrarias a sus intereses, porque fortalecían a los bancos y a la industria. Los obreros mejor pagados eran gene-

ralmente los empleados en las nuevas industrias. Con unas cuantas notables excepciones, tales como los de las fábricas de Berlín, eran los menos revolucionarios.

Marx y Engels creían en 1848 que el «proletariado», como clase cuya cohesión dependía de la conciencia de estar siendo explotado por la burguesía, solo estaba comenzando a emerger. Los pobres estaban divididos, en la ciudad y el campo, en muchos grupos de intereses diferentes. Marx y la Liga Comunista solo podían contar con unos miles, o posiblemente unos cientos, de partidarios. La organización *política* de los «obreros» era una tarea para el futuro. Los conservadores más lúcidos intentaban arrebatarse tanto a los liberales como a los comunistas el apoyo de los pobres mejorando su situación económica. Los choques de intereses de 1848 y 1849 no se pueden reducir a una simple fórmula de conflicto entre tres clases, proletariado, burguesía y príncipes, movidas todas ellas por sus intereses económicos. El curso de la revolución fue mucho más confuso. Pero en aquellos tiempos los propietarios creían que existía una peligrosa y amplia conspiración comunista para desposeerlos de sus propiedades. Contra ese fantasma, actuaron en ocasiones con feroz violencia, como en París en junio de 1848, en lo que ellos creían que era la defensa de sus propiedades. A pesar de toda su cháchara sobre la soberanía del pueblo, los liberales desconfiaban de este. Con los líderes que abogaban por la revolución social y recurrían a la violencia, no estaban dispuestos a transigir; pero al final, carentes de un adecuado apoyo popular, los liberales se movían en el vacío y tuvieron que transigir con la Corona. De todos modos su posición, a partir de 1848, mejoró mucho más de lo que podían esperar dada su debilidad. De hecho vivieron para luchar una vez más, no ya en las calles y en las barricadas, sino en las asambleas parlamentarias. Las revoluciones de 1848 convencieron a los gobernantes de que los liberales representaban una fuerza dinámica en el Estado que no podía ser ignorada y debía ser canalizada dentro de los seguros cauces de las formas constitucionales de gobierno.

Del mismo modo que la reforma se realizaba desde arriba, y no como consecuencia directa de la revolución, la transformación del «nacionalismo» en un eficaz instrumento de guerra y diplomacia fue obra de las autoridades, más que resultado de las pasiones populares. Poetas, historiadores, filólogos y un brillante equipo de filósofos políticos, promovieron el nacionalismo y despertaron el

entusiasmo por él. Si hay un periodo de la historia de Europa que se puede describir como la época en que el nacionalismo empezó a triunfar fue el de las décadas de mediados del siglo XIX descritas en este volumen. Al unificarse Italia y Alemania se produjo una transformación en Europa. Simultáneamente, la conciencia nacional agudizó los conflictos internos en Austria y condujo a la capitulación de los Habsburgo ante las demandas de los magiares. En los imperios otomano y ruso también se produjeron levantamientos nacionales contra las autoridades. Pero no debemos simplificar demasiado. En general, la pasión del fervor nacional no fue más que uno de los elementos de una compleja evolución. Sirvió a los intereses de aquellos que supieron utilizar esta arma para exagerar su importancia. Los libros patrióticos de historia atribuyen a las masas en el tercer cuarto del siglo XIX un grado de histeria nacional que la investigación histórica más reciente no confirma, ya sea al considerar la historia de la unificación alemana o italiana o incluso la insurrección de los polacos de 1863. Cuando el nacionalismo se convirtió en una fuerza ascendente no condujo, como profetizaba el idealista Mazzini, a la hermandad entre los hombres, sino que provocó la destrucción sin paralelo de las dos guerras mundiales en el siglo XX. ¿De qué modo tan diferente utilizó Bismarck el fervor nacional! Creía que podía abrirlo o cerrarlo a voluntad, como el agua de un grifo. Durante sus tres guerras de limitada duración, el nacionalismo no fue para él sino un útil aliado. Luego, a partir de 1871, Bismarck intentó frenarlo de nuevo porque estaba en la naturaleza del nacionalismo europeo, como descubriría más tarde el presidente Wilson, que las naciones superiores se impusieran por la fuerza y aplastaran y se repartieran a las inferiores. El triunfo del nacionalismo húngaro en 1848 significó la ruina del nacionalismo eslovaco; el triunfo del nacionalismo alemán de 1870-1871, la supresión del nacionalismo polaco, etcétera.

El término «transitorio» es un concepto histórico excesivamente utilizado, pero es apropiado para referirse al desarrollo industrial de la Europa continental durante los años que abarca este volumen. Los efectos plenos de los inventos tecnológicos y de la expansión industrial no se dejaron sentir, salvo en Gran Bretaña, hasta después de 1878. La Europa continental continuaba siendo abrumadoramente agrícola y la mayor parte de la gente vivía en el campo. Durante el periodo que abarca este volumen los caprichos

atmosféricos continuaban siendo la principal influencia sobre el nivel de vida. Sin embargo, la tendencia de los futuros acontecimientos era muy clara: la extensión del sistema fabril, el movimiento gradual del campo a las ciudades, el aumento del nivel de vida, aunque interrumpido por depresiones cíclicas. Los nuevos procesos trajeron aparejadas graves tensiones sociales a medida que los antiguos oficios se tornaban superfluos y la sociedad industrial empezaba a utilizar en mayor proporción el trabajo de los obreros no especializados que el de los especializados. Pero el progreso fue desigual en Europa, generalmente más lento en el este y en el sur y más rápido en el oeste.

Gran Bretaña lideró Europa y puso en marcha la primera Revolución industrial. Los inventos técnicos y la aplicación de la energía de vapor desde finales del siglo XVIII habían creado en Inglaterra la mayor industria algodonera del mundo a mediados del siglo. El algodón era también el mayor sector industrial en Gran Bretaña. A mediados de siglo, la fase innovadora de la Revolución industrial había terminado; los años comprendidos entre las décadas de 1850 y 1870 fueron de crecimiento constante. En relación con los demás países europeos, Gran Bretaña se había convertido en la economía más fuerte del mundo, y sus exportaciones se expandían rápidamente, con un valor predominante de los textiles, el carbón y el hierro. El algodón seguía siendo el rey. Gran Bretaña continuaba basándose en las industrias establecidas al comienzo de la Revolución industrial. Un rasgo distintivo de la economía británica que comenzó a percibirse durante el tercer cuarto del siglo XIX fue la importancia de los ingresos derivados de la inversión extranjera, y la contribución de la marina, las finanzas y los seguros. Los comerciantes británicos eran con creces los mayores del mundo, hasta el punto de que la cuarta parte del comercio mundial era británica. Gran Bretaña era ya a mediados de siglo una nación comercial e industrializada que exportaba productos manufacturados e importaba alimentos y materias primas. Una de las consecuencias fue la migración masiva del campo a las ciudades. A mayor industrialización, mayor migración interna en toda Europa. Este cambio había sido más rápido en Inglaterra y en Gales, donde en 1871 solo un tercio de la población seguía viviendo en el campo.

Londres, cuya población se había duplicado con creces desde comienzos de siglo, alcanzó a mediados los 2,7 millones de habi-

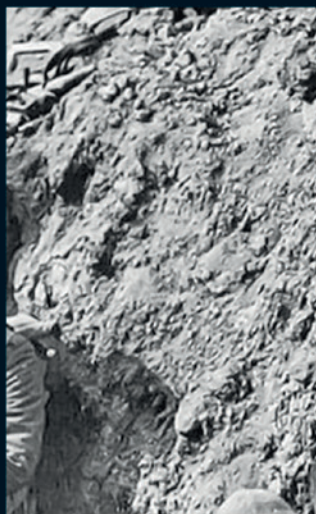
tantes. En la década de 1880, llegó a los 5 millones. Ninguna otra ciudad europea pudo igualar ese crecimiento explosivo en el siglo XIX. París, la segunda ciudad más populosa de Europa, tenía poco más de 1 millón de habitantes en 1850 y 2,3 en la década de 1880. Berlín no alcanzaba en 1850 el medio millón de residentes, como tampoco Viena y San Petersburgo. Más asombrosa aún es la medida de la urbanización británica; a mediados de siglo, además de los millones de Londres, tres ciudades –Glasgow, Liverpool y Mánchester– superaban los 300.000 habitantes; Birmingham tenía 233.000 y Bradford, Bristol y Sheffield crecían también con rapidez. El impacto que la gran masa de trabajadores fabriles y empleados de todo tipo tenía sobre la estructura social y la política no les pasó inadvertido a los reformadores y a los gobiernos *whigs* y conservadores en la Gran Bretaña victoriana, y tampoco a Karl Marx, quien por aquel entonces trabajaba en *Das Kapital* en la biblioteca del Museo Británico. En 1851, la mayoría de la población, 1.750.000 personas, seguía trabajando en la agricultura; el servicio doméstico, que empleaba abrumadoramente a mujeres, era el segundo sector, con más de 1 millón de trabajadores, y la industria algodonera empleaba a 500.000 personas. En 1871, el servicio doméstico había superado a la agricultura en número de empleos, 1,7 millones frente a 1,4. En las tres décadas transcurridas entre 1851 y 1881, la población de Gran Bretaña había aumentado de 27,4 a casi 39 millones de habitantes. La industrialización posibilitó dicho crecimiento sin que las profecías catastrofistas del reverendo Malthus se hiciesen realidad. Podían importar productos agrícolas para cubrir el déficit de producción británico y pagarlos con los ingresos obtenidos mediante las exportaciones y el comercio. Aun así, un «exceso» de población de más de 8 millones de personas emigró al extranjero entre 1850 y 1890.

HISTORIA DE EUROPA

LA EUROPA TRANSFORMADA

1878-1919

NORMAN STONE



SIGLO
XX
ESPAÑA



Diseño interior y cubierta: RAG

Reservados todos los derechos. De acuerdo a lo dispuesto en el art. 270 del Código Penal, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes sin la preceptiva autorización reproduzcan, plagien, distribuyan o comuniquen públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, fijada en cualquier tipo de soporte.

Título original: *Europe transformed, 1878-1919*

La edición en lengua española de esta obra ha sido autorizada por John Wiley & Sons Limited. La traducción es responsabilidad de Siglo XXI de España Editores, S. A.

© Norman Stone, 1983, 1999

© Siglo XXI de España Editores, S. A., 1985, 2019
para lengua española

Sector Foresta, 1
28760 Tres Cantos
Madrid - España

Tel.: 918 061 996
Fax: 918 044 028

www.sigloxxieditores.com

ISBN: 978-84-323-1945-7
Depósito legal: M-23.941-2019

Impreso en España

ÍNDICE*

<i>Prefacio a la segunda edición</i>	7
<i>Prefacio a la primera edición</i>	9
I. EL FIN DEL «ORDEN MORAL».....	15
Las metrópolis, 15 – La revolución liberal, 17 – La «Gran Depresión», 22 – El «transformismo»: la política de la década de 1880, 45	
II. EXTRAÑA MUERTE, 1890-1914	79
El nuevo rumbo, 79 – «National efficiency» y «Sammlungspolitik», 1896-1904, 101 – 1905: el fantasma de 1848, 113 – La «tecnocracia»: 1906-1910, 135 – El fantasma del bonapartismo: el «réveil national», 1910-1914, 150	
III. LAS GRANDES POTENCIAS EUROPEAS	161
Relaciones internacionales, 1897-1914, 161 – Alemania, 166 – Rusia, 204 – Italia, 261 – Francia, 278 – Austria-Hungría, 310	
IV. GUERRA Y REVOLUCIÓN, 1914-1918	335
Un «regalo de Marte», 335 – La guerra, 1914-1918, 348 – ¿Una «aurora roja»? , 374	

* La paginación del presente índice general se corresponde a la edición completa del libro [N. del Ed.].

V. UNA NUEVA ESTRUCTURA: LA REVOLUCIÓN CULTURAL DE 1900	397
<i>Bibliografía</i>	419
<i>Índice onomástico</i>	441

PREFACIO A LA SEGUNDA EDICIÓN

En esta nueva edición he corregido algunos errores fácticos que he descubierto o me han ido señalando en el original y he rectificado sustancialmente lo que quería decir sobre la cuestión de los eslavos del sur. También he ampliado significativamente la bibliografía, aunque me limito a citar casi exclusivamente libros. Creo que mi hipótesis de que la historia política de los países europeos avanzaba en paralelo sigue siendo válida, y aunque la literatura publicada desde la primera edición de este libro, en 1983, ha ampliado enormemente nuestros conocimientos, no creo que mi versión original contenga errores importantes más allá de algunas omisiones.

De haber escrito el libro hoy hubiera hecho énfasis en otros puntos. Creo que fui muy crítico con el liberalismo y probablemente demasiado pesimista en relación con la agricultura rusa de los primeros años de este siglo. En la actualidad hubiera dado mucha mayor importancia al Imperio otomano y a los Balcanes. Pero escribí este ensayo a finales de la década de 1970 y principios de la de 1980, cuando Europa del Este y el comunismo acaparaban toda nuestra atención (y eran el núcleo de mi docencia en Cambridge, que este libro evidentemente refleja). Sin embargo, la perspectiva de finales de la década de 1990 es muy distinta. Mientras escribía, el socialismo del periodo de posguerra claudicaba ante el auge del liberalismo, de manera que hemos vuelto a repensar algunos de los temas que cobraron gran fuerza en el periodo que cubre el libro. El poeta polaco Czesław Miłosz dijo, en referencia a aquella era eduardiana, que la Europa de los tenderos y las modistillas creó el veneno que la mató, es decir, el comunismo; al final han ganado los tenderos y las modistillas.

Universidad de Bilkent, Ankara
Noviembre de 1998

PREFACIO A LA PRIMERA EDICIÓN

«Las luces se van apagando en toda Europa; no las veremos encendidas de nuevo en lo que nos queda de vida.» Este comentario, uno de los más famosos de la historia europea, fue hecho por el ministro británico de Asuntos Exteriores, Sir Edward Grey, mientras veía apagarse gradualmente las luces de Whitehall al anochecer, cuando, en 1914, Gran Bretaña y Alemania entraron en guerra. A la sazón, la opinión de Grey sobre lo que estaba sucediendo no era compartida por demasiada gente, que pensaba que se trataba de una guerra «en pro de la civilización»; en toda Europa, los hombres se abalanzaban a los cuarteles, y las ciudades estallaban de euforia patriótica. Solo después de cuatro años de mortandad, después del triunfo del bolchevismo en Rusia, después del surgimiento del fascismo, después de la desintegración de la economía europea en la Gran Depresión, percibió el pueblo lo que Grey había querido decir. El mundo de la preguerra se vio investido de un resplandor dorado: «La ciudadela del orgullo», como denominó Barbara Tuchman su libro sobre dicha época.

Los cuarenta años anteriores a 1914 habían sido un periodo de extraordinaria paz y prosperidad. Hacia 1914, la mayor parte de la población, a pesar de que esta había aumentado de manera muy considerable, se encontraba alimentada, alojada y, en general, atendida mucho mejor que antes. La educación había progresado, hasta el punto de haberse conseguido en la mayoría de los países una alfabetización prácticamente universal: de hecho, incluso pudiera darse el caso de que en 1914 existieran menos analfabetos en Inglaterra que los que actualmente existen. El pueblo leía la Biblia y los clásicos nacionales, se expresaba con vigor; el nivel de los debates parlamentarios era tan alto que en Berlín, en la década de 1890, había incluso un mercado negro de entradas para las galerías públicas del *Reichstag*. Fuera de los Balcanes, en Europa no hubo ninguna guerra después de 1871; y la civilización europea se exten-

dió por todo el globo. Este mundo tuvo un fin dramático en 1914, cuando se apagaron las luces.

En 1934, George Dangerfield escribió un libro clásico, *The strange death of liberal England*. En él, su autor argumentaba que el liberalismo británico, si bien tenía muchas cualidades admirables, se encontraba amenazado de muerte por diversas fuerzas y en especial por el socialismo: sus días estaban contados, hubiera estallado o no la guerra. Esta tesis no ha sido muy popular entre los historiadores británicos. Uno de los objetivos de mi libro es demostrar que lo que Dangerfield dijo de Gran Bretaña puede ser aplicado, sin apenas modificaciones, a los países del continente. Con anterioridad a la Primera Guerra Mundial, el sistema parlamentario de gobierno se encontraba en crisis en casi todas partes. Se había venido abajo en Austria; funcionaba mínimamente en Rusia y Hungría; en la Tercera República Francesa, después de 1910, se producían cambios vertiginosos de gobierno; Alemania e Italia presentaban a los precursores del fascismo.

La época que va de 1878 a 1914 es una época muy complicada. En casi todas partes se había establecido el sistema parlamentario, de manera que el escenario político se había tornado complejo: elecciones sin fin, partidos, maniobras políticas. Los cambios económicos y sociales fueron grandes y rápidos; las poblaciones se duplicaron y triplicaron; se produjeron profundas alteraciones en la familia, en la educación y en las actitudes hacia la religión. Con seis grandes potencias europeas dictando libremente su ley en el mundo, los asuntos internacionales se hicieron extremadamente complejos; y la guerra en la que todo esto acabó fue tan vasta que la historia oficial francesa de la misma comprende, justificadamente, más de cincuenta grandes volúmenes, a la vez que las publicaciones de las grandes potencias relacionadas con sus negociaciones diplomáticas anteriores a la guerra sobrepasan el millar.

Sin embargo, aunque el periodo sea tan complicado, el panorama político de los países europeos puede simplificarse con bastante facilidad. Muy a menudo, las maniobras políticas que captaban la atención de las audiencias nacionales estaban teniendo su paralelo en otros países. Los años de confusión política en Londres, después de 1911, constituyen un ejemplo obvio al respecto. De igual modo, alrededor del año 1905 hubo prácticamente en todas partes sublevaciones que me permiten describir estos hechos como

«el fantasma de 1848». Durante la década de 1890, hubo, en la mayoría de los países, gobiernos confusamente inclinados a la izquierda en los primeros años de la misma y gobiernos directamente imperialistas en los años finales.

En la década de 1880, la trayectoria política de la mayoría de los países es extremadamente difícil de seguir. Estaban apareciendo los socialistas; apuntaba un nuevo conservadurismo de masas; y el liberalismo se dividía en las variedades radical y clásica, que a su vez se subdividían. Este proceso se veía a veces complicado por la aparición del catolicismo político o del nacionalismo minoritario. Para el historiador continental, la política inglesa de la década de 1880 es desconcertante, debido a los cambios y disoluciones de alianzas que se producían. Pero la confusión de Londres tenía su paralelo en todas partes, en la Francia de Boulanger, o en la Alemania de Bismarck, donde el *Reichstag* viraba y cambiaba en sus actitudes hacia las colonias o el ejército, y donde los cambios electorales eran espectaculares. Un primer ministro italiano, Agostino Depretis, señaló con precisión este proceso cuando dijo, al comienzo de la década, que «los enemigos se transformarán en amigos». El *transformismo* —el giro de los liberales hacia la derecha— se convirtió en una palabra inmundada en los asuntos italianos. Pero puede aplicarse con bastante propiedad a otros países europeos, y por eso puede servir como título a este libro.

Para exponer la dimensión común europea, he utilizado las dos primeras secciones de esta obra con objeto de explorar los temas comunes y establecer una cronología política e internacional. No obstante, esto no hace justicia al carácter individual de los países europeos, y en la tercera sección, la más extensa, he analizado las cinco grandes potencias en forma de ensayo, más que en forma narrativa. Otra de las secciones trata de «la guerra y la revolución», y una final de los progresos culturales del periodo.

Al escribir este libro he incurrido en numerosas deudas de gratitud: con Richard Ollard, mi editor, por su interminable paciencia y su ayuda; con Sir J. H. Plumb, por su estímulo; con Toby Abse, el profesor Richard Cobb, el doctor Harold James, Daniel Johnson, el doctor Dominic Lieven, Andrew MacDonald y el doctor Ian McPherson, por leer todo el manuscrito o algunas partes del mismo; con Steven Beller, Orlando Figes y el doctor Alistair Reid

por poner freno a las materias de tecnología y de historia cultural; con Jonathan Hill, por ayudarme en la bibliografía; con el doctor Anil Seal, por enseñarme los principios de la democracia cristiana; con Lord Russell, de Liverpool, por ayudarme en los malos momentos; con mi madre, Mary Stone, por su generosa hospitalidad cuando estaba componiendo una primera versión del manuscrito; y con Christine Stone, por existir. Finalmente, en el contexto de un libro cuyos orígenes se remontan tan atrás en mi pasado, recuerdo con gratitud a mis propios profesores –en especial a B. G. Aston, Colin Bayne-Jardine y George Preston, que estimularon lo que tiene que haber sido una tediosa obsesión por los Habsburgo; así como a Christopher Varley, que me proporcionó, al igual que a muchos otros, una capacidad de aproximación a los idiomas que desde entonces me ha sido siempre muy útil.

Norman Stone
Trinity College, Cambridge, diciembre de 1982

I. EL FIN DEL «ORDEN MORAL»

LAS METRÓPOLIS

Desde 1870 a 1900, Europa cambió a un ritmo mucho más rápido de lo que nunca había cambiado antes ni, podría argüirse, cambiaría después. En 1870, la mayoría de los europeos vivían en el campo, obedeciendo a sus pastores, sacerdotes o terratenientes. La mayor parte de ellos no se preocupaban por la política. La mayoría eran analfabetos y esperaban solo una vida de extrema austeridad, que podía acabar fácilmente en una muerte temprana a causa de una enfermedad o del hambre. En las ciudades, la tasa de mortalidad superaba la de natalidad, y si en ellas se mantenía la población era únicamente mediante la importación de habitantes. En el Berlín de la década de 1860, o en el San Petersburgo de la de 1880, los dos tercios de la población masculina adulta habían nacido fuera de la ciudad.

Existía un abismo enorme entre el mundo de los ricos y el mundo de los pobres: los enormes ejércitos de trabajadores eventuales sin empleo, de sirvientes-de-sirvientes, de costureras hacinadas en una habitación. En el San Petersburgo de *Crimen y castigo*, de Dostoievski, el cólera era un visitante habitual. Se propagaba a través de los canales de la ciudad, que estaban llenos de aguas residuales y desperdicios de todas clases. Se colocaban grandes letreros advirtiendo a la gente que no bebiera el agua de los canales, pero estos avisos a menudo eran ignorados por los trabajadores analfabetos, que sumergían en el agua sus mugrientas gorras para apagar su sed. Incluso en los distritos centrales, gubernamentales, de San Petersburgo, la tasa de mortalidad era más alta que en cualquier otro lugar de Europa. En los países más ricos existía algún tipo de medidas de asistencia pública, ya fuera a través de la Iglesia o a través de instituciones tales como la English Poor Law, que, aunque condenaba a los beneficiarios de la caridad a llevar una

ropa identificada como de pobres, o a ser enterrados en tumbas para pobres, al menos permitía sobrevivir. En otros lugares, la gente dependía de sus familias o de los sacerdotes. A medida que las ciudades iban creciendo, los recursos de ambos tipos de instituciones se hacían cada vez más escasos.

Pero hacia 1900 esta Europa se había transformado. Se produjo una gran huida de la tierra: millones de personas emigraron o se fueron a las ciudades. En el último cuarto de siglo arribaron a los Estados Unidos veinticinco millones de europeos, y varios millones se fueron a otros países de ultramar. El medio rural se modernizó rápidamente. La falta de mano de obra obligó a subir los salarios, y en todas partes las viviendas campesinas empezaron a estar mejor construidas y equipadas con mobiliario similar al de las ciudades, siendo reemplazados los arcones y bancos de madera por armarios y sillas. Pero las que mayor transformación experimentaron fueron las ciudades.

En 1900, los vehículos de tracción animal, que eran la norma en casi todas partes en 1879, habían sido complementados con tranvías y ferrocarriles metropolitanos: el *Stadtbahn* de Berlín, el *tube* de Londres o el *métro* de París (1901), que, al haberse construido bastante más tarde que el británico, pudo beneficiarse de tecnologías más modernas, que permitieron que los túneles fueran más superficiales. En todos los lugares, la tracción eléctrica permitió, en la década de 1890, la proliferación de tranvías y trolebuses. Este tipo de transporte, fácil y barato, facilitó a las ciudades modernas —y sobre todo a Londres— desarrollar los suburbios.

Se produjo una explosión en materia de imprenta. Las nuevas técnicas de impresión, la madera barata y una enorme masa de nuevos lectores fueron la causa de que de los cuatro «diarios de información» que se publicaban en París en la década de 1860 se pasara a setenta diarios una generación después. Las grandes ciudades provincianas, como Mánchester, Glasgow o Lyon, podían contar con vender bastante fácilmente en la capital su principal periódico. La educación se desarrolló tan aprisa como la prensa. Proliferaron los libros y las bibliotecas, y las organizaciones de la clase trabajadora tuvieron a gala organizar sus propias reuniones culturales, para demostrar que eran tan buenos como sus «superiores».

Los descubrimientos o invenciones espectaculares se sucedían unos a otros. La medicina avanzó hasta hacerse irreconocible. En

tiempos anteriores, la mayor parte de la gente que sufría una operación moría, generalmente no por otra complicación que el simple *shock* producido por el dolor. Hacia 1900, los hospitales se habían higienizado; en ellos eran más los que sobrevivían que los que morían; y las tasas de mortalidad se habían reducido a la mitad en la mayoría de los países. Parecía no existir fin para este proceso de progreso. En 1895, el novelista Henry James instalaba en su casa la luz eléctrica; en 1896, montaba en bicicleta; en 1897, tecleaba una máquina; en 1898, presenciaba una sesión de cinematógrafo. En el espacio de muy pocos años, podía haberse sometido a un psicoanálisis freudiano, viajado en avión, entendido los principios del motor a reacción o incluso de los viajes espaciales. Las grandes ciudades se habían embarcado ya en la limpieza y saneamiento de sus zonas en peores condiciones, los «*slums*», palabra inglesa que, como muchas otras (*strike, meeting, weekend, football*), pasó a casi todos los demás idiomas, porque los británicos habían sido quienes las situaron en un primer plano cuando se llegó al descubrimiento de la nueva era. Los años que van de 1870 a 1900 constituyeron la era clásica del progreso, una época en la que la historia del mundo parecía ser como posteriormente la vería H. G. Wells en su *Historia*: una historia en la que las personas cultas utilizarían la ciencia para promover la causa del «*up and up and up and on and on and on*» («arriba, arriba, arriba y adelante, adelante y adelante»), como diría Ramsay MacDonald, un característico progresista de la preguerra.

LA REVOLUCIÓN LIBERAL

La prosperidad de finales del siglo XIX debió sus orígenes al liberalismo. En los últimos años de la década de 1850, y a lo largo de la de 1860, todos los países de Europa habían iniciado la reforma de sus instituciones. En muchos sitios, esas reformas se sumaron a la destrucción del viejo orden. Por supuesto, el liberalismo tuvo sus precursores en el siglo XVIII, y Gran Bretaña se había convertido claramente en un país liberal en la primera mitad del siglo XIX. Fue la prosperidad de Gran Bretaña, en contraste con la pobreza y la ingobernabilidad del continente, la que inspiró el deseo de muchos europeos de imitar el ejemplo británico. En la década de 1860, el liberalismo se impuso por sus propios méritos.

Sobre el terreno, el liberalismo variaba de un lugar a otro, dado que era necesario hacer concesiones al viejo orden. Pero sus principios esenciales estaban bastante claros. Liberalismo quería decir Razón. Creía en los Estados nacionales centralizados, y los creó así en Bélgica, Alemania e Italia. La educación constituía un factor clave. El liberalismo, descendiente en parte de las ideas del derecho natural y en parte del utilitarismo, se dirigía al individuo moralmente responsable. En el Antiguo Régimen prevalecían la posición social y el privilegio. Los liberales se oponían a ello; pensaban que para el conjunto de la sociedad era preferible que a las personas enérgicas y competentes se les permitiera ascender al nivel apropiado. La educación gozaba, por consiguiente, de una consideración suprema, y en todos los países se libraron batallas con vistas a mejorar el sistema escolar. Con frecuencia, esto significó un forcejeo con la Iglesia, que controlaba la mayor parte de la educación en Europa.

En materia económica, los liberales tenían una actitud tajante. A menudo, el Antiguo Régimen había impuesto barreras al comercio, porque de esta manera los ineficientes productores de una región podían ser protegidos frente a los más eficientes de otra. El Estado cobraba dinero en forma de aranceles aduaneros para subir los precios de las mercancías importadas, que frecuentemente eran mejores o más baratas. La institución de la servidumbre, que en Rusia existió hasta 1861, y —de hecho, aunque no de derecho— en todas partes hasta 1848, resultaba particularmente repugnante para las mentes liberales, mientras que, en la perspectiva del Antiguo Régimen, constituía una condición previa de la civilización, dado que obligaba a los campesinos a permanecer en la tierra y cultivarla. Los liberales querían que la mano de obra fuera libre para comprarse o venderse según las circunstancias, y no estuviera sujeta a un lugar en particular. A veces se opusieron encarnizadamente a la legislación estatal que se interponía entre el patrono y el obrero. Las *Factory Acts* británicas, por ejemplo, fueron promovidas por los *tories* y no por los liberales, aunque en la práctica muchos liberales tuvieron una amplia participación en la promoción de la caridad privada.

En la década de 1860, el viejo orden corregía su rumbo en todas partes. Se promovió la educación. Se facilitó mucho el comercio. Se establecieron bancos centrales para regular la circulación mone-

taria con probidad, a diferencia de los tiempos de la emisión de papel y la retirada de moneda en el Antiguo Régimen. Donde fue posible, se suprimieron los aranceles aduaneros y, donde no, se redujeron en gran medida: la Francia de Napoleón III y la Rusia zarista, los dos Estados más proteccionistas de Europa, prometieron suprimir sus aranceles aduaneros en fecha próxima. En todas partes se racionalizaron las burocracias. En Inglaterra, por ejemplo, bajo el primer gobierno de Gladstone (1868) el acceso a la administración empezó a realizarse mediante oposiciones, y se acabó con la compra de los nombramientos de funcionarios. En la mayoría de los países se llevó a cabo una reforma militar. Para la mentalidad liberal, los ejércitos no eran deseables. Pero, puesto que existían, bien podían ser utilizados con fines educativos. El principio de la obligación universal de cumplir el servicio militar fue afirmado en Austria en 1868 y en Rusia en 1874: ahora, los hombres eran incorporados al ejército por un tiempo de cinco años y luego licenciados, volviendo a ser llamados solo en caso de guerra. En los viejos tiempos, un número muy limitado de hombres tenían que servir durante veinticinco años. Ahora, se incorporaba, entrenaba y educaba a un número mucho mayor de hombres, a los que se les inculcaba la idea de que formaban parte de una comunidad nacional. En Rusia, los soldados ucranios aprendían ruso en el ejército. En el sur de Italia, el reclutamiento constituía un recurso mediante el cual los meridionales, que con frecuencia no se sentían italianos, adquirirían una conciencia nacional. En Francia, el ejército era empleado estrictamente como agente del «centralismo jacobino», para eliminar los *patois*, tales como el bretón o el provenzal, que todavía se hablaban extensamente. A menudo, los generales eran conscientemente liberales: Dmitri Miliutin, el reformista ministro de la Guerra del zar Alejandro II en las décadas de 1860 y 1870; el general español Prim, hijo de un químico; Kameke, ministro prusiano de la Guerra. Todos ellos creían en la centralización, la eficiencia y la educación, así como en los privilegios de clase y el clericalismo.

A mediados del siglo el impulso hacia estas reformas había constituido el éxito de Gran Bretaña y el fracaso de la mayoría de los países continentales. En 1856, Rusia había sido humillada a consecuencia de la Guerra de Crimea. Austria había sido derrotada en 1859 por los franceses y los piemonteses, los cuales estable-

cieron el reino de Italia en 1861. Prusia había sido humillada en 1850 por los austriacos. En la década de 1850, la mayoría de los países experimentaron un caos financiero y necesitaron serias reformas y considerables empréstitos para salir adelante. Pero los financieros no querían prestar dinero a menos que se efectuaran determinadas reformas. Una de estas consistía en que las riendas del Estado debían entregarse no a una corte y sus parásitos, sino a expertos, con el respaldo de la ley. En todas partes, los liberales pensaban que tenía que haber constituciones justas, parlamentos elegidos por hombres de peso económico e instruidos. Estos parlamentos debían aprobar leyes que obligaran por igual a todos los miembros de la comunidad: no debía existir ningún privilegio. En general, los liberales no estaban a favor de otorgar el voto a la masa del pueblo. Las masas, ignorantes, llenas de prejuicios y egoístas, utilizarían su voto o bien en favor de los revolucionarios, que querían quitar el dinero a los ricos; o bien en favor de los terratenientes y sacerdotes, que sabían cómo corromperlas y atraérselas. Los liberales se salieron con la suya en la mayoría de los países durante la década de 1860: se constituyeron parlamentos en Austria, Hungría, Italia y, en 1871, en la nueva Alemania. En Rusia, Alejandro II instituyó una serie de reformas liberales —la abolición de la servidumbre (1861), un banco estatal (1859), consejos de distrito elegidos (1864), servicio militar universal (1874), etc.—, pero pensaba que Rusia era tan extensa y estaba tan retrasada que un parlamento central elegido resultaría simplemente caótico, y se resistió a toda petición de creación del mismo.

Rusia carecía del elemento liberal que, en todas partes, fue el responsable de la promoción de las reformas: una clase media amplia, instruida, vigorosa y con el suficiente capital como para que su apoyo fuese esencial para cualquier Estado que quisiera desarrollarse. En Gran Bretaña, esta clase era tan fuerte numéricamente, incluso en el siglo XVIII, que las reformas liberales se introdujeron en dicho país de forma fragmentada, y a menudo sin la intervención oficial del parlamento. Las instituciones del Antiguo Régimen existentes, tales como los viejos gremios o corporaciones, se adaptarían gradualmente para ajustarse a una era en proceso de cambio. Así, formalmente, Inglaterra (más que Escocia) fue el último de los antiguos regímenes; nunca tuvo una ley formal que aboliera la servidumbre. Instituciones religiosas tales como los *colleges* de Ox-

ford y Cambridge fueron, sencillamente, convertidas en lugares seculares de educación, conservando sus antiguas constituciones y sus curiosamente denominados *funcionarios*; mientras que en el continente los colegios religiosos universitarios habían sido formalmente suprimidos bien por la Ilustración o bien por la Revolución francesa. Los colegios universitarios de la antigua Universidad Católica de Lovaina fueron utilizados como establos por los ocupantes franceses y, cuando se restableció la Universidad, fue el cuerpo central de la misma el que dirigió todas las cosas y no los colegios, que se convirtieron en simples centros residenciales. Hasta cierto punto, en Francia el liberalismo local también prosperó, pero en la mayoría de los demás países el grado de desarrollo alcanzado no permitió su avance, y, en la década de 1860, los Estados, escasos de dinero, tuvieron que seguir el ejemplo británico mediante una legislación formal.

Los liberales –Cavour en Italia, Delbrück en Alemania, Schmerling en Austria, Valuiev en Rusia– tenían la seguridad de que poseían la fórmula de la futura prosperidad. No podían entender la vehemencia de la oposición que se les enfrentaba. Pero el liberalismo tenía numerosos enemigos. En la década de 1860 y, generalmente, en los primeros años de la de 1870, se produjo en Europa un gran *boom* económico. El liberalismo fue ampliamente aceptado y la oposición al mismo se vio silenciada, excepto en el caso del decreto del papa sobre la infalibilidad. Pero en 1873, y en los años posteriores, la prosperidad que el liberalismo prometía se vio interrumpida para muchos europeos, y los enemigos del liberalismo se impusieron. En 1870, los liberales belgas clásicos perdieron el poder. En 1873-1874, cayó el primer gabinete de Gladstone, y este renunció al liderazgo de su partido (para volver a asumirlo posteriormente). En 1876, cayeron los liberales italianos clásicos, la *Destra*. En 1878, perdieron el poder los liberales austriacos del gabinete de Auersperg; también en ese mismo año, en Alemania, Bismarck abandonó su alianza con los liberales; y, asimismo entonces, el zar Alejandro II comenzó a derogar parte de su anterior legislación y a transformar a Rusia en un Estado policía con aranceles aduaneros. En Francia, los liberales clásicos, que –por razones particulares del país, aunque no carentes de paralelos en España– habían sido incapaces de inventar una monarquía constitucional satisfactoria, y eran, por consiguiente, republicanos a la fuerza, perdieron el con-

trol en 1876, y especialmente en 1879. A estos regímenes liberales clásicos les sucedieron grupos diversos: en Gran Bretaña, el conservadurismo de Disraeli; en Francia, los exponentes clericales del «orden moral» en primer lugar, y luego los republicanos radicales; en Bélgica, los clericales; en Italia, los radicales «transformistas»; en Rusia y Prusia, los conservadores reaccionarios; en Austria, los clericales que, a pesar de su conservadurismo, tenían también un toque de radicalismo. Ello fue una muestra de lo variada que podía ser la oposición al liberalismo.

HISTORIA DE EUROPA

De la mano de los más prestigiosos especialistas de su generación, «Historia de Europa» pone al alcance del público lector una imprescindible colección de títulos, exhaustivamente revisados y actualizados, que abordan con rigor histórico y claridad expositiva los principales periodos de la historia europea y sus hitos.

Europa: jerarquía y revuelta, 1320-1450

George Holmes

La Europa del Renacimiento, 1480-1520

John R. Hale

La Europa de la Reforma, 1517-1559

G. R. Elton

La Europa dividida, 1559-1598

John H. Elliott

Europa en crisis, 1598-1648

Geoffrey Parker

El despliegue de Europa, 1648-1688

John Stoye

La Europa del Antiguo Régimen, 1715-1783

David Ogg

Europa: privilegio y protesta, 1730-1789

Olwen H. Hufton

La Europa revolucionaria, 1783-1815

George Rudé

Europa: restauración y revolución, 1815-1848

Jacques Droz

La Europa remodelada, 1848-1878

J. A. S. Grenville

La Europa transformada, 1878-1919

Norman Stone



**SIGLO XXI
DE ESPAÑA EDITORES, S. A.**

Sector Foresta, 1

28760 Tres Cantos

Madrid - España

Tel.: +34 918 061 996

Fax: +34 918 044 028

e-mail: atencion.cliente@akal.com

web: www.akal.com

web: www.sigloxxieditores.com